PACTO DE SILENCIO



NEREA MORTE

PACTO DE SILENCIO

NEREA MORTE

Copyright © 2026 Nerea Morte
Todos los derechos reservados.
Safe creative: 2603094809023

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Instagram: @nereamorte_libros

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

CAPÍTULO 1

El café se ha quedado frío.

Alejandra lo nota cuando da el primer sorbo sin despegar la mirada de la pantalla. Tuerce el gesto, deja la taza en la esquina del escritorio y sigue leyendo el informe trimestral con los dedos apoyados en las sienes. Lleva cuarenta minutos revisando las mismas cifras, moviendo decimales de una columna a otra, buscando el error que descuadra el balance del departamento en tres mil euros que nadie sabe explicar.

Fuera del despacho, la planta bulle con el ruido amortiguado de un lunes por la mañana: teclados, conversaciones a medio gas y el pitido intermitente de la impresora que siempre se atasca. Alejandra no oye nada de eso. Tiene la puerta cerrada y la persiana de la ventana interior bajada a la mitad, lo justo para que su equipo sepa que está dentro sin necesidad de asomarse.

Se echa hacia atrás en la silla y pierde la vista en un punto indeterminado de la pantalla mientras sigue pensando. Los tres mil euros. El informe tiene que salir antes del miércoles. Anna, de contabilidad, lleva dos días sin contestar al correo. El aire acondicionado zumba demasiado fuerte y hace un ruido como de motor viejo que a estas alturas del año ya debería haber notificado a

mantenimiento, pero no lo ha hecho porque siempre hay algo más urgente.

Se balancea hacia delante y hacia atrás sin darse cuenta, con el bolígrafo entre los dientes hasta que llega un momento en el que ni siquiera piensa en el informe. Se queda en blanco, absorta, con la mirada fija en el cursor que parpadea sobre la hoja de cálculo. Entonces alguien llama a la puerta y el ruido la devuelve al presente de golpe.

—Adelante.

Es Sergio, su número dos. Asoma medio cuerpo con esa sonrisa de *te traigo un problema, pero quiero que pienses que es una buena noticia*.

—Los del proyecto Meridiano han adelantado la reunión al jueves.

Alejandra aprieta los labios.

—¿Al jueves?

—Sí.

Cierra los ojos un segundo, solo uno, y los abre con la mandíbula tensa.

—Dile a Sara que prepare la presentación actualizada para mañana a última hora. Y que hable con Anna, que a mí no me contesta.

—Hecho. —Sergio no se mueve—. Otra cosa. La chica nueva, la temporal, ha dejado esto en la recepción para ti.

Deja una carpeta sobre el borde del escritorio y Alejandra la mira sin tocarla.

—¿Qué chica?

—Noa. Noa Ferrer. La que entró el mes pasado para cubrir la baja de Marc.

Alejandra asiente vagamente, como quien confirma algo que en realidad no recuerda con precisión. Sergio se va y cierra la puerta, y la carpeta se queda ahí, en la esquina, junto al café frío.

La reunión de las once dura cuarenta y cinco minutos más de lo previsto. Alejandra la dirige desde la cabecera de la mesa con el portátil abierto y las gafas puestas, esas que solo usa para leer y que se quita en cuanto alguien le habla directamente, como si necesitara ver al interlocutor sin filtros para decidir si lo que dice merece su atención, aunque a sus cuarenta y cinco años no sea capaz de leer de cerca sin ellas.

Hay ocho personas en la sala. Alejandra conoce sus nombres, sus puestos y sus debilidades profesionales. Sabe quién se esconde detrás de un compañero cuando ella pregunta algo incómodo y quién responde antes de que termine la frase. Gestiona la reunión como quien dirige tráfico: con precisión, sin afecto y sin levantar la voz.

Al salir, cruza la planta abierta donde trabaja el resto del equipo. Camina rápido con la carpeta contra el pecho, haciendo sonar los tacones sobre el suelo de resina. No mira a los lados. Alguien dice *buenos días, Alejandra* desde una mesa y ella responde *buenos días* sin girar la cabeza ni reducir el paso.

Al pasar por la cuarta fila de escritorios, una chica morena levanta la vista del ordenador y la sigue con la mirada durante un segundo. Alejandra no lo ve. No tiene motivos para fijarse en esa mesa, ni en esa chica, ni en la forma en que vuelve a bajar la vista cuando Alejandra desaparece por el pasillo.

Come en el despacho. Un táper de ensalada que ha preparado la noche anterior y que mastica sin entusiasmo mientras revisa correos con la mano izquierda. Tiene una mancha de vinagreta en el índice y se la limpia con una servilleta de papel sin dejar de leer.

A las dos y cuarto abre la carpeta que ha dejado Sergio. Dentro hay un resumen de métricas del proyecto Atlas, bien estructurado, con los datos que necesitaba para cruzar con los suyos. Lo revisa despacio. Está limpio. Correcto. Sin errores aparentes. En la esquina superior derecha, escrito a mano con letra redonda: *Noa Ferrer — Dpto. Comercial (temporal)*.

Alejandra saca la grapa, reorganiza las hojas según su propio criterio y las mete en su archivador sin más ceremonia antes de tirar la carpeta vacía a la papelera.

A las seis de la tarde, la planta se ha vaciado a medias. Quedan los de siempre: los que tienen hijos en actividades extraescolares y aprovechan la última hora de silencio, los que no saben irse a su hora y los que confunden quedarse tarde con ser imprescindibles.

Alejandra pertenece a otra categoría. Se queda porque el trabajo no está terminado y porque su casa vacía no ofrece nada que compita con un informe a medio cerrar.

El correo llega a las seis y doce. Asunto: *25 aniversario — Celebración empresa*. Lo abre sin interés. Restaurante, fecha, código de vestimenta *smart casual* —como si alguien supiera lo que eso significa realmente—, confirmación antes del viernes.

Lee el correo entero y se detiene en la línea que dice *Se ruega asistencia de todos los responsables de departamento*. Se ruega. Esa forma educada de decir que no es opcional.

Resopla y archiva el correo en la carpeta de *Eventos internos* que no abre jamás.

Se quita las gafas y las deja sobre la mesa. Se frota el puente de la nariz con los dedos, despacio, apretando justo en el hueco donde el cansancio se acumula como si tuviera peso propio. Fuera del despacho ya no se oye nada. La impresora ha dejado de pitar y los teclados se han callado. Solo queda el zumbido del aire acondicionado y el parpadeo de la pantalla sobre su cara.

Guarda el informe. Cierra las pestañas una por una. La hoja de cálculo, el correo, el navegador con las tres pestañas que llevan abiertas desde la mañana y que ya no recuerda por qué abrió.

Cierra el portátil.

Se levanta, coge el bolso de la silla de al lado, se pone la chaqueta y apaga la luz del despacho con el codo porque tiene las dos manos ocupadas.

El pasillo está vacío. Sus tacones resuenan como un metrónomo contra el suelo mientras camina hacia el ascensor. Al pasar por la planta abierta, todas las mesas están vacías y todas las pantallas apagadas.

Todas menos una.

La cuarta fila, tercer puesto. La pantalla está encendida, la silla echada hacia atrás y hay un vaso de cartón a medio terminar junto al teclado. Pero nadie sentado.

Alejandra no se detiene. No mira dos veces. Pulsa el botón del ascensor y espera con la vista clavada en los números que bajan.

Las puertas se abren. Entra. Pulsa el menos dos y se despide de otro lunes idéntico al anterior.

CAPÍTULO 2

La mesa de Noa es la tercera de la cuarta fila, justo al lado de la ventana que da al aparcamiento, lo cual no suena especialmente glamuroso pero tiene la ventaja de que le da el sol por las mañanas y eso, según ella, compensa el hecho de que su silla tenga el respaldo roto y se incline hacia la derecha cada vez que se apoya con demasiada confianza.

Llega a las ocho y cuarenta con el pelo todavía húmedo recogido en un moño improvisado que se ha hecho en el ascensor, un vaso de café del Starbucks de la esquina en una mano y el bolso colgado del hombro contrario amenazando con resbalarse cada tres pasos. Deja las cosas en la mesa, enciende el ordenador y se quita la chaqueta mientras saluda a Benjamín, que ocupa el puesto de al lado y que lleva puestos los auriculares, pero le devuelve el gesto levantando una mano sin apartar la mirada de su pantalla.

—¿Qué tal el fin de semana? —le pregunta Noa mientras espera a que el sistema cargue, aunque sabe que Benjamín no va a quitarse los auriculares para contestar.

Ben levanta el pulgar. Noa sonríe y da un sorbo al café, que al menos está caliente, y se gira hacia la pantalla con esa resignación suave de quien acepta que las próximas ocho horas van a ser exactamente iguales que las de la semana pasada.

El correo se abre con doce mensajes nuevos, la mayoría notificaciones automáticas que no significan nada y que borra sin leer, pero hay uno de Sergio, el adjunto de Alejandra, confirmando que la carpeta con las métricas del proyecto Atlas ha llegado a su destino. Noa lo lee dos veces, buscando algún comentario, alguna valoración, un *buen trabajo* o un *gracias*, pero no hay nada de eso, solo una línea seca que dice *Recibido* y el nombre de Sergio al pie. Cierra el correo y se dice a sí misma que es lo esperable, que nadie felicita a una temporal por hacer su trabajo, que bastante es que no le hayan devuelto el informe lleno de correcciones en rojo.

El teléfono vibra dentro del bolso a las nueve y diez. Noa sabe que es Vera sin necesidad de mirarlo, porque Vera tiene la costumbre inquebrantable de escribirle todos los días a esa hora exacta, cuando termina su primera clase en la universidad y tiene veinte minutos libres antes de la siguiente.

Lo saca y lo apoya contra el borde de la pantalla, inclinado para poder leer sin que parezca que está mirando el móvil, aunque en una planta abierta todo el mundo mira el móvil y a nadie le importa.

Vera: *¿Sigues viva o te ha absorbido el capitalismo?*

Noa resopla con media sonrisa y teclea rápido, con el pulgar derecho mientras la mano izquierda mueve el ratón para aparentar que trabaja.

Noa: *Viva por ahora. Pregúntame otra vez a las seis.*

Vera: *¿Alguna novedad del contrato?*

Noa: *Nada. La evaluación es a final de mes y nadie me ha dicho nada todavía.*

Vera: *Eso es bueno. Si te fueran a echar ya te lo habrían dicho.*

Noa: *O están esperando a que termine el proyecto para prescindir de mí sin remordimientos.*

Vera: *Eres insoportablemente pesimista, ¿lo sabes?*

Noa bloquea la pantalla y deja el teléfono boca abajo sobre la mesa porque sabe que si sigue leyendo va a terminar metiéndose en una conversación larga que no puede permitirse a estas horas, y porque Vera tiene la habilidad de decirle exactamente lo que no quiere escuchar con una precisión que a veces le resulta incómoda, aunque siempre necesaria.

El contrato temporal es una presencia constante que no se materializa en nada concreto pero que lo tiñe todo de una incertidumbre blanda, como una niebla fina que no impide ver pero sí difumina los bordes de las cosas. Noa trabaja bien, lo sabe, y los números que ha entregado esta mañana están limpios y son correctos, pero nada de eso importa si al final del mes deciden que el presupuesto no da para renovarla o que Marc, al que cubre, vuelve antes de lo previsto. Es una ecuación que no depende de ella y eso es precisamente lo que peor lleva, porque Noa puede controlar la calidad de su trabajo pero no las decisiones que se toman en despachos con la puerta cerrada y las persianas a media altura.

A las once menos diez se levanta a por agua y cruza la planta abierta hacia la zona de descanso, que es una forma generosa de llamar a un rincón con una máquina de café, un dispensador de agua y una mesa alta donde alguien ha dejado una caja de galletas abiertas desde el viernes que nadie se atreve a tirar por si acaso todavía son de alguien.

Al pasar por el pasillo que conecta con los despachos de dirección, la puerta del fondo se abre y sale Alejandra.

Noa la ve antes de que ella la vea a ella, si es que llega a verla, porque Alejandra camina con esa determinación de las personas que tienen un destino claro y que no se detienen por nada que no esté en su agenda. Lleva el portátil bajo el brazo y las gafas puestas, esas gafas de pasta oscura que le dan un aire entre severo y académico y que se quita en cuanto entra en una sala como si fueran un accesorio que solo se permite en privado. Tiene el pelo recogido en una coleta baja que le deja la nuca al descubierto y una forma de apretar la mandíbula que Noa ha aprendido a identificar como su estado natural y no como un signo de enfado, aunque la primera vez que la vio pensó que estaba furiosa con alguien.

Alejandra pasa a su lado sin mirarla, sin reducir el paso ni alterar la trayectoria, con los tacones marcando ese ritmo seco y constante que se oye desde el otro extremo de la planta y que todo el equipo asocia con su presencia igual que se asocia el trueno con la tormenta. Noa se aparta ligeramente hacia la derecha por instinto, le deja espacio y sigue caminando hacia el dispensador de agua con la sensación residual de haberse cruzado con algo que exige respeto sin pedirlo, como la corriente de un río que no necesita señalización para que sepas que no debes meterte.

No piensa mucho más en ello. Llena el vaso, bebe, coge una galleta de la caja sospechosa, la huele, decide que no merece la pena el riesgo y la devuelve. Vuelve a su mesa.

El teléfono tiene tres mensajes nuevos de Vera.

Vera: *Perdona, pero alguien tiene que decirte las cosas claras.*

Vera: *Eres buena en lo que haces. Deja de actuar como si te estuvieran haciendo un favor.*

Vera: *Y contéstame, que me aburro entre clases.*

Noa sonríe y se muerde el interior del labio antes de teclear una respuesta.

Noa: *Me han confirmado la carpeta. Un "recibido" y punto. Sin comentarios.*

Vera: *¿De quién?*

Noa: *De Sergio, el adjunto de la directora del departamento.*

Vera: *¿La que te da miedo?*

Noa: *No me da miedo.*

Vera: *Seguro.*

Noa: *Me impone. Hay una diferencia.*

Vera: *La diferencia es que no te atreves a hablarle, que viene a ser lo mismo.*

Noa bloquea la pantalla otra vez y esta vez la deja boca abajo con un golpe suave contra la mesa que hace que Benjamín se gire un segundo antes de volver a lo suyo. Vera tiene esa capacidad de reducir cualquier situación a su esencia con una frase corta y demoledora, y lo peor es que casi siempre tiene razón, aunque Noa preferiría arrancarse una uña antes de admitirlo en voz alta.

La mañana avanza con la lentitud propia de los lunes que no tienen ninguna urgencia pero tampoco ningún estímulo, y Noa trabaja con la disciplina silenciosa de quien sabe que su rendimiento está siendo observado aunque nadie le haya dicho explícitamente que lo sea. Actualiza las tablas del proyecto Atlas, responde correos, asiste a una videollamada de equipo en la que interviene una sola vez para confirmar un dato y pasa el resto del tiempo con el micrófono en silencio y la cámara apagada mientras come un sándwich que ha comprado en la máquina del vestíbulo.

A las cuatro de la tarde llega el correo que lo cambia todo, o al menos lo reorganiza.

Asunto: *25 aniversario — Celebración empresa*. Noa lo abre por inercia, sin expectativas, y lee el contenido con la atención flotante de quien no se siente del todo incluida en los rituales de una empresa a la que solo pertenece de forma provisional. Restaurante, fecha, código de vestimenta, confirmación antes del viernes. Lo lee entero y está a punto de cerrarlo cuando Benjamín se quita los auriculares por primera vez en toda la mañana y se gira hacia ella con una expresión que Noa interpreta como entusiasmo contenido, aunque en Benjamín es difícil distinguirlo de la indigestión.

—¿Vas a ir? —pregunta señalando su propia pantalla, donde tiene el mismo correo abierto.

—No sé. ¿Van los temporales?

—Pone *toda la plantilla*, así que supongo que sí.

—Supongo no es lo mismo que sí.

—Noa, es una cena gratis con barra libre. ¿Qué más necesitas?

Noa se ríe, pero no contesta, porque la verdad es que la idea de asistir a una celebración de empresa en la que conoce a siete personas y donde probablemente tendrá que mantener conversaciones incómodas con gente que no sabe su nombre ni su puesto le produce una mezcla de pereza y vértigo que no sabe cómo gestionar.

El teléfono vibra otra vez. Vera, por supuesto.

Vera: *¿Has comido?*

Noa: *Un sándwich de máquina. No preguntes de qué.*

Vera: *Algún día hablaremos de tu instinto de supervivencia. ¿Algo nuevo?*

Noa: *Hay una cena de empresa. Aniversario o algo así.*

Vera: *Vas a ir.*

Noa: *No he dicho eso.*

Vera: *No es una pregunta. Vas a ir. Es tu oportunidad de que te vean como algo más que una hoja de Excel con patas.*

Noa: *Gracias por la imagen.*

Vera: *De nada. Ponte algo bonito y habla con gente. Incluida la jefa que no te da miedo.*

Noa deja el teléfono sobre la mesa y se queda mirando la pantalla del ordenador con el correo de la celebración todavía abierto, el cursor parpadeando sobre el botón de *Confirmar asistencia*. Se echa hacia atrás en la silla, esa silla que se inclina hacia la derecha y que ya forma parte de su forma de sentarse, y piensa en lo que ha dicho Vera, en el contrato, en la evaluación de final de mes y en el hecho de que llevar un mes en esta empresa y ser invisible no es una estrategia sino una condena.

Pulsa *Confirmar asistencia* antes de poder pensarlo más.

Luego cierra el correo, abre la hoja de cálculo del proyecto Atlas y sigue trabajando como si no hubiera hecho nada, aunque algo pequeño y difuso se le ha instalado debajo del esternón y no se va durante el resto de la tarde.

A las seis recoge sus cosas con la calma de quien no tiene prisa por llegar a ningún sitio. Apaga el ordenador, se pone la chaqueta, coge el vaso de café vacío del Starbucks para tirarlo en la papelera de la salida y está a punto de irse cuando se da cuenta de que se ha dejado el bolígrafo fuera del bote, un bolígrafo negro de punta fina que lleva usando desde el primer día porque es el único que le gusta cómo escribe y que ya tiene la tapa mordida por la costumbre de

sujetarlo con los dientes mientras piensa, igual que ha visto hacer a alguien más en esta oficina aunque no sabe a quién.

Lo guarda en el primer cajón, empuja la silla contra la mesa y se va sin apagar la pantalla del ordenador, que se queda encendida en la planta vacía, brillando sola en la cuarta fila como una vela que nadie ha soplado.

CAPÍTULO 3

El restaurante se llama Ambler y está en una de esas calles del centro que Noa solo pisa cuando alguien la lleva, porque los sitios con fachada de ladrillo visto y cartel de letras doradas no suelen entrar dentro de su presupuesto habitual ni de su radar de intereses. Llega con Marcos y con otras dos compañeras del departamento comercial, Laura y Anna, las tres con vestidos que se han enseñado mutuamente por el grupo de WhatsApp durante la semana y que han generado más debate que cualquier informe trimestral de los últimos meses.

Noa lleva un vestido negro de tirantes finos que se compró el miércoles en una tienda de segunda mano cerca de su apartamento y que le queda un poco justo en las caderas, lo cual Vera calificó como perfecto cuando se lo enseñó por videollamada, añadiendo que si le quedara holgado no tendría sentido llevarlo. Lleva el pelo suelto, algo que casi nunca hace en la oficina, y unos pendientes largos que le rozan los hombros cada vez que gira la cabeza y que le dan la impresión de ser alguien ligeramente distinta a la chica del moño improvisado y la silla rota de la cuarta fila.

El interior del restaurante es más grande de lo que parece desde fuera, con una sala principal donde han dispuesto mesas redondas de ocho comensales, una barra larga al fondo iluminada con luces

cálidas y una zona de sofás bajos junto a los ventanales que da la sensación de haber sido colocada ahí para que la gente se sienta en una película y no en una cena de empresa. Hay música, algo instrumental con ritmo lento que no molesta, pero que tampoco aporta nada, y el murmullo de sesenta o setenta personas que ya llevan un rato bebiendo lo convierte todo en un rumor denso y envolvente que a Noa le resulta casi reconfortante porque le permite hablar sin que nadie más la escuche.

Se sientan en una de las mesas del centro. Benjamín a su izquierda, Anna enfrente, Laura al lado de María y cuatro personas de otros departamentos que Noa conoce de vista y a las que saluda con esa cordialidad educada de quien no recuerda nombres, pero no quiere que se note. El vino ya está en la mesa, dos botellas de tinto y una de blanco, y Noa se sirve una copa de blanco mientras mira alrededor intentando ubicar caras conocidas entre la multitud.

Es entonces cuando la ve.

Alejandra está en una mesa del fondo, cerca de la barra, sentada con los otros responsables de departamento en lo que parece ser la mesa oficial, la de los jefes, la que tiene mejor mantel y copas más grandes. Lleva una blusa de seda de color burdeos que Noa no le ha visto nunca y que le cambia la cara de una forma difícil de explicar, como si al quitarse la chaqueta de oficina y los colores neutros hubiera dejado al descubierto algo que normalmente mantiene guardado. No lleva las gafas. Tiene el pelo suelto, más largo de lo que Noa habría imaginado, cayéndole por debajo de los hombros con una ondulación natural que le suaviza las facciones y que contradice la rigidez con la que sostiene la copa de vino, recta,

sin apoyar la espalda en la silla, como si incluso en una fiesta su cuerpo se negara a relajarse del todo.

Noa la observa durante un par de segundos, los justos para registrar la imagen y archivarla en el mismo cajón mental donde guarda todo lo relativo a Alejandra: la jefa del departamento, la puerta cerrada, el sonido de los tacones, el *Recibido* sin comentarios. Luego aparta la mirada y se concentra en la conversación de su mesa, donde Benjamín está contando una anécdota sobre un cliente que le envió un correo con veintitrés archivos adjuntos, todos en blanco, y que luego llamó furioso porque nadie le había respondido.

La cena transcurre con la previsibilidad de todos los eventos corporativos: un discurso del director general que dura quince minutos y que nadie escucha completo, un brindis colectivo con copas levantadas a distintas alturas, tres platos que están buenos pero que se enfrían mientras la gente habla, y un postre de chocolate que Noa se come entero mientras María le cuenta en voz baja que el chico de recursos humanos la ha mirado dos veces desde la mesa de al lado.

Después de la cena, las mesas se disuelven y la gente se redistribuye por el local como líquido que busca su nivel. Los grupos se forman y se deshacen con la fluidez que solo da el alcohol y la ausencia de jerarquía temporal que otorgan estas noches, donde el becario puede hablar con el director y donde nadie lleva colgado el cartel de su puesto en la solapa, aunque todos saben perfectamente quién es quién.

Noa se queda un rato con Benjamín y con Anna cerca de los sofás, bebiendo y hablando de nada importante, de series, de planes

de fin de semana, de ese compañero de IT que siempre huele a aftershave como si se bañara en él. María se ha ido a hablar con el chico de recursos humanos y Benjamín no pierde la oportunidad de hacer un comentario al respecto que hace reír a Anna y que Noa apenas registra porque tiene la copa vacía y la garganta seca.

—Voy a la barra —dice, levantándose del sofá—. ¿Os traigo algo?

Ben niega con la cabeza, Anna pide otro tinto, y Noa cruza el local esquivando conversaciones y codos ajenos hasta llegar a la barra, que a estas alturas de la noche está casi vacía porque la mayoría de la gente ha migrado hacia los sofás o hacia la zona del ventanal, donde alguien ha subido el volumen de la música y se está formando algo que podría llegar a ser baile si la noche se alarga lo suficiente.

Alejandra está ahí.

Apoyada con un codo en la barra, copa en mano, mirando hacia la sala con esa expresión de quien observa un documental sobre una especie que no le resulta del todo ajena, pero con la que tampoco se identifica. Está sola, lo cual no sorprende a Noa, pero sí le produce una curiosidad tenue, como una nota de música que suena donde no debería y que hace que gires la cabeza sin saber exactamente por qué.

Noa se coloca a un metro de ella, apoya las manos en la barra y espera a que el camarero la vea. Pasan unos segundos de silencio que no son incómodos porque no son compartidos, son simplemente dos personas ocupando el mismo espacio sin interactuar, como en un ascensor o en una sala de espera, hasta que Noa mira de reojo la

sala, luego mira a Alejandra y dice lo primero que le viene a la cabeza sin pensar si es apropiado o no.

—Es curioso que en una fiesta que celebra veinticinco años de empresa la música suene como en la sala de espera de un dentista.

Alejandra gira la cabeza despacio, dudando de si le están hablando a ella o como si necesitara un instante para decidir si merece la pena responder. Sus ojos encuentran los de Noa y se quedan ahí un segundo, registrándola con esa mirada de inventario que Noa le ha visto usar en las reuniones, esa que escanea, clasifica y decide en menos tiempo del que tarda la otra persona en darse cuenta de que está siendo evaluada.

—Mi dentista pone jazz —dice Alejandra, y hay algo en el tono, algo seco y ligeramente torcido que Noa no esperaba y que le provoca una sonrisa antes de poder controlarla.

—Entonces es mejor el dentista que esto.

—Sin duda.

El camarero llega y Noa pide una copa de blanco y un tinto para Anna. Mientras espera, se da cuenta de que Alejandra no ha vuelto a girar la cara hacia la sala, que sigue mirándola a ella o al menos mirando en su dirección, con la copa suspendida a medio camino entre la barra y los labios.

—Tú eres la del proyecto Atlas —dice Alejandra, y no es una pregunta sino una confirmación, como quien de colocar una pieza en un puzle que llevaba rato resolviendo.

—Noa. Noa Ferrer. Temporal del departamento comercial.

—Sé quién eres.

Lo dice sin arrogancia, sin calidez, solo con la neutralidad de quien afirma un hecho, pero a Noa le cuesta un esfuerzo horrible no

dejar que esa frase le recorra la espalda como un escalofrío porque durante todo el mes ha dado por sentado que Alejandra no sabía de su existencia, y descubrir que estaba equivocada le descoloca más de lo que debería.

—Las métricas que entregaste estaban bien —añade Alejandra después de beber un sorbo, y Noa tiene que recordarse a sí misma que *bien* en boca de Alejandra probablemente equivale a *extraordinario* en boca de cualquier otro.

—Gracias. No estaba segura de que las hubieras visto.

—Las veo todas.

Noa recibe las copas del camarero y debería irse, debería volver con Benjamín y Anna y dejar a Alejandra en su esquina de la barra con su copa y su mirada de documental, pero algo la retiene, una inercia que no tiene nombre todavía y que se manifiesta en el hecho de que pone las dos copas sobre la barra en lugar de cogerlas y marcharse.

—¿Siempre vienes a estas cosas? —pregunta Noa, apoyándose en la barra de una forma que reduce la distancia entre las dos sin que parezca intencionado, porque no lo es, o al menos ella no cree que lo sea.

—Siempre. Es la única tradición corporativa que respeto, aunque solo sea porque la alternativa es que alguien haga un comentario el lunes sobre mi ausencia y prefiero la tortura del evento a la tortura de la conversación posterior.

Noa se ríe, con una risa breve y sincera que Alejandra recibe con una sombra de sonrisa en la comisura de los labios, apenas perceptible, como un reflejo que se apaga antes de instalarse del todo.

—No te imaginaba con sentido del humor —dice Noa, y en cuanto lo dice sabe que es demasiado directo, demasiado honesto para decírselo a tu jefa en una cena de empresa, pero el vino le ha aflojado el filtro y además hay algo en esta versión de Alejandra, la de la blusa burdeos y el pelo suelto, que invita a la sinceridad como si la distancia habitual entre ellas se hubiera estrechado con el simple hecho de coincidir en una barra fuera del horario laboral.

—La mayoría de la gente no me imagina con nada —responde Alejandra, y lo dice mirando su copa, no a Noa, con una naturalidad que no pretende dar pena ni buscar consuelo sino simplemente constatar un hecho con el mismo tono con el que diría que mañana llueve.

La conversación se queda ahí un instante, suspendida en ese comentario que pesa más de lo que ocupa, y Noa siente la necesidad de decir algo que lo equilibre, que devuelva la ligereza sin trivializar lo que acaba de escuchar.

—Bueno, ahora te imagino con un dentista que pone jazz, así que algo hemos avanzado.

Alejandra la mira. La mira de verdad, no con el escaneo rápido de antes sino con algo más lento, más abierto, como si estuviera viendo a Noa por primera vez y no terminara de decidir qué hacer con lo que ve. Luego bebe, deja la copa en la barra y se gira ligeramente hacia ella de una forma que convierte lo que era una coincidencia espacial en una conversación de dos.

Hablan. No de trabajo, no del proyecto Atlas ni del informe trimestral ni de los tres mil euros que descuadran el balance, sino de cosas que no tienen lugar en un despacho con la puerta cerrada y la persiana a media altura. Alejandra le cuenta que lleva dieciocho años

en la empresa y que a veces se pregunta si eso es lealtad o inercia, y lo dice con un tono que sugiere que la pregunta no es retórica, sino que no conoce la respuesta. Noa le habla del contrato temporal y de la evaluación de final de mes, y Alejandra la escucha con una atención quieta que resulta más generosa que cualquier palabra de ánimo porque no intenta resolver nada, solo recibe lo que Noa le está contando sin juzgarlo ni minimizarlo.

En algún momento Noa se olvida de la copa de Anna, que sigue en la barra enfriándose, y en otro momento posterior Alejandra pide otra copa y Noa hace lo mismo, y la barra se convierte en una isla dentro del restaurante donde el ruido llega amortiguado y donde las risas de los compañeros suenan igual que si vinieran de otro lugar, de otra fiesta a la que ninguna de las dos pertenece del todo.

Alejandra le pregunta de dónde es y Noa dice que de una ciudad pequeña al norte que probablemente no le suene, y Alejandra dice pruébame, y Noa dice el nombre y Alejandra niega con la cabeza con una media sonrisa que confirma que no, que no le suena, y Noa se ríe y le dice que no se preocupe, que nadie sabe dónde queda y que esa es precisamente la razón por la que se fue.

—¿Y tú? —pregunta Noa—. ¿De aquí de toda la vida?

—De aquí de toda la vida —repite Alejandra, y hay algo en cómo lo dice que suena más a condena que a pertenencia, un matiz que Noa registra y almacena sin comentar.

Pasan los minutos con esa velocidad tramposa que tienen las conversaciones buenas, esas en las que miras el reloj y no te cuadra el tiempo que ha pasado porque te parece demasiado y demasiado poco a la vez. El restaurante se va vaciando a su alrededor como una marea que se retira, las mesas se quedan vacías, los abrigos

desaparecen de los respaldos y la música sigue sonando para nadie en la zona del ventanal donde ya no queda nadie bailando.

Noa se da cuenta de que están casi solas cuando mira hacia la sala y ve que Benjamín se ha ido sin despedirse, que Anna no está por ningún lado y que la copa de tinto que le había pedido sigue en la barra, intacta y olvidada como una prueba de que algo se ha desviado del plan original sin que nadie lo decidiera conscientemente.

—Creo que me han abandonado —dice Noa, mirando la sala vacía con una risa que es más nerviosa de lo que pretende.

—Bienvenida al club.

Se miran. Y esta vez la mirada dura un poco más de lo necesario, un poco más de lo que duraría entre dos compañeras de trabajo que acaban de descubrir que pueden hablar, un poco más de lo que Noa sabe gestionar sin que se le note en la cara que algo está pasando dentro de ella que no tiene nombre todavía pero que ocupa espacio y genera calor.

Salen juntas. La calle está fría y húmeda, con ese brillo de asfalto mojado que tienen las noches de principios de otoño, y Noa se cruza de brazos porque no ha traído abrigo y porque necesita hacer algo con las manos que no sea lo que está pensando. Alejandra camina a su lado con los tacones resonando sobre la acera y el bolso colgado del hombro, y hay un silencio entre las dos que no es vacío sino calmado.

—¿Hacia dónde vas? —pregunta Alejandra, y la pregunta es práctica, logística, pero su voz suena distinta aquí fuera, más baja, más cerca, como si la noche la hubiera despojado de la capa de autoridad que lleva puesta durante el día.

—Puedo coger un taxi en la esquina.

—Yo también.

Caminan juntas hasta la esquina y Noa levanta la mano cuando ve un taxi acercarse con la luz encendida. El coche se detiene y Noa abre la puerta y entonces se gira hacia Alejandra con la intención de despedirse, de decir buenas noches, de cerrar la noche en ese punto limpio y seguro donde todo puede seguir siendo lo que se supone que es, pero Alejandra está más cerca de lo que esperaba y su cara está ahí, a medio metro, iluminada por la luz amarilla de la farola, y Noa ve algo en sus ojos que no ha visto en toda la noche, algo que no se parece al humor ácido ni a la distancia profesional ni a la autoridad sin fisuras, algo que se parece mucho a lo que ella misma está sintiendo y que no debería estar sintiendo pero que está ahí, innegable, como un latido fuera de sitio.

—¿Compartimos? —dice Noa, y su voz suena más firme de lo que se siente.

Alejandra no contesta con palabras. Sube al taxi y Noa sube detrás y cierra la puerta, y le da al taxista la dirección de su apartamento sin pensarlo, sin preguntarle a Alejandra si le viene bien o si prefiere otra ruta, porque ambas saben que la dirección no importa, que lo que importa es lo que está ocurriendo dentro de ese coche, en el espacio reducido del asiento trasero donde sus rodillas casi se tocan y donde el silencio ya no es una pausa sino una decisión.

El taxi avanza por calles vacías y Noa mira por la ventanilla sin ver nada porque toda su atención está puesta en la presencia de Alejandra a su izquierda, en el roce intermitente de su brazo contra el suyo cada vez que el coche gira, en el perfume que lleva y que

Noa no había detectado en el restaurante, pero que aquí dentro, en este espacio cerrado y cálido, le llega con una intensidad que le seca la boca.

Alejandra mira al frente. Tiene las manos sobre el regazo, los dedos entrelazados, y hay una tensión en su postura que Noa reconoce porque es la misma que siente ella, esa rigidez de quien está conteniendo algo que empuja desde dentro y que sabe que si lo suelta no va a poder recuperarlo.

El taxi se detiene frente al edificio de Noa. Ella paga, salen, y se quedan de pie en la acera mirándose con la puerta del portal a tres pasos de distancia.

—¿Quieres subir? —pregunta Noa, y esta vez su voz no suena firme sino quebrada por un borde, como una cuerda que vibra demasiado.

Alejandra la mira durante un instante que dura lo que dura un parpadeo largo, y luego asiente una sola vez, sin sonreír, sin hablar, con la gravedad de alguien que sabe exactamente lo que está aceptando y que ha decidido hacerlo de todas formas.

Suben en silencio. El ascensor es pequeño y viejo, con un espejo empañado en la pared del fondo y una luz que parpadea cada dos pisos, y Noa pulsa el cuarto sin mirar a Alejandra porque sabe que si la mira ahora, en este espacio diminuto donde puede oír su respiración, no va a esperar a llegar al apartamento.

La puerta se abre al tercer intento porque a Noa le tiemblan las manos y la llave no entra bien, y cuando por fin consigue girarla y empuja la puerta, entra primero y enciende la luz del recibidor, que es una lámpara de pie que deja la mitad del pasillo en penumbra, y

se gira hacia Alejandra que está cerrando la puerta a su espalda con una calma que contradice todo lo que está pasando.

Se miran. De cerca, a menos de un metro, en el pasillo estrecho del apartamento de Noa donde huele a café del desayuno y a jabón de lavadora, y es Alejandra quien se mueve primero, quien da el paso que reduce la distancia a nada, quien le pone una mano en la cara con una firmeza suave que a Noa le afloja las rodillas cuando la besa.

La besa despacio, queriendo estar segura de cada milímetro, con los labios entreabiertos, una mano en la mandíbula de Noa y la otra todavía sujetando el bolso que se le resbala del hombro y cae al suelo con un golpe sordo que ninguna de las dos registra. Noa le devuelve el beso, le pone las manos en la cintura y la atrae hacia ella hasta que sus cuerpos se juntan y siente el calor de Alejandra a través de la seda de la blusa, ese calor que lleva toda la noche imaginando sin atreverse a admitirlo.

El beso se profundiza y Noa retrocede sin dejar de besarla, guiándola por el pasillo a ciegas, chocando con la pared una vez y con el marco de la puerta del dormitorio otra, y Alejandra le sujeta la nuca con la mano y la pega contra el marco para besarla más fuerte, con una intensidad que no se parece en nada a la mujer contenida de la oficina y que le arranca a Noa un sonido bajo, involuntario, que se queda entre las dos como una confesión.

Entran en el dormitorio. Noa no enciende la luz porque entra suficiente claridad de la farola de la calle a través de la ventana y porque la penumbra les da una libertad que la luz les quitaría, la libertad de no verse del todo y al mismo tiempo de sentirlo todo con una nitidez que compensa la falta de imagen.

Alejandra le baja los tirantes del vestido con los dedos, despacio, uno primero y luego el otro, y el vestido le cae por los hombros y se detiene en las caderas, ahí donde le queda justo, y Alejandra pasa los dedos por su clavícula y por el hueco de su cuello y Noa cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás al sentir los labios de Alejandra en su garganta, bajando con una lentitud que la desespera y la sostiene a partes iguales.

Noa le desabrocha la blusa sin prisa, botón a botón, y cada botón que se abre es un territorio nuevo que sus dedos exploran con una curiosidad hambrienta que le sorprende a ella misma, porque no esperaba que tocar a Alejandra fuera así, que la piel de su estómago fuera tan suave y que su respiración se acelerara de esta forma cuando Noa le pasa las yemas por las costillas y sube hasta el borde del sujetador.

Caen sobre la cama, Noa debajo, Alejandra encima, y el peso de su cuerpo sobre el de Noa es una presión que no aplasta sino que ancla, que la fija al presente y le impide pensar en nada que no sea esto, aquí, ahora. Alejandra le termina de bajar el vestido y se lo saca por los pies, y vuelve a subir besándole los muslos, las caderas, el estómago, y cada beso es una marca que Noa siente grabarse en la piel como si la piel tuviera memoria y estuviera registrando todo para después.

Noa se incorpora lo justo para quitarle la blusa del todo, le desabrocha el sujetador y la atrae hacia ella y se besan de nuevo, piel contra piel, y el contacto es tan directo y tan completo que a Noa se le escapa un gemido contra la boca de Alejandra que hace que esta se detenga un segundo, solo uno, para mirarla con los ojos

oscuros y brillantes y una expresión que está a medio camino entre el deseo y el asombro.

La mano de Alejandra baja por el abdomen de Noa con una determinación que es a la vez gentil e implacable, y cuando llega donde Noa necesita que llegue, cuando sus dedos la tocan por primera vez por encima de la ropa interior y luego por debajo, Noa arquea la espalda, le clava las uñas en el hombro y dice algo que no es una palabra sino un sonido, algo entre un sí y un por favor que Alejandra recoge con la boca mientras sus dedos encuentran el ritmo exacto cuando la penetra, ese que Noa no habría sabido pedir pero que Alejandra descifra como si su cuerpo fuera un idioma que ya conociera.

Noa se corre con los ojos cerrados y la mano de Alejandra entre las piernas, y la boca de Alejandra en su cuello, y el orgasmo la atraviesa como una ola que no llega de golpe sino en capas, una detrás de otra, y se queda temblando debajo de ella con la respiración rota y los dedos todavía clavados en su espalda.

No espera a recuperarse del todo. Le da la vuelta. La tumba boca arriba, se coloca encima y le besa el esternón, los pechos, le atrapa un pezón entre los labios y siente cómo Alejandra contiene el aliento y le pone una mano en el pelo, empujándola suavemente hacia abajo con una urgencia que contradice toda la compostura que le ha conocido hasta ahora.

Noa baja. Le quita la ropa que queda con las manos y con los dientes y se coloca entre sus piernas, y la besa ahí, con la boca abierta y la lengua lenta, y Alejandra suelta un sonido que Noa no le había escuchado nunca y que quiere volver a escuchar, así que lo repite, y lo repite, variando la presión y el ángulo hasta que

encuentra el punto exacto en el que Alejandra deja de contenerse, le agarra el pelo con fuerza y se le tensan los muslos contra las mejillas de Noa cuando dice su nombre, lo dice una sola vez, con una voz que no se parece a la de las reuniones ni a la de la barra del restaurante, ni a ninguna voz que Noa haya oído antes, y se corre contra su boca con un espasmo largo y profundo que la deja inmóvil, con los ojos cerrados y la mano todavía enredada en el pelo de Noa como si soltarla fuera perder algo que acaba de encontrar.

CAPÍTULO 4

Lo primero que registra es la luz.

No es la luz de su dormitorio, que entra filtrada por cortinas opacas de color gris oscuro y que apenas deja una línea fina en el suelo de parquet. Esta luz es distinta, más cruda, más directa, una claridad blanquecina que se cuela por una cortina y que le da en la cara con la imparcialidad de algo que no sabe lo que ha pasado ni tiene motivos para ser amable. Alejandra parpadea una vez, dos veces, y durante tres segundos no sabe dónde está. Solo sabe que la almohada no huele como la suya, que las sábanas son de algodón fino en lugar del lino grueso al que está acostumbrada, y que a su derecha hay un cuerpo que respira con la lentitud profunda de alguien que duerme sin preocupaciones, o al menos sin las preocupaciones que van a llegar cuando abra los ojos.

Entonces lo recuerda todo. No de golpe, no como una avalancha, sino como una secuencia que se monta sola dentro de su cabeza con una precisión que le resulta casi cruel: la barra del restaurante, la conversación, el taxi, el portal, el ascensor con la luz que parpadeaba, el pasillo, el beso, la cama. Todo. Cada imagen nítida, cada sensación intacta, como si su cuerpo hubiera grabado la noche entera con una resolución que su mente normalmente no

permite y que ahora le devuelve cada detalle con una fidelidad que no ha pedido.

Gira la cabeza despacio, con el cuidado de quien se mueve sobre hielo y sabe que cualquier movimiento brusco puede romperlo.

Noa está dormida boca abajo, con la cara girada hacia el lado contrario y el pelo oscuro desparramado sobre la almohada como una mancha de tinta sobre papel blanco. Tiene un brazo fuera de la sábana, extendido sobre el colchón, y la espalda desnuda expuesta hasta la curva de la cintura donde la sábana se arruga sin orden ni intención. Respira con la boca entreabierta y hay una quietud en su cuerpo que a Alejandra le produce algo que no logra nombrar, no es ternura exactamente, pero se le parece lo suficiente como para asustarla.

Se queda inmóvil durante lo que podrían ser treinta segundos o tres minutos, mirando el techo de un dormitorio que no conoce, registrando los detalles con la misma metodología con la que revisaría un expediente: una grieta fina que recorre la esquina superior izquierda, una lámpara de techo con pantalla de tela que alguien compró en algún mercadillo, una estantería pegada a la pared con libros colocados sin criterio aparente y una planta que necesita agua. El dormitorio de una persona de veintiocho años con contrato temporal y un sueldo que probablemente apenas le da para pagar el alquiler de este apartamento pequeño y luminoso donde Alejandra no debería estar.

Se incorpora. Lo hace con la lentitud controlada de quien no quiere despertar a nadie, pero también con la rigidez de quien necesita poner distancia física entre su cuerpo y lo que acaba de pasar. Se sienta en el borde de la cama y se queda ahí un momento,

con los pies en el suelo frío y las manos sobre los muslos desnudos, mirando la ropa esparcida por el suelo como los restos de un naufragio que nadie ha recogido todavía.

Su blusa burdeos está al pie de la cama, arrugada de una forma que no tiene remedio. El sujetador está más lejos, cerca de la puerta, en el punto exacto donde Noa se lo quitó anoche con las manos y con los dientes, y el recuerdo le atraviesa el estómago como una corriente eléctrica que le tensa todos los músculos de golpe. La falda está colgada del respaldo de una silla junto a la ventana, lo cual significa que en algún momento de la noche alguien la dejó ahí con una intención de orden que no se aplicó a nada más. Los tacones están separados, uno junto a la mesilla y otro debajo de la cama, como si hubieran salido huyendo cada uno por su lado.

Alejandra se levanta. Se agacha para recoger la blusa y siente el tirón en los músculos del abdomen, una tensión residual que le recuerda posturas y esfuerzos que preferiría no estar recordando ahora mismo, pero que su cuerpo se empeña en reproducir con una fidelidad que roza la crueldad. Recoge el sujetador, la falda y los tacones. Lo hace en silencio, con movimientos precisos, como si estuviera desmontando una escena que nunca debió existir y guardando las pruebas en el orden correcto para que nadie pueda reconstruirla después.

Se viste en el baño.

El baño es pequeño, con azulejos blancos que necesitan lechada nueva y una cortina de ducha con un estampado geométrico que a Alejandra le parece excesivamente alegre para las siete y cuarto de un sábado por la mañana. Hay un espejo sobre el lavabo, uno de esos espejos redondos con marco metálico que se venden en

cualquier tienda de decoración barata, y Alejandra se planta delante de él después de abrocharse el último botón de la blusa y se mira.

La mujer que le devuelve la mirada tiene el rímel corrido bajo el ojo derecho, el pelo aplastado en un lado y revuelto en el otro, y una marca rojiza en el cuello, justo debajo de la mandíbula, que es inequívocamente la huella de una boca que estuvo ahí el tiempo suficiente como para dejar constancia. Alejandra se apoya en el lavabo con ambas manos, baja la cabeza y cierra los ojos y respira, una vez, dos veces, tres, con la técnica de control que aprendió hace años y que utiliza cada vez que algo amenaza con desbordarla, lo cual no ocurre a menudo porque Alejandra ha construido su vida entera alrededor de la idea de que el desbordamiento es un lujo que no puede permitirse.

Abre el grifo. Se lava la cara con agua fría, se limpia el rímel con un trozo de papel higiénico y se peina con los dedos lo mejor que puede y, cuando se mira de nuevo, lo que ve ya se parece más a ella, a la versión de ella que el mundo conoce, la que tiene el control y las respuestas y la puerta del despacho cerrada. Pero debajo de esa superficie recién recompuesta hay algo que tiembla, que no se va con agua fría ni con la blusa abrochada hasta el último botón, algo que se parece al pánico, pero que no lo es del todo porque está mezclado con otra cosa, con el recuerdo de la boca de Noa entre sus piernas y de su propia voz diciendo el nombre de Noa en la oscuridad con una vulnerabilidad que no se ha permitido con nadie en años.

No es arrepentimiento. Eso es lo que más la asusta. Debería serlo, debería despertar en esta cama ajena con la certeza limpia y demoledora de que ha cometido un error, pero no es eso lo que

siente. Lo que siente es miedo. Un miedo específico y detallado que tiene que ver con lo que pasaría si alguien se enterara, con lo que le pasaría a Noa si alguien conectara los puntos, con el contrato temporal que termina en semanas y que cualquier comité de ética convertiría en la prueba de una relación de poder desigual, independientemente de quién besó a quién primero y de quién subió al taxi sabiendo exactamente lo que hacía. Tiene miedo de que lo que pasó anoche, que fue real, fue bueno y fue más intenso de lo que está dispuesta a admitir en voz alta, se convierta en la historia que la gente contará en los pasillos con medias verdades y juicios completos: la jefa que se acostó con la temporal, la directora que abusó de su posición, la mujer de cuarenta y cinco años que debería haber sabido controlarse.

Pero sobre todo tiene miedo de lo que sintió. De esa grieta que se abrió en algún momento entre la barra del restaurante y la cama de Noa por la que entró algo que llevaba años manteniendo fuera, y no tiene que ver con el sexo sino con la forma en que Noa la miró mientras hablaban, como si la viera de verdad, como si detrás de la jefa del departamento y de la mujer con la puerta cerrada hubiera alguien que merecía la pena conocer. Nadie la había mirado así en mucho tiempo. Quizá nadie la había mirado así nunca.

Sale del baño. La puerta hace un clic suave que en el silencio del apartamento suena como un disparo.

Noa se ha dado la vuelta. Está tumbada de lado, con los ojos abiertos y la sábana subida hasta el pecho, mirándola desde la cama con una expresión que Alejandra reconoce porque la ha visto en su propio reflejo hace tres minutos: la expresión de alguien que está intentando calcular el daño antes de que este se manifieste del todo.

—Buenos días —dice Noa, y su voz tiene esa ronquera cálida del sueño reciente que a Alejandra le hace algo en el centro del pecho que tiene que ignorar ahora mismo si quiere salir de esta habitación con algo parecido a la dignidad intacta.

—Buenos días.

Alejandra se queda de pie junto a la puerta del baño, a tres metros de la cama, con los tacones en una mano y el bolso colgado del hombro, y la distancia que ha puesto entre las dos es deliberada y visible, y Noa la detecta de inmediato porque su cara cambia, se cierra ligeramente, como una ventana que alguien ajusta ante un cambio de temperatura.

—¿Quieres café? —pregunta Noa, incorporándose un poco, y el ofrecimiento es a la vez doméstico y valiente, un intento de normalizar lo que no tiene marco conocido, de ponerle una taza de café encima a algo que no saben cómo nombrar.

—No, gracias.

Lo dice con la cortesía neutra de un mostrador de aerolínea y lo sabe, y sabe que Noa también lo sabe, y el silencio que sigue es de los que duelen no por lo que contienen sino por lo que reemplazan, porque las dos saben que debería haber otra conversación en lugar de esta, una más honesta, más larga, más acorde con lo que pasó anoche entre estas paredes, pero Alejandra no puede permitírsela y Noa empieza a entenderlo.

Noa se sienta en la cama, con las piernas cruzadas y la sábana enrollada alrededor del cuerpo, y la mira con esa franqueza directa que tiene y que a Alejandra le resulta desarmante porque es exactamente lo opuesto a lo que ella hace, que es blindarse antes de que la primera flecha llegue.

—Alejandra.

—Esto no puede volver a pasar.

Lo dice antes de que Noa termine de formular lo que iba a decir, antes de que la conversación tome una dirección que no pueda controlar. Lo dice de pie, vestida, con los tacones en la mano como un escudo ridículo, y su voz suena exactamente como quiere que suene: firme, definitiva, sin grietas por las que pueda colarse la negociación.

Noa no responde de inmediato. La mira durante unos segundos que son largos y pesados y que Alejandra sostiene sin pestañear porque si pestañea ahora, si muestra cualquier fisura, todo lo que está construyendo en este momento se vendrá abajo.

—De acuerdo —dice Noa finalmente, y hay algo en su tono que no es sumisión ni aceptación fácil, sino comprensión dolorosa, la comprensión de quien ve las piezas del tablero y entiende que la jugada, por injusta que sea, es la única posible.

—Lo de anoche fue... —Alejandra empieza la frase y la deja suspendida un instante, buscando la palabra que contenga la verdad sin abrir la puerta, y la encuentra, o al menos encuentra una que le sirve—, fue un error de juicio.

—¿Un error de juicio?

Noa repite la frase con un tono que no es agresivo, pero que tiene filo, un filo fino que corta la neutralidad que Alejandra está intentando mantener y que deja al descubierto la insuficiencia de esas palabras para describir lo que las dos saben que pasó.

—Noa —dice Alejandra, y pronunciar su nombre aquí, en este dormitorio, a la luz de la mañana, le cuesta un esfuerzo que espera que no se note—. Sabes la situación. Soy tu responsable directa.

Tienes un contrato temporal que se revisa en tres semanas. Si alguien se entera de que hemos...

No termina la frase. No hace falta.

—Lo sé —dice Noa.

—No se repite. No se menciona. En la oficina, esto no ha pasado.

Lo dice como quien dicta un protocolo, con la misma cadencia con la que daría instrucciones sobre un proyecto o una entrega, y odia cada palabra que sale de su boca porque sabe que suena exactamente como la persona que Noa creía que era antes de anoche: fría, calculadora, incapaz de sentir nada que no se pueda cuantificar en un Excel. Pero es necesario. Es necesario porque si no pone esta barrera ahora, si deja que lo de anoche se convierta en algo con continuidad y consecuencias, la que va a pagar el precio más alto no es ella, es Noa. La jefa que se acuesta con la temporal sobrevive al escándalo con una reprimenda y un traslado; la temporal que se acuesta con la jefa pierde el contrato, la reputación y la posibilidad de que alguien valore su trabajo sin preguntarse cómo lo consiguió.

—¿Es lo que quieres? —pregunta Noa, y la pregunta es simple, pero contiene todo lo que Alejandra no puede responder con honestidad, así que responde con lo único que puede.

—Es lo que tiene que ser.

Noa asiente. Una sola vez, despacio, con una resignación que no es derrota sino pragmatismo triste, y Alejandra siente algo romperse dentro de ella con un sonido que nadie más puede oír, un chasquido silencioso como el de una rama que lleva demasiado tiempo soportando un peso que no era el suyo.

Se miran una última vez. Y en esa mirada hay todo lo que no se han dicho y lo que no se van a decir, la noche entera comprimida en un segundo de contacto visual que duele como duelen las cosas que son verdad y que no puedes conservar. Alejandra ve en los ojos de Noa algo que reconoce porque lo siente en los propios: el entendimiento de que lo que pasó no fue casual ni pequeño, ni un error de juicio, por mucho que ella acabe de llamarlo así.

—Nos vemos el lunes, Noa.

—Adiós.

Alejandra sale del dormitorio. Cruza el pasillo donde anoche se besaron contra el marco de la puerta y pasa junto a la lámpara de pie que dejó la mitad del recibidor en penumbra, y abre la puerta del apartamento y la cierra detrás de ella con un cuidado excesivo, sin dar un portazo, sin hacer ruido, porque un portazo sería una emoción y ella ya no puede permitirse ninguna más.

Baja por el ascensor mirándose en el espejo empañado, comprobando que la blusa está bien abrochada, que el pelo tiene un aspecto aceptable y que la marca del cuello queda parcialmente oculta por el cuello de la blusa si se lo sube un poco. Se pone los tacones en el portal, apoyada contra la pared de buzones, y el gesto mecánico de abrocharse las hebillas le devuelve una porción mínima de normalidad que agradece con la intensidad de alguien que lleva media hora sin respirar bien.

Sale a la calle. La mañana es gris y fría y el asfalto todavía está mojado de la lluvia de anoche, y huele a tierra húmeda y a pan recién hecho de alguna panadería cercana que ya ha abierto. Camina hasta su coche, que dejó aparcado a tres calles del restaurante porque siempre aparca lejos de cualquier evento

corporativo por si necesita irse sin que nadie la vea, una precaución que hasta hoy le parecía excesiva y que ahora le parece insuficiente.

Se sienta en el asiento del conductor media hora después. Cierra la puerta. El interior del coche tiene ese silencio hermético de los espacios cerrados que la aísla del mundo con una eficacia que en este momento necesita como necesita el aire. Pone las manos en el volante, las dos, a las diez y diez como le enseñaron cuando sacó el carné hace veinticinco años, y se queda así, quieta, mirando al frente a través del parabrisas donde una gota de agua baja despacio trazando un camino irregular.

Introduce la llave en el contacto, pero no la gira. Se queda con las manos en el volante y los ojos fijos en el semáforo del final de la calle, que está en rojo. Lo observa con la atención vacía de quien necesita un punto donde fijar la vista para no derrumbarse. El semáforo cambia a verde. El verde se refleja en el parabrisas mojado, le ilumina la cara, las manos y el salpicadero con un resplandor frío que parece preguntarle algo.

No arranca.

El semáforo sigue en verde y Alejandra sigue con las manos en el volante, los nudillos blancos de apretar, la mandíbula tensa, la mirada fija en esa luz verde que le dice que puede avanzar, que el camino está libre, que solo tiene que pisar el acelerador y seguir adelante con la misma determinación con la que ha seguido adelante siempre.

El semáforo se pone en ámbar.

Luego en rojo.

Alejandra no se ha movido.

CAPÍTULO 5

Se ha preparado para esto.

Lleva preparándose desde el sábado por la mañana, desde el momento exacto en que la puerta de su apartamento se cerró con ese clic suave que sonó como el punto final de una frase que ninguna de las dos había terminado de escribir. Se ha preparado durante todo el fin de semana con la disciplina de un atleta que entrena para una prueba que sabe que va a doler: ha limpiado el apartamento de arriba abajo, ha cambiado las sábanas, ha fregado las tazas del café que no llegaron a tomarse, ha tirado la botella de vino que abrieron a las tres de la mañana y que dejaron a medias sobre la encimera como un testigo incómodo. Ha lavado la ropa de cama dos veces porque después de la primera todavía le parecía que olía a ella, a ese perfume que Alejandra usa y que Noa no sabe identificar, pero que es caro, seco y tiene algo de madera y algo de cítrico y que ahora es capaz de reconocer con los ojos cerrados entre otros cien perfumes porque su cerebro lo ha catalogado en la carpeta de cosas que no puede olvidar por mucho que lo intente.

Se ha preparado. Puede hacerlo.

El lunes amanece con esa luz gris de noviembre que convierte Madrid en una ciudad de hormigón mojado, paraguas cerrados y gente que camina deprisa con la cabeza baja y los auriculares

puestos. Noa llega a la oficina a las ocho y cuarto, cinco minutos antes de lo habitual, porque ha calculado que llegar pronto le dará tiempo para instalarse, para ocupar su espacio, para que cuando Alejandra aparezca ella ya esté sentada frente a su pantalla con la postura de alguien que lleva un rato trabajando y que no ha estado despierta desde las cinco de la mañana mirando el techo de un dormitorio que ya no huele a nadie más que a detergente.

Entra por la puerta de cristal del departamento. Ficha con la tarjeta. Camina hasta su mesa, que es la tercera de la segunda fila en el espacio abierto, junto a la ventana que da al patio interior y frente al despacho de Alejandra, cuya puerta está cerrada y cuya luz está apagada, lo cual significa que todavía no ha llegado y Noa siente un alivio que le dura exactamente lo que tarda en darse cuenta de que el alivio es temporal y de que en algún momento de la próxima hora esa puerta se va a abrir y esa luz se va a encender, y Alejandra va a estar ahí, al otro lado de la cristalera, a ocho metros de distancia, y Noa va a tener que comportarse como si no supiera cómo suena su nombre cuando lo dice en la oscuridad.

Deja el bolso en el cajón. Enciende el ordenador. Espera los cuarenta segundos que tarda en arrancar el sistema mirando el logo corporativo que gira en la pantalla con la lentitud exasperante de siempre. Introduce su contraseña. Abre el correo. Tiene catorce mensajes sin leer del viernes por la tarde que no contestó porque estaba en la barra de un restaurante bebiendo vino con su jefa y diciendo cosas que no debería haber dicho, y sintiendo cosas que no debería haber sentido y metiéndose en un taxi que las llevó a un sitio del que no hay vuelta atrás.

Abre el primero. Lo lee. No retiene ni una palabra.

A las ocho y treinta y dos, la puerta del departamento se abre y Noa no necesita levantar la vista para saber quién acaba de entrar porque lo siente antes de verlo, una alteración en el aire que es a la vez física e imaginaria, como un cambio de presión atmosférica que solo ella puede detectar. El sonido de los tacones sobre el suelo de resina es inconfundible, ese ritmo constante y seguro que Noa ha escuchado cientos de veces durante las últimas semanas y que hasta el jueves pasado era simplemente el sonido de su jefa caminando hacia su despacho y que ahora es otra cosa, es el sonido de alguien a quien ha visto desnuda y vulnerable, y la diferencia entre antes y después es tan grande que Noa se pregunta cómo es posible que nadie más en esta oficina la perciba.

—Buenos días.

La voz de Alejandra es nítida, profesional, dirigida al espacio abierto en general como quien lanza una piedra al agua sin apuntar a ningún punto concreto. Buenos días al equipo, al departamento, a las ocho personas que ya están sentadas en sus puestos y que responden con variaciones del mismo saludo sin levantar apenas la vista de sus pantallas. Buenos días que incluye a Noa de la misma manera que incluye a Marcos, a Laura, a Javier y a todos los demás, sin distinción, sin énfasis, sin la más mínima inflexión que sugiera que alguno de esos buenos días pesa más que los otros.

Noa levanta la vista medio segundo. Lo justo para ver la espalda de Alejandra mientras entra en su despacho, la chaqueta gris oscuro que no ha visto antes, el pelo recogido en ese moño bajo que lleva siempre en la oficina y la carpeta que sostiene bajo el brazo izquierdo. No la mira. Alejandra no gira la cabeza, no busca sus ojos, no hace absolutamente nada que indique que es consciente de su

presencia, y esa ausencia total de reconocimiento es, paradójicamente, la prueba más clara de que es absolutamente consciente de ella, porque la Alejandra de antes del viernes pasaba por su mesa y a veces se detenía medio segundo para dejarle una indicación o preguntarle algo sobre un informe, y la Alejandra de hoy la ha rodeado como quien rodea un mueble con el que no quiere tropezar.

La puerta del despacho se cierra.

Noa vuelve a mirar su pantalla. El cursor parpadea en la barra de búsqueda del correo esperando instrucciones que no llegan. En el reflejo del monitor, distorsionado por el brillo de la pantalla, Noa puede ver la cristalera del despacho de Alejandra y, detrás de ella, una silueta borrosa que se sienta, que abre un portátil, que empieza a trabajar con la eficiencia de alguien para quien el fin de semana no ha existido o, si ha existido, ha sido archivado en un compartimento estanco al que no se accede en horario laboral.

Las primeras dos horas transcurren con una normalidad que a Noa le parece casi agresiva. El departamento funciona como funciona siempre: correos, llamadas, conversaciones breves entre mesas, el ruido de fondo de una oficina en marcha que no sabe nada y que no tiene por qué saber nada y que sigue operando con la inercia de lo cotidiano mientras Noa intenta leer el mismo párrafo de un informe de gestión por cuarta vez y fracasa, porque cada vez que su concentración empieza a asentarse ocurre algo que la desbarata: el sonido amortiguado de la voz de Alejandra al teléfono que le llega a través de la cristalera como un eco submarino, el olor de su perfume que ha quedado suspendido en el aire a la altura de su mesa como un fantasma olfativo que se niega a disiparse, el

recuerdo repentino e involuntario de sus manos, de la forma en que sus manos se movieron sobre su cuerpo con una seguridad que no esperaba y una delicadeza que no ha podido olvidar.

A las once, reunión de equipo.

La sala de reuniones es un acuario de cristal en la esquina del departamento con una mesa ovalada para doce personas y un proyector que nunca funciona a la primera y que hoy tampoco lo hace, lo cual le da a Marcos tres minutos de protagonismo técnico mientras el resto espera con los portátiles abiertos, los cafés humeando y esa paciencia resignada que todo el mundo tiene con la tecnología de oficina. Noa se sienta en el lado largo de la mesa, en la tercera silla desde la puerta, lo más lejos posible de la cabecera donde siempre se sienta Alejandra, y abre su portátil, coloca su cuaderno al lado y destapa su bolígrafo, y todo esto lo hace con la meticulosidad exagerada de alguien que necesita tener las manos ocupadas para que no se note que le tiemblan.

Alejandra entra última. Cierra la puerta de cristal detrás de ella y se sienta en la cabecera, abre su carpeta y dice vamos a empezar con la misma voz que ha dicho vamos a empezar en las últimas cuarenta y siete reuniones de equipo a las que Noa ha asistido desde que llegó al departamento, y la normalidad de ese gesto, la repetición exacta de un ritual que conoce de memoria, debería ser tranquilizadora pero no lo es, porque ahora Noa sabe lo que hay debajo de esa superficie y no puede dejar de verlo, como cuando miras una cristalera y por mucho que intentes fijarte en el reflejo acabas mirando hacia el interior, buscando lo que sabes que está al otro lado del cristal, lo que no puedes ver del todo pero que sabes que está ahí porque lo has tocado.

Laura presenta las cifras del tercer trimestre. Noa debería estar tomando notas porque parte de esos datos afectan al informe que tiene que entregar el miércoles, pero en lugar de eso está observando las manos de Alejandra sobre la mesa, la forma en que sostiene el bolígrafo entre los dedos índice y corazón mientras escucha, la forma en que gira la muñeca para anotar algo en el margen de un documento, la forma en que su pulgar acaricia el borde del papel con un gesto mecánico e inconsciente que a Noa le produce una reacción en el estómago que no debería producirle en una reunión de equipo a las once de la mañana de un lunes.

—Noa, ¿tienes las proyecciones actualizadas?

La voz de Alejandra llega limpia y directa, dirigida a ella por primera vez en toda la mañana, y Noa siente que todos los músculos de su cuerpo se tensan a la vez como las cuerdas de un instrumento que alguien acaba de afinar demasiado.

—Sí, las tengo en el informe preliminar, te las envío esta tarde.

Lo dice mirándola a los ojos porque no mirarla sería más sospechoso que mirarla, y el contacto visual dura exactamente dos segundos y medio, Noa los cuenta, y en esos dos segundos y medio la cara de Alejandra es perfectamente profesional, perfectamente neutra, perfectamente impenetrable, y Noa se pregunta cómo lo hace, cómo consigue que sus ojos no digan nada cuando los ojos de Noa están diciendo todo, y entonces entiende que no es que Alejandra no sienta nada, es que lleva años entrenándose para que no se note, años construyendo esa fachada de cristal blindado detrás de la cual ocurren cosas que nadie ve.

—Perfecto —dice Alejandra, y pasa al siguiente punto del orden del día con la fluidez de quien cambia de diapositiva, y Noa baja la

vista a su cuaderno donde ha escrito tres palabras en cuarenta minutos, ninguna de las cuales tiene relación con las proyecciones del tercer trimestre.

La reunión termina a las doce y cuarto. Todo el mundo recoge sus cosas y sale en pequeños grupos comentando plazos y entregas, y Noa sale con ellos, integrada en el flujo, camuflada entre conversaciones ajenas, y al pasar junto a Alejandra que sigue sentada recogiendo sus papeles, la distancia entre las dos se reduce a menos de un metro y Noa huele su perfume otra vez, esa mezcla de madera y cítrico que el sábado por la mañana estaba en sus sábanas y que ahora está en el aire acondicionado de una sala de reuniones, y el contraste entre los dos contextos es tan brutal que Noa tiene que apretar la mandíbula para que su cara no muestre lo que su cuerpo está sintiendo.

Vuelve a su mesa. Se sienta. Mira el reloj: las doce y diecinueve.

Abre WhatsApp. Busca el contacto de Vera, que aparece con una foto de las dos en una terraza de verano que se tomaron hace dos años.

Escribe: *Necesito verte el viernes.*

La respuesta llega en menos de un minuto, lo cual significa que Vera está en una reunión aburrida o en su mesa procrastinando, que son los dos únicos estados en los que Vera responde con esa velocidad.

¿Estás bien?

Noa mira el mensaje. Mira la cristalera del despacho de Alejandra, donde la silueta borrosa está hablando por teléfono con una mano en la frente. Mira de nuevo el mensaje.

No lo sé. Te cuento el viernes.

Estaré ahí. ¿Cañas o emergencia de gin-tonic?

Gin-tonic.

Joder. Vale. Viernes. Te quiero.

Noa cierra WhatsApp y vuelve al informe que lleva intentando leer desde las ocho y cuarto de la mañana y que sigue sin tener sentido, no porque esté mal redactado sino porque su cabeza está en otro sitio, en un apartamento con luz tenue, sábanas de algodón y una mujer que se fue a las siete y media de la mañana diciéndole que lo que habían vivido era un error de juicio, y Noa entiende las razones y acepta las condiciones, y sabe que Alejandra tiene razón en casi todo lo que dijo, pero no puede evitar pensar que reducir lo que pasó entre ellas a un error de juicio es como llamar inclemencia meteorológica a un terremoto.

La tarde es larga y gris y funcional. Noa consigue, por fin, terminar el primer borrador del informe a base de una concentración forzada que le produce dolor de cabeza y tres cafés que le producen acidez. Intercambia correos con Laura sobre un par de cifras que no cuadran. Asiste a una llamada con un proveedor externo en la que dice las palabras correctas en el momento correcto sin recordar después ninguna de ellas. A las cuatro y media, Alejandra sale de su despacho para hablar con Marcos sobre algo relacionado con un presupuesto, y pasa por delante de su mesa, y Noa no levanta la vista, pero registra cada paso, cada segundo de proximidad, cada molécula de aire desplazado, con la precisión de un sismógrafo que detecta vibraciones que nadie más percibe.

No se hablan en toda la tarde. No se miran. No se cruzan en la cocina ni en el pasillo ni en ninguno de esos espacios comunes donde los encuentros accidentales son inevitables en una oficina de

doscientos metros cuadrados, lo cual significa que al menos una de las dos está haciendo cálculos de ruta para evitar a la otra, y probablemente las dos.

A las seis y cuarto, la oficina empieza a vaciarse. Marcos se va primero, con la mochila al hombro y los auriculares ya puestos. Luego Laura, que se despide con un gesto general desde la puerta. Luego Javier, que nunca se despide porque siempre se va hablando por teléfono. El espacio abierto se vacía como un teatro después de la función, las pantallas se apagan una a una, las sillas quedan giradas en ángulos arbitrarios, y el silencio que se instala tiene esa cualidad particular de las oficinas vacías al final del día, un silencio que huele a tóner y a café frío y que hace que cada sonido residual se amplifique de forma desproporcionada.

Noa apaga su ordenador. Recoge su cuaderno, su bolígrafo, su taza vacía. Saca el bolso del cajón. Se pone la chaqueta. Todo con la lentitud de quien no tiene prisa por irse, pero tampoco tiene motivos para quedarse, o al menos no motivos que pueda justificar ante sí misma sin que la justificación se derrumbe al primer examen.

Se levanta. Camina hacia la salida.

Al pasar por delante del despacho de Alejandra, se detiene.

La puerta está cerrada. Pero la luz sigue encendida, esa luz cálida de la lámpara de mesa que Alejandra enciende siempre en lugar del fluorescente del techo porque dice que los fluorescentes le dan migraña, y a través de la cristalera Noa puede ver su silueta inclinada sobre el escritorio, escribiendo algo, o leyendo algo, o simplemente permaneciendo ahí, en ese despacho que es su territorio y su refugio, con la puerta cerrada y el mundo fuera.

Noa se detiene un segundo. Solo un segundo. Lo suficiente para que su cuerpo registre la imagen y la archive junto a todas las demás imágenes de Alejandra que lleva acumulando desde el viernes y que ya forman una colección que no sabe dónde guardar ni cómo devolver. Un segundo en el que piensa en llamar a la puerta y en lo que pasaría si llamara y en lo que no pasará porque no va a llamar, porque hay un pacto de silencio y el pacto dice que esto no ha pasado y que en la oficina son lo que eran antes, jefa y temporal, despacho y espacio abierto, cristalera de por medio.

Sigue andando.

Llega al ascensor. Pulsa el botón. Espera. El ascensor de este edificio es antiguo y lento y hace un ruido de cables que a Noa siempre le ha parecido ligeramente amenazante, como si en cualquier momento fuera a decidir que ya no le apetece subir ni bajar y se quedara suspendido entre dos plantas como una metáfora involuntaria de algo que prefiere no analizar.

Su teléfono vibra en el bolsillo de la chaqueta.

Lo saca. La pantalla muestra un mensaje de un número que no tiene guardado, un número que no reconoce pero que de alguna forma reconoce, porque hay cosas que se saben antes de confirmarlas, intuiciones que el cuerpo procesa más rápido que la mente y que llegan convertidas en certeza antes de que los ojos terminen de leer.

Hasta mañana.

Dos palabras. Sin nombre. Sin contexto. Sin nada que las conecte con lo que pasó ni con lo que no debería haber pasado ni con la mujer que está sentada en un despacho con la puerta cerrada a treinta metros de distancia y que, a pesar de todo lo que dijo el

sábado por la mañana sobre errores de juicio y cosas que no se repiten ni se mencionan, ha buscado su número y ha escrito dos palabras que rompen el pacto antes de que el pacto cumpla su primer día.

CAPÍTULO 6

El bar se llama La Fugada y lleva ahí desde antes de que Malasaña se llenara de cafeterías con leche de avena y taburetes incómodos. Es un local estrecho, con barra de zinc y luz amarillenta, el tipo de sitio que no aparece en ninguna guía y que sobrevive porque la gente que lo conoce no se lo cuenta a nadie. Vera y ella lo descubrieron una noche de febrero hace ocho o nueve años, cuando las dos tenían veintitantos y la costumbre de caminar sin rumbo hasta que algo les llamara la atención. Aquella noche lo que les llamó la atención fue el letrero medio apagado y la puerta entornada y el sonido de un disco de Chavela Vargas que se filtraba desde dentro como una invitación que solo ellas podían oír.

Desde entonces, cada vez que quedan, lo hacen ahí. Es su sitio. No hace falta decirlo ni confirmarlo. Vera escribe *viernes, las nueve* y las dos saben dónde.

Noa llega primera. Se sienta en la mesa del fondo, la que está pegada a la pared con el papel pintado medio despegado, y pide un gin-tonic. Se lo bebe despacio, mirando la puerta sin mirarla, con esa atención dispersa de quien espera a alguien, pero tiene la cabeza en otra parte. Cuando el camarero pasa, pide otro. No porque tenga sed. Porque necesita hacer algo con las manos y con la boca que no sea pensar.

Vera aparece a las nueve y veinte. Siempre llega tarde, no por descortesía sino por una incapacidad orgánica de calcular tiempos que a estas alturas forma parte de su identidad tanto como el pelo rizado que lleva ahora más corto que la última vez.

—Joder, qué frío hace en esta ciudad —dice a modo de saludo, dejándose caer en la silla de enfrente.

Se quita el abrigo, lo tira sobre la silla de al lado y mira el vaso de Noa —medio vacío, el segundo—, la mira a ella. Tres segundos. Tal vez cuatro. Esa mirada de Vera que no escanea sino que radiografía, que va directa al hueso sin detenerse en la piel.

—Cuéntame.

No dice *qué te pasa*. No dice *estás rara*. Dice *cuéntame*, así, en imperativo suave, como quien abre una puerta y se aparta para que la otra pase. Porque Vera lleva quince años leyéndola y sabe que cuando Noa pide gin-tonic en lugar de cañas es que algo se ha roto o está a punto de romperse.

Noa gira el vaso entre los dedos. El hielo tintinea contra el cristal. Ha ensayado esto en su cabeza durante toda la semana —cómo decirlo, con qué palabras, en qué orden—, pero ahora que está aquí, frente a la única persona ante la que no sabe mentir, los ensayos no sirven de nada.

Empieza por el final.

—Me he acostado con mi jefa.

Lo dice rápido, sin pausas, mirando el hielo en lugar de mirar a Vera. Como quien arranca una tirita. Como quien lanza una granada y cierra los ojos.

Silencio.

Vera no reacciona con escándalo. No abre la boca ni levanta las cejas ni suelta ninguna de las frases que cualquier otra persona habría soltado. Lo que hace es asentir, despacio, una sola vez, como si estuviera calibrando el peso exacto de la frase antes de decidir qué hacer con él.

—¿Una vez? —pregunta.

—Una vez.

Vera la mira. Esa mirada otra vez, la que va directa.

—¿Quieres que sea una vez?

Y ahí es donde Noa se desmorona. No con lágrimas. No con drama. No con un sollozo ni con un gesto visible que alguien sentado en la mesa de al lado pueda detectar. Se desmorona con un silencio que dura demasiado, que se extiende entre las dos como una mancha de tinta sobre papel mojado, un silencio que dice más que cualquier respuesta porque la respuesta es *no* y las dos lo saben, y decirlo en voz alta lo haría real de una manera que Noa todavía no está preparada para aceptar.

Vera espera. No presiona. Deja que el silencio haga su trabajo y cuando se disuelve, Noa empieza a hablar.

Le cuenta la semana. La cena del viernes con el equipo, el vino, la conversación que se fue vaciando hasta que solo quedaron ellas dos en la mesa. El taxi. La noche. Se la cuenta sin detalles porque los detalles son suyos y no está dispuesta a compartirlos, pero le cuenta lo esencial: que no fue un impulso de borrachera aunque estaban bebidas, que las dos sabían lo que estaban haciendo, que hubo un momento en el que podría haberse detenido y no se detuvo, y que ese momento la persigue más que todo lo demás

porque es la prueba de que eligió, conscientemente, cruzar una línea que sabía que no debía cruzar.

Le cuenta la mañana siguiente. La conversación medida, cuidadosa, dos adultas negociando los términos de algo que no tiene nombre. El pacto: esto no ha pasado, esto no se repite, volvemos a ser lo que éramos. Le cuenta que las dos estuvieron de acuerdo. Que ella dijo *claro* y *por supuesto* con una convicción que en ese momento le pareció sincera y que ahora, una semana después, le parece la actuación más patética de su vida.

Le cuenta el lunes. La oficina. Alejandra al otro lado de la cristalera, con su pelo recogido y su traje gris y su voz de directora que da instrucciones al equipo como si el viernes no hubiera existido. Le cuenta la tortura de la proximidad calculada, las ocho horas diarias de compartir un espacio con alguien cuyo cuerpo conoce y cuyo trato es el mismo que le dispensa al becario o a la chica de administración. Le cuenta que esa igualdad de trato es lo más desigual que ha sentido nunca.

Le cuenta el mensaje. El del lunes a las siete de la tarde. *Hasta mañana.* Dos palabras. Sin contexto, sin tono, sin nada que las distinga de un mensaje cualquiera entre una jefa y una empleada. Pero Noa las ha leído y releído hasta que las letras dejan de parecer letras y se convierten en algo más, en una grieta en el muro que Alejandra construyó esa mañana en su cocina, una grieta mínima pero suficiente para que Noa sepa que el muro no es tan sólido como parece.

—No respondí —dice—. Pero lo guardé.

Vera sigue sin interrumpir. Eso es raro. Vera interrumpe siempre, es su forma de conversar, un torrente de comentarios y preguntas y

opiniones que se superponen al discurso del otro como olas sobre la arena. Que esté callada significa que está escuchando de verdad, con esa atención total que reserva para las pocas ocasiones en que sabe que lo que la otra persona necesita no es su opinión sino su silencio.

Cuando Noa termina, Vera levanta la mano y pide otra ronda al camarero. Espera a que lleguen las copas. Bebe un trago del suyo. Y luego habla.

—A ver, Noa. Esto no es un error de una noche.

—Vera…

—Los errores de una noche no se guardan en la agenda. No se releen a las tres de la madrugada. No te joden la semana entera. —Hace una pausa—. Y las jefas que consideran que algo fue un error de juicio no mandan mensajes a las siete de la tarde del lunes.

Noa abre la boca para protestar, pero Vera levanta un dedo.

—Espera. Déjame terminar. —Otro trago—. Estás jodida, eso ya lo sabes. Pero no estás jodida porque te hayas acostado con alguien inapropiado. Estás jodida porque te gusta. De verdad. Y eso es mucho peor que cualquier complicación laboral, porque las complicaciones laborales se gestionan y lo que tú tienes en la cara ahora mismo no se gestiona, se siente, y punto.

Noa no responde. Vera tiene razón. Lo sabe. Lo ha sabido toda la semana, en realidad, pero saberlo dentro de su cabeza y oírlo en voz alta son dos cosas distintas y la segunda duele más.

Vera baja el tono. La crueldad se va y llega algo que se parece a la preocupación, aunque Vera jamás lo llamaría así.

—Ahora escúchame bien, porque esto también tienes que oírlo. Ella es tu jefa. Tiene poder sobre ti. Firma tus evaluaciones, decide

si te renuevan, puede hacer que tu vida profesional sea muy fácil o difícil con una sola conversación. —Pausa—. Tienes un contrato temporal. Eso significa que si esto sale mal, la que pierde eres tú. Siempre tú. Ella seguirá en su despacho con su cristalera y su silla de directora y tú estarás enviando currículums desde tu sofá preguntándote qué coño pasó.

No lo dice con paternalismo. Lo dice como quien extiende un mapa sobre la mesa y señala los puntos peligrosos para que el otro los vea antes de decidir por dónde caminar.

—Entonces qué —dice Noa—. ¿Me olvido?

—No he dicho eso.

—¿Y qué dices?

Vera se reclina en la silla y la mira con esa expresión que Noa conoce, la que pone cuando está a punto de decir algo que sabe que va a doler, pero que dice igual porque Vera cree en la honestidad como otros creen en dios: con fervor y sin excepciones.

—Lo que tienes que decidir es si estás dispuesta a jugar un juego en el que las reglas las pone ella.

Silencio.

—Porque ahora mismo las reglas las pone ella, Noa. Ella decidió que fue un error. Ella decidió que no se repite. Ella decide cómo te trata en la oficina, cuándo te mira y cuándo no. Tú estás ahí, esperando, releyendo un mensaje de dos palabras como si fuera una carta de amor. —Sacude la cabeza—. Eso no es una relación. Ni siquiera es un lío. Es un tablero en el que solo una de las dos mueve las piezas.

Noa se queda mirando su copa. El gin-tonic está aguado. El hielo se ha rendido hace rato.

—¿Qué harías tú? —pregunta.

Vera se ríe. Una risa corta, honesta, con un punto de autoconciencia.

—Yo me habría acostado con ella el primer día, así que no soy la mejor consejera.

Las dos se ríen. Es un alivio breve, como abrir una ventana en una habitación donde el aire se ha viciado.

Después Vera se pone seria otra vez y añade, en voz más baja:

—Pero si me preguntas de verdad, te digo una cosa. No te dejes reducir. Si esto va a ser algo, que sea algo de las dos. Y si no va a ser nada, que sea ella la que te lo diga mirándote a la cara, no con un pacto de mierda negociado a las ocho de la mañana con resaca.

Se despiden en la calle, a la puerta del bar, con el frío de diciembre mordiéndoles las manos. Vera la abraza más tiempo del necesario. La aprieta fuerte, con los brazos bien cerrados, como cuando tenían veinte años y los abrazos eran la única herramienta que tenían para arreglar lo que no sabían arreglar con palabras.

—Llámame —dice Vera, sujetándola por los hombros, mirándola a los ojos—. Cuéntame lo que sea. No desaparezcas. No hagas eso que haces de meterte en tu cueva y resolver las cosas sola, porque esto no lo vas a resolver sola.

Noa asiente.

Se separan. Vera camina hacia la derecha, hacia su casa. Noa camina hacia la izquierda, hacia la boca del metro de Tribunal.

Baja las escaleras. El aire cambia: del frío seco de la calle al calor subterráneo que huele a goma y a multitud. Saca el teléfono del bolsillo. La pantalla se enciende. Busca en los contactos. El número de Alejandra está ahí, guardado sin nombre, solo los dígitos,

porque ponerle nombre habría sido admitir algo y no ponérselo es otra forma de admitirlo.

Lo mira. El cursor parpadea en la barra de texto vacía.

No escribe.

CAPÍTULO 7

El apartamento de Tomás está en Chamberí, en un segundo piso con techos altos y balcones que dan a una calle estrecha donde los coches apenas caben. Es uno de esos pisos antiguos que conservan las molduras del techo y los suelos de madera que crujen en los sitios exactos que Alejandra conoce de memoria porque lleva pisándolos desde los once años, desde la primera vez que su madre la trajo aquí de la mano y le dijo *este es Tomás* y Alejandra lo miró con la desconfianza feroz de una niña que no necesitaba a nadie más y que tardó dos años en dejar de llamarlo *el novio de mamá* y empezar a llamarlo por su nombre.

Tomás lleva en este piso más de treinta años. Antes de su madre y después de ella. Antes del cáncer y después. Ha ido llenándolo de estanterías que ocupan paredes enteras, de pilas de libros que crecen junto a los sillones como formaciones geológicas, de una cocina donde siempre huele a algo que se está cocinando bien porque Tomás cocina como vive: despacio, con atención, sin prisa por llegar a ningún resultado. Los domingos por la noche Alejandra viene a cenar. No todos los domingos —hay viajes, hay compromisos, hay semanas en las que el cansancio pesa más que la costumbre—, pero sí la mayoría. Los suficientes como para que sea un ritual y no una obligación, algo que los dos protegen sin

necesidad de nombrarlo, como se protegen las cosas que sostienen la estructura de una vida sin que nadie las vea.

Él cocina. Ella lleva el vino. Y durante dos o tres horas el mundo se reduce a una mesa, dos platos y una conversación que es el único espacio donde Alejandra se permite bajar la guardia lo suficiente como para que alguien vea lo que hay detrás del cristal blindado.

Tomás es su persona.

No su pareja —Alejandra no tiene pareja, no ha tenido pareja estable en años, y hay algo en eso que no es accidental sino construido, una decisión que tiene que ver con el control y con el miedo a perderlo—. Tomás es su padrastro, aunque la palabra siempre le ha parecido insuficiente, demasiado fría para lo que él representa. Es el hombre que se quedó después de que su madre muriera, cuando nadie lo habría culpado por irse, cuando Alejandra tenía veintidós años y un máster a medio terminar y una rabia dentro que no sabía dónde poner. Es el que la llamaba los martes y los jueves sin falta, sin esperar que ella contestara, sin ofenderse cuando no lo hacía. El que apareció en su graduación con un ramo de flores absurdamente grande, los ojos rojos y no hizo falta que dijera *tu madre estaría orgullosa* porque los dos lo sabían y decirlo habría roto algo que era mejor dejar intacto. Es el que la conoció antes de que fuera directora de nada, el que sabe de dónde viene y lo que le ha costado llegar, el que nunca la ha tratado como la mujer que proyecta en la oficina porque la conoció cuando era una niña enfadada con el mundo que leía en el sofá de esta misma casa mientras su madre y él cocinaban juntos y la risa de los dos llegaba desde la cocina como una promesa de que las cosas podían ser de otra manera.

La cena transcurre con normalidad aparente. Tomás ha hecho un estofado de lentejas que llena la cocina de un olor denso, terroso, reconfortante. Hablan del trabajo de él —profesor de literatura en la Complutense, un hombre de sesenta y cuatro años con gafas de pasta y la paciencia de alguien acostumbrado a escuchar más que a hablar, a hacer preguntas más que a dar respuestas—. Hablan de un viaje que están planeando para Semana Santa: Oporto, un hotel que él ha encontrado cerca del río, una librería Lello que Tomás quiere visitar por cuarta vez porque dice que es de esos sitios que cambian según el momento de la vida en que los miras. Hablan de una serie que los dos están viendo, algo nórdico con paisajes fríos y silencios largos que a él le fascina y a ella le parece lenta, pero sigue viendo porque le gusta tener algo de lo que hablar con Tomás que no sea trabajo ni recuerdos.

Conversación cómoda. Ritmo lento. Silencios que no necesitan llenarse porque llevan años practicándolos y saben que un silencio compartido no es una ausencia sino una forma de compañía.

Pero Tomás la observa.

La lleva observando toda la cena, con esa discreción que tiene, esa capacidad de mirar sin que parezca que mira, como quien lee un libro con el rabillo del ojo mientras finge estar mirando otro. Ha notado la forma en que Alejandra sostiene la copa sin beber: la levanta, la acerca a los labios, la baja sin haber dado un trago, como si el gesto fuera automático pero la voluntad se detuviera a medio camino. Ha notado la forma en que responde a las preguntas con medio segundo de retraso, como si sus palabras tuvieran que pasar un filtro antes de salir, un control de calidad invisible que decide cuáles son seguras y cuáles no. Ha notado, sobre todo, que

Alejandra no lo mira a los ojos cuando habla, y eso es raro, porque ella mira siempre a los ojos —es una de las cosas que aprendió pronto, de las que convirtió en herramienta—, y cuando deja de hacerlo es que hay algo que no quiere que él lea.

En algún momento, durante el segundo plato, Tomás deja el tenedor junto al plato. Lo hace despacio, con esa calma suya que a veces parece lentitud y no lo es, es precisión. Se limpia los labios con la servilleta. La mira.

—¿Qué te pasa?

No lo dice con alarma. No lo dice con la urgencia del que presiente una catástrofe. Lo dice con la calma de quien lleva más de veinte años haciendo esa pregunta y sabe que la respuesta nunca llega a la primera, que con Alejandra hay que esperar, que la información sale en capas, como la pintura vieja cuando se rasca una pared, y que presionar solo consigue que se cierre más.

Alejandra no responde directamente. Coge la copa y esta vez sí bebe, un trago largo, como si necesitara el vino para ganar tiempo.

—El trabajo —dice—. Ha sido una semana complicada.

Tomás asiente. No la cree. Los dos saben que no la cree. El trabajo de Alejandra es siempre complicado, lleva años siendo complicado, y nunca le ha quitado la capacidad de mirarlo a los ojos ni le ha puesto ese temblor casi imperceptible en la mano con la que sostiene la copa.

Silencio.

Alejandra bebe más vino. Mira el estofado, que se enfría en el plato. Mueve una lenteja con el tenedor, la lleva de un lado a otro sin intención de comérsela, un gesto de niña que Tomás reconoce porque lo ha visto mil veces, en esta misma mesa, con esta misma

mujer cuando era una adolescente que removía la comida cuando no quería hablar de lo que le pasaba en el instituto o de lo que sentía al ver la habitación vacía de su madre.

Luego dice, mirando la mesa en lugar de mirarlo a él:

—He hecho algo que no debería haber hecho.

Lo dice en pasado. Cerrado. Como si fuera un hecho consumado que ya no puede alterarse, un objeto que se ha caído de una estantería y se ha roto contra el suelo y del que solo queda decidir si se recogen los pedazos o se barren hacia un rincón. No da detalles. No dice con quién. No dice qué. Pero la frase pesa en el aire con una densidad que los dos reconocen, porque Alejandra no es de las que confiesan errores —Alejandra no confiesa, Alejandra resuelve, gestiona, archiva, pasa página— y el simple hecho de que lo formule así, como una falta, como algo que necesita ser dicho en voz alta ante otro ser humano, ya dice más de lo que las palabras dicen.

Tomás no se mueve. No se inclina hacia delante. No abre los ojos con sorpresa ni frunce el ceño con preocupación. Se queda exactamente como está, con las manos sobre la mesa y la mirada en ella, dándole espacio, ese espacio que aprendió a darle cuando Alejandra tenía trece años y se encerraba en el baño durante horas y él se sentaba al otro lado de la puerta a leer en voz alta hasta que ella abría.

—¿Alguien del trabajo? —pregunta.

No es una suposición al azar. Es una deducción de alguien que la conoce lo suficiente como para saber que el trabajo es el único lugar donde Alejandra se expone, el único terreno donde baja la vigilancia porque cree que la jerarquía la protege, que la distancia profesional es un escudo suficiente. Fuera del trabajo Alejandra no deja que

nadie se acerque lo bastante como para provocar algo que ella describiría como un error.

Alejandra no responde.

Lo cual es una respuesta.

Tomás asiente. Coge su copa. Bebe un trago corto. La deja sobre la mesa y la hace girar despacio entre los dedos, un gesto que Alejandra le ha visto hacer miles de veces, que asocia con los momentos en que Tomás piensa antes de hablar porque sabe que lo que va a decir importa.

Otro silencio. Más largo que el anterior. Los sonidos del piso llenan el hueco: el tic del reloj de pared que era de su madre, el murmullo de la calefacción, el ruido amortiguado de un televisor en el piso de arriba.

Luego Tomás dice, con una suavidad que contrasta con la gravedad de lo que está diciendo:

—¿Es la chica nueva?

Y Alejandra levanta los ojos y lo mira.

En esa mirada está todo lo que no va a decir esta noche. La sorpresa de saberse leída, primero: esa incredulidad breve de quien creía tener la fachada intacta y descubre que alguien ha encontrado la grieta. Después el alivio —un alivio enorme, casi físico, como soltar un peso que llevaba cargando toda la semana— de no tener que explicar, de no tener que construir una narrativa con principio y nudo y desenlace porque Tomás ya ha llegado solo al centro de la historia. Y después, debajo del alivio, lo otro: la vergüenza. La culpa. Algo que se parece mucho al miedo pero que Alejandra jamás llamaría así porque nombrar el miedo es darle forma y darle forma

es admitir que existe, y ella lleva toda su vida adulta demostrando que no le tiene miedo a nada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, y su voz suena diferente, más baja, despojada de la autoridad que la envuelve.

Tomás sonríe. Una sonrisa pequeña, triste, que no tiene nada de burla.

—Porque llevas un mes hablándome de ella.

Alejandra abre la boca y la cierra. Quiere protestar. Quiere decir que no, que no lleva un mes, que apenas la ha mencionado un par de veces, tres como mucho. Pero sabe, mientras lo piensa, que es mentira. Que ha mencionado a Noa más de lo que recuerda. *La nueva del equipo, que escribe bien. La chica que viene de El Periódico, que tiene carácter. Noa, que me ha entregado un texto que no he tenido que corregir ni una coma.* Comentarios sueltos, aparentemente neutros, esparcidos entre conversaciones sobre otras cosas, pero que Tomás ha ido recogiendo uno a uno como quien recoge piedras en la playa sin prisa, sabiendo que al final forman un dibujo.

—No es lo que piensas —dice Alejandra.

—No pienso nada.

—Fue una noche. Una. No va a repetirse.

—Vale.

—Fue un error de juicio. Las dos lo sabemos y estamos de acuerdo.

—Vale —repite Tomás.

Hay algo en la repetición del *vale* que desarma a Alejandra más que cualquier pregunta. Es la ausencia de resistencia. No hay contra qué empujar. Tomás no discute, no cuestiona, no pone objeciones.

Acepta lo que ella dice con la misma placidez con la que acepta que llueva o que haga sol, y es precisamente esa aceptación la que obliga a Alejandra a escucharse a sí misma, a oír sus propias palabras como las oiría alguien de fuera, y darse cuenta de que suenan exactamente como lo que son: un guion ensayado, una versión oficial que ha repetido tantas veces —para sí misma, para Noa, en su propia cabeza durante cada noche de la semana— que ha empezado a confundirla con la verdad.

Tomás la mira. No la juzga. La conoce lo suficiente para saber que la culpa ya se la está administrando ella sola en dosis industriales y que añadir más sería inútil y cruel. Conoce a su hijastra. Sabe que es una mujer que se castiga con una eficiencia que no necesita ayuda externa, que lleva haciéndolo desde que era adolescente, desde que decidió que cualquier error era imperdonable porque su madre le había enseñado que la vida no da segundas oportunidades y luego se había muerto para demostrárselo.

Lo que hace es preguntar, con genuina curiosidad:

—¿Y ahora qué?

Alejandra coge el tenedor. Lo deja. Coge la copa. La deja. No sabe qué hacer con las manos y eso la delata más que cualquier palabra porque Alejandra siempre sabe qué hacer con las manos, es parte de su trabajo, parte de su personaje, saber ocupar el espacio con gestos medidos y precisos, y cuando los gestos se descontrolan es que el personaje se ha resquebrajado.

—Nada —dice—. No va a pasar nada. Fue un error.

Lo dice con la convicción de quien repite un mantra que todavía no se cree del todo, con esa firmeza artificial que tiene la voz cuando habla la voluntad en lugar de la verdad.

Tomás la mira. No parpadea. Tiene los ojos oscuros, tranquilos, enmarcados por las gafas que se le escurren un poco por la nariz y que se recoloca con un gesto automático antes de hablar.

—Vale —dice por tercera vez. Pausa. Larga—. Pero si te fuera indiferente no estarías aquí contándomelo.

La frase aterriza en la mesa como un objeto sólido. Alejandra la mira —la mira, porque es una frase que se puede mirar, que ocupa espacio, que tiene peso—. No responde. No puede responder porque responder sería admitir y admitir sería abrir una puerta que lleva toda la semana intentando cerrar con llave, con cerrojo, con todo lo que tiene.

Tomás no insiste. Sirve más vino. El sonido del líquido cayendo en la copa llena el silencio con algo que se parece a la normalidad. Cambian de tema. Vuelven a la serie nórdica, al viaje a Oporto, a un alumno de Tomás que ha escrito un ensayo sobre Pessoa que lo ha dejado impresionado. Conversación segura. Terreno firme.

Pero el tema sigue ahí, debajo, como un río subterráneo que los dos saben que corre aunque no lo mencionen. Cada vez que Alejandra bebe vino, cada vez que hay una pausa entre frase y frase, el río asoma, se deja oír un instante y vuelve a hundirse. Los dos fingen no escucharlo. Los dos lo escuchan.

Alejandra se va a las once. Recoge su abrigo de la silla donde lo dejó al llegar, busca las llaves en el bolso, hace los gestos automáticos de la despedida: beso en la mejilla, *gracias por la cena*, *la semana que viene traigo yo el postre*. Gestos conocidos, repetidos, cómodos.

Tomás la acompaña a la puerta. El pasillo del piso es estrecho, con una consola antigua donde se acumulan cartas y un espejo en el

que Alejandra evita mirarse porque sabe lo que va a encontrar y no quiere verlo.

—Llámame si necesitas hablar —dice Tomás apoyado en el marco de la puerta.

Alejandra asiente. Se pone el abrigo. Mete un brazo, luego el otro. Se abrocha los botones con esa meticulosidad suya, de arriba abajo, todos, aunque solo va a cruzar un portal y subirse a un coche.

Antes de que llegue al primer escalón, Tomás dice:

—Alejandra.

Ella se gira. Está un peldaño por debajo de él, lo que la obliga a mirarlo hacia arriba, y esa perspectiva la devuelve por un segundo a los once años, a la niña que miraba a este hombre desde abajo preguntándose quién era y por qué su madre sonreía de esa manera cuando él estaba cerca.

Tomás la mira con una ternura que no intenta disimular porque nunca ha intentado disimularla, porque es una de las pocas personas en el mundo que quiere a Alejandra sin condiciones y sin estrategia.

—Ten cuidado —dice—. Pero no solo con lo que pueda pasar.

Pausa.

—Ten cuidado con lo que te haces a ti misma para evitar que pase.

Alejandra le sostiene la mirada un momento. No dice nada. Asiente una vez, apenas un movimiento de cabeza, y baja las escaleras. Los peldaños de madera crujen bajo sus zapatos. Tomás no cierra la puerta hasta que la oye llegar al portal.

En el coche, antes de arrancar, Alejandra se queda un momento con las manos en el volante. La calle está vacía. Las farolas

proyectan círculos de luz sobre el asfalto mojado —ha llovido mientras cenaba, no se ha dado cuenta—. El parabrisas tiene gotas que distorsionan la luz y convierten las farolas en manchas borrosas, imprecisas, como recuerdos que se están deshaciendo.

Piensa en Noa.

No quiere pensar en Noa. Lleva una semana no queriendo pensar en Noa, y cada vez que lo consigue —cinco minutos, diez, nunca más de diez— la imagen vuelve con una nitidez que debería ser ilegal: Noa sentada en su cama la mañana de después, con esa forma de mirarla que no era reproche ni expectativa sino algo peor, algo más difícil de sostener, que era simplemente atención, pura, sin filtro, la mirada de alguien que la ve y no aparta los ojos.

Piensa en el mensaje que le mandó el lunes. *Hasta mañana.* Dos palabras que escribió sin pensar —o eso se dijo— y que borró del historial después como si borrar la prueba borrara el hecho. Piensa en por qué lo escribió. En qué quería conseguir. En qué esperaba que Noa respondiera y en el alivio contradictorio que sintió cuando no lo hizo: alivio porque el silencio de Noa protegía el pacto, y desolación porque el silencio de Noa protegía el pacto.

Piensa en la frase de Tomás. *Ten cuidado con lo que te haces a ti misma para evitar que pase.*

Arranca el coche. El motor rompe el silencio de la calle. Se incorpora al tráfico escaso de un domingo a las once de la noche en Madrid, luces rojas y verdes que se suceden sin urgencia, la ciudad medio dormida, medio despierta, como ella, como todo.

Conduce hacia su casa por el camino de siempre. No enciende la radio. No conecta el teléfono. Conduce en silencio, con las manos firmes en el volante y la mirada en la carretera y la cabeza en otro

sitio, en una cocina que huele a café a las ocho de la mañana, en una mujer que dijo *claro* y *por supuesto* y *es lo mejor* con una convicción que en ese momento le pareció real y que ahora, una semana después, le parece la actuación más generosa que nadie ha hecho por ella.

Llega a su casa. Aparca. El apartamento está oscuro, silencioso, limpio con la limpieza excesiva de los espacios donde solo vive una persona. Deja el bolso en la entrada y se quita los zapatos. Enciende la luz de la cocina —solo la de la cocina, porque la oscuridad del resto del piso no le molesta, está acostumbrada a ella— y se sirve un vaso de agua.

Bebe el agua. Deja el vaso en el fregadero. Se va a dormir.

No duerme.

CAPÍTULO 8

Diciembre llegó a Madrid con ese frío seco que se mete en los huesos sin avisar, que convierte las mañanas en un ejercicio de resistencia antes siquiera de salir de casa. En la oficina, los abrigos se acumulan sobre los respaldos de las sillas, las manos rodean tazas de café como si fueran hogueras en miniatura y las conversaciones de pasillo empiezan siempre con la misma frase: *qué frío hace hoy*. A Alejandra el frío no le molesta. El frío es orden, es contención, es el cuerpo concentrado en sí mismo. Lo que le molesta es todo lo demás.

Han pasado tres semanas desde aquella noche. Veintiún días. Alejandra no los cuenta —o eso se dice—, pero los registra con una precisión que la delata, como si cada jornada fuera una marca en la pared de una celda cuyas dimensiones ella misma ha diseñado.

Ha hecho bien las cosas. Ha mantenido el trato estrictamente laboral: buenos días al llegar, buenas tardes al irse, comentarios sobre entregas y plazos y nada más. No ha buscado a Noa para nada que no sea necesario. No la ha mirado más de lo que mira a cualquier otro miembro del equipo —o al menos eso cree o eso intenta, que a estas alturas son cosas muy distintas—.

Lo que no ha podido evitar es lo otro. Lo involuntario. Lo que sucede por debajo del control como raíces que crecen bajo el asfalto

hasta que lo agrietan. Saber siempre dónde está Noa en la oficina sin necesidad de buscarla, como si su cuerpo emitiera una frecuencia que solo Alejandra puede captar. Registrar cada cambio en su voz: cuándo habla con seguridad y cuándo duda, cuándo se ríe con ganas y cuándo con cortesía, cuándo dice algo inteligente en una reunión y la voz le sube medio tono por la convicción. Notar cuando llega tres minutos tarde, cuando se recoge el pelo de forma diferente, cuando habla por teléfono en voz baja y se ríe de algo que Alejandra no puede oír y quiere oír con una intensidad que la avergüenza.

La primera semana Alejandra reorganiza su agenda. Lo hace un lunes a primera hora, antes de que llegue nadie, con el café todavía caliente y la oficina en silencio. Revisa los flujos de trabajo, redistribuye responsabilidades, redirige la supervisión del informe de Noa a Laura. Es una decisión lógica —Laura es la coordinadora del área, tiene experiencia, lleva años gestionando equipos—, pero también es una huida disfrazada de eficiencia, y Alejandra lo sabe con la misma claridad con la que sabe que el disfraz no engaña a nadie que mire de cerca.

Lo que no esperaba es lo que vino después.

Jueves por la tarde. Alejandra levanta la vista de su pantalla y ve a Laura inclinada sobre la mesa de Noa, señalando algo en el monitor. Las dos hablan en voz baja. Laura dice algo y Noa sonríe, una sonrisa abierta, y Laura le toca el hombro un segundo al levantarse, un gesto casual que no significa nada, un gesto que cualquier compañera haría sin pensar.

La punzada es inmediata. Breve, aguda y absurda. No son celos —Alejandra se niega a llamarlo así—. Es algo más parecido a la

conciencia súbita de lo que ha perdido al apartarse: esa cercanía fácil, esa naturalidad de quienes no tienen nada que ocultar ni nada que gestionar ni ningún río subterráneo corriendo debajo de cada palabra.

La segunda semana Alejandra entra a por café el martes por la mañana y Noa está allí, de espaldas, removiendo algo en una taza. Las dos alcanzan el azucarero al mismo tiempo. Los dedos de Alejandra rozan los de Noa sobre el borde del recipiente —un contacto mínimo, casi inexistente— y las dos retiran la mano como si el azucarero estuviera electrificado.

—Perdona —dice Noa.

—No pasa nada —dice Alejandra, y las dos se quedan un segundo de más mirando el azucarero como si fuera un artefacto explosivo antes de que Noa coja su taza y salga.

En el pasillo, el miércoles después de comer. El pasillo que conecta los despachos con la sala de reuniones es estrecho, apenas caben dos personas de frente, y cuando Alejandra y Noa se cruzan a mitad de camino no hay espacio suficiente para no sentir el calor del otro cuerpo al pasar. Noa gira los hombros para dejarla pasar. Alejandra los gira en la dirección opuesta. Durante medio segundo están tan cerca que Alejandra puede oler su pelo —champú, algo cítrico, limpio— y ese medio segundo dura una eternidad comprimida en la que todo lo que ha construido durante dos semanas amenaza con derrumbarse como un castillo de naipes al que le han soplado.

En el ascensor, el viernes a primera hora se encuentran las dos solas. Cuarenta y cinco segundos de subida. Ninguna dice nada. Alejandra mira los números que cambian en la pantalla —uno, dos,

tres— y siente el silencio como algo físico, como hormigón húmedo que se va solidificando entre las dos hasta llenar todo el espacio disponible. Cuando las puertas se abren, Alejandra sale primero y camina hacia su despacho sin girarse y no respira hasta que cierra la puerta detrás de ella.

Empieza a calcular sus horarios. Llega más temprano —siete cuarenta y cinco en lugar de ocho y cuarto— para tener el café hecho y estar en su despacho antes de que Noa entre. Come más tarde —dos y media, a veces las tres— para no coincidir en la cocina. Usa las escaleras en lugar del ascensor. Son estrategias de evitación que delatan exactamente lo que intentan ocultar, como quien pone una valla alrededor de un agujero y lo único que consigue es que todo el mundo mire el agujero.

La tercera semana Alejandra se da cuenta de que ha empezado a cerrar la puerta de su despacho con más frecuencia.

Antes la dejaba abierta casi siempre. Era una política deliberada de accesibilidad: la puerta abierta significaba *podéis entrar*, significaba *estoy aquí*, significaba *no soy una de esas directoras que se esconden detrás de un muro*. Ahora la cierra. No porque no quiera que entren. Sino porque con la puerta abierta su campo de visión incluye la tercera mesa de la segunda fila, y mirar esa mesa se ha convertido en un acto reflejo que necesita interrumpir físicamente, con una barrera de madera y cristal entre su escritorio y la mujer que trabaja con el pelo cayéndole sobre la cara y el ceño fruncido de quien se concentra con todo el cuerpo, con las manos, con los hombros, con esa inclinación ligera de la cabeza que Alejandra ha memorizado sin proponérselo, como se memorizan las

canciones que suenan en la radio hasta que un día descubres que te sabes la letra entera.

Laura lo nota. Un mediodía se asoma al despacho, toca con los nudillos en el cristal.

—¿Todo bien? Llevas días con la puerta cerrada.

—Necesito concentración para los presupuestos de enero —dice Alejandra sin levantar la vista.

Laura asiente y no pregunta más, pero Alejandra sabe que Laura es observadora, que lleva años trabajando con ella, que conoce sus patrones, y que una puerta cerrada donde antes había una puerta abierta es un dato que Laura archivará y al que volverá si aparecen más datos que encajen.

Este jueves viene lo peor cuando tiene individual con Noa.

Es inevitable. Necesaria, algo laboral. Hay un informe que debe revisarse antes de la fecha límite y Alejandra no puede seguir delegando en Laura sin que parezca lo que es. Programa la reunión para las diez de la mañana, cuando la oficina está llena y la puerta del despacho puede quedar abierta sin que sea raro.

Noa entra con su portátil bajo el brazo y un cuaderno. Se sienta en la silla frente al escritorio. Cruza las piernas y abre el portátil. Y durante treinta y cinco minutos hablan de cifras, plazos, metodología, fuentes, estructura del informe. Profesionalidad impecable. Dos equilibristas sobre un cable que las dos fingen que no existe, mirando al frente, sin mirar abajo, con cada palabra medida y cada gesto controlado, y la conversación fluyendo por el cauce estrecho de lo estrictamente laboral como agua canalizada que no se desborda.

Pero en algún momento, mientras Noa señala algo en la pantalla —un gráfico, una cifra que no cuadra, algo que requiere que las dos miren el mismo punto al mismo tiempo—, su mano roza la de Alejandra sobre el escritorio. Nudillos contra nudillos.

Las dos retiran la mano al mismo tiempo.

El gesto es tan sincronizado, tan simétrico, tan instantáneo, que se delata solo. Nadie retira la mano así de un contacto accidental. Nadie retira la mano así a menos que el contacto no sea accidental en absoluto, a menos que el contacto sea exactamente lo que las dos llevan tres semanas intentando evitar y lo que las dos llevan tres semanas deseando que ocurra.

Durante un instante largo se miran. Es la primera vez en semanas que se miran de verdad —no la mirada de refilón, no la mirada profesional que pasa por encima sin detenerse—. Es una mirada directa, limpia, sin la protección de un contexto laboral ni la excusa de una pantalla ni la distancia de un pasillo. Y en esa mirada está todo lo que las semanas de resistencia han intentado enterrar: el deseo, sí, pero también algo más hondo, más difícil de nombrar, algo que se parece a la tristeza de dos personas que saben lo que quieren y han decidido no tenerlo.

Alejandra es la primera en apartar los ojos.

—Creo que con esto es suficiente —dice, y su voz suena casi normal, como si no hubiera pasado nada—. Envíame la versión final el lunes.

Noa asiente. Cierra el portátil. Se levanta y sale del despacho.

Alejandra se queda mirando la puerta cerrada. El escritorio. El punto exacto donde sus manos se tocaron, y piensa en Tomás. *Ten cuidado con lo que te haces a ti misma para evitar que pase.*

El viernes al final del día todo el mundo se ha ido. La oficina está en ese estado de quietud que tiene después de las siete, cuando las pantallas se apagan y las sillas quedan giradas en ángulos que delatan la prisa de quienes las abandonaron. La luz del despacho de Alejandra es la única encendida.

Mira el calendario en la pared. Falta una semana para la cena de Navidad del departamento. Un evento social obligatorio que se celebra cada año en un restaurante del centro: cena, copas, música, conversación fuera del horario y del contexto laboral. Alcohol. Proximidad. La suspensión temporal de las jerarquías que las cenas de empresa producen como un espejismo que dura lo que dura la noche.

Alejandra sabe que debería buscar una excusa para no ir. Un compromiso previo. Un viaje. Una gripe estratégica. Sabe que ir es exponerse a todo lo que lleva tres semanas construyendo muros para evitar, que una cena de Navidad con vino, música y la guardia baja es exactamente el escenario donde las grietas se convierten en fracturas.

También sabe que no va a buscar ninguna excusa.

Lo sabe con la misma certeza con la que sabe su nombre, con esa claridad terrible que tiene la verdad cuando ya no puede disfrazarse de otra cosa: no va a buscar una excusa porque no quiere buscarla. Porque una parte de ella —la parte que no controla, la parte que Tomás vio, que Noa siente y que ella lleva semanas intentando amordazar— quiere ir. Quiere estar en el mismo espacio que Noa sin un escritorio entre las dos. Quiere ver cómo se ríe cuando no está trabajando. Quiere saber qué bebe cuando elige ella.

CAPÍTULO 9

El vestido negro sin mangas es lo primero que ve Noa al llegar al restaurante y localizar a Alejandra entre el grupo que ya se arremolina junto a la barra: el vestido negro, los hombros desnudos, la ausencia total de la armadura de oficina —sin blazer, sin camisa abotonada hasta arriba, sin ese escudo de tela y estructura que Alejandra lleva cada día como quien lleva un uniforme de guerra—. Y esa ausencia es suficiente para que Noa sepa, antes siquiera de quitarse el abrigo, que la noche va a ser un problema.

Se sienta lo más lejos posible. Extremo opuesto de la mesa, entre Marcos y una chica de administración cuyo nombre se le escapa en cuanto se lo dice. Quince personas, mesa larga, ruido, risas, vino que los camareros sirven con la generosidad de las cenas pagadas por la empresa. Desde su sitio puede ver a Alejandra en diagonal, al otro lado de la mesa, hablando con el director financiero con esa sonrisa social que Noa ya sabe distinguir de la real —la social no le llega a los ojos, es pura cortesía muscular, un gesto aprendido—.

—¿Has visto *The Bear*? —pregunta Marcos sirviéndole vino.

—No.

—Tienes que verla. Te cambia la forma de mirar cualquier cocina.

—Marcos, estamos en una cocina ahora mismo —dice Noa señalando el restaurante.

—¡Exacto! Por eso te lo digo.

Noa se ríe. Marcos es fácil, cómodo, el tipo de compañero que llena silencios sin exigir nada a cambio. Pero mientras él habla de temporadas y personajes, los ojos de Noa cruzan la mesa como atraídos por un imán defectuoso que no puede desactivar. Alejandra se inclina hacia el director financiero para oírle mejor. El movimiento deja a la vista la línea de su clavícula, la sombra que se forma en el hueco de su cuello, y Noa tiene que coger la copa y beber solo para tener algo que hacer con las manos.

—¿Estás bien? —pregunta Marcos—. Estás rara.

—Estoy perfectamente. Cuéntame más de esa serie terrible.

No está perfectamente. Está funcionando con el sistema nervioso a punto del cortocircuito, y la cena no ha hecho más que empezar.

El vino corre y Noa bebe con moderación —una copa, dos a lo sumo— porque ha aprendido de la última cena que el alcohol y la cercanía de Alejandra son una combinación que no puede gestionar. Pero la moderación no sirve de nada porque el problema no es el alcohol. El problema es que la risa de Alejandra le llega entre el barullo como una señal limpia en medio del ruido blanco, y cada vez que la oye algo se tensa en su estómago como una cuerda de guitarra afinada un tono por encima de lo que puede soportar.

Se buscan con la mirada. No de forma obvia sino con esa técnica instintiva de quienes saben que no deberían mirarse: miradas breves, tangenciales, que se cruzan por accidente y se sostienen un instante más de lo necesario antes de desviarse. Al

brindar desde lejos. Al reírse del mismo chiste. Al coincidir en el gesto de buscar la botella de agua. Cada vez que sus ojos se encuentran hay un intercambio que nadie más en esa mesa puede leer, pero que las dos leen perfectamente: un reconocimiento, una pregunta, una respuesta que todavía no se han dado.

A mitad de la cena, Alejandra se aparta el pelo de la cara con un gesto que derrite a Noa, y esta noche, en este contexto, con esa luz cálida y ambarina del restaurante cayéndole sobre los hombros desnudos, el gesto le produce un efecto que no tiene absolutamente nada que ver con la profesionalidad.

—En serio, ¿estás bien? —insiste Marcos—. Llevas un rato mirando al vacío.

—Estoy pensando en la serie que me has dicho —miente Noa de forma absurda—. Suena interesante.

El teléfono de Marcos suena y Noa aprovecha para respirar. Inspirar, expirar, como si pudiera desactivar por la fuerza lo que siente. No funciona. No ha funcionado en tres semanas y no va a funcionar ahora.

Los postres llegan. El volumen de las conversaciones sube y alguien pide chupitos. La chica de administración —¿Lucía? ¿Luisa?— se inclina hacia Noa.

—Oye, ¿es verdad que Alejandra antes dejaba la puerta del despacho abierta siempre? Es que desde que yo llegué la tiene cerrada todo el rato.

Noa nota cómo se le seca la boca.

—No sé, yo llevo poco también.

—Laura dice que sí, que antes era de puerta abierta total. Qué raro, ¿no?

—Supongo que tendrá mucho trabajo.

—Sí, seguro.

La chica se gira a hablar con otro y Noa clava la mirada en su plato de tarta de queso, y piensa *la puerta cerrada es por mí* con una certeza que le aprieta el pecho como un puño.

Levanta los ojos y Alejandra la está mirando. Esta vez no es breve. Es directa, sostenida, a través de toda la mesa y de todas las personas que hay entre las dos, y dura lo suficiente para que Noa sienta el calor subirle por el cuello hasta las orejas. Alejandra aparta la mirada primero. Coge su copa y bebe. Noa ve cómo le tiembla la mano.

La cena termina. Parte del grupo se levanta entre abrazos y felicitaciones navideñas. Otros se quedan para las copas. Alejandra se queda y Noa también. Las dos saben que quedarse es una decisión y que esa decisión dice algo, pero ninguna se va porque irse sería admitir que quedarse es peligroso, y admitir que es peligroso sería admitir que lo que intentan controlar es más fuerte que el control.

El grupo se redistribuye. Las conversaciones se fragmentan en pequeños núcleos. Alguien pone música en un altavoz y Marcos se va a fumar. Y en algún momento, Laura agarra a Noa del brazo.

—Ven, vamos a por otra ronda, que estos no se mueven.

Noa se deja arrastrar hasta la barra y entonces lo siente: la proximidad. Alejandra está a menos de dos metros, de pie, hablando con alguien de recursos humanos, con la copa en la mano y la espalda ligeramente apoyada en la columna del bar. La distancia que ha parecido manejable desde el otro extremo de la mesa se vuelve insoportable desde aquí, porque desde aquí puede olerla —ese

perfume que ya conoce, madera y algo floral, el mismo de aquella noche— y verle los ojos y notar cómo Alejandra registra su presencia sin girar la cabeza, esa conciencia periférica que las dos han desarrollado y que funciona como un radar silencioso que ningún protocolo profesional puede desactivar.

—Ponme un gin-tonic y a ella… ¿qué quieres, Noa?

—Agua.

Laura la mira con cara de sorpresa.

—Es la cena de Navidad, no un lunes.

—Un gin-tonic entonces —cede Noa.

—Así me gusta.

Laura se gira hacia el camarero y Noa comete el error de mirar a la izquierda. Alejandra ha terminado su conversación con recursos humanos. Está sola apoyada en la columna, y sus ojos encuentran los de Noa con la precisión de quien lleva toda la noche calculando ángulos y distancias para evitar exactamente ese momento.

No dicen nada. No hace falta. Lo que hay en esa mirada es tan penetrante que Noa tiene la sensación absurda de que todo el bar puede verlo, de que es imposible que algo tan intenso sea invisible para el resto del mundo.

Alejandra rompe el contacto y mira su copa. Sonríe a alguien que se acerca a hablarle. Pero Noa ha visto lo que ha visto: el destello, la grieta, la rendición momentánea de alguien que lleva semanas sosteniendo un muro y acaba de sentir cómo se le agrieta un ladrillo.

Laura vuelve con los gin-tonics.

—¿Sabes lo que me ha dicho Marcos antes? —empieza Laura, y Noa asiente, bebe y finge escuchar mientras el perfume de Alejandra

le llega en oleadas cada vez que alguien se mueve y desplaza el aire entre las dos.

A las once y cuarto, Noa necesita aire.

No es una decisión pensada. Es su cuerpo diciéndole *sal o revienta*, ese instinto básico de supervivencia que se activa cuando la presión supera lo que el sistema puede procesar. Deja el gin-tonic sin probar en la barra, murmura algo sobre el baño y camina hacia el pasillo del restaurante.

El pasillo es estrecho, con suelo de baldosa hidráulica y una puerta al fondo que da a un patio interior. Noa la empuja y sale.

Hace mucho frío en diciembre y el contraste con el calor del restaurante es tan brusco que se le eriza la piel de los brazos. El patio es pequeño, con paredes encaladas y una parra seca que trepa por una esquina. No hay nadie. Se apoya en la pared. Respira. El aire le duele en los pulmones de lo frío que está y ese dolor es un alivio, algo físico y concreto que puede entender, a diferencia de todo lo que ha sentido ahí dentro.

Saca el teléfono. Mira la pantalla sin ver nada. Tiene un mensaje de su hermana —*¿vienes en Nochebuena o en Navidad?*— y una notificación de Instagram y nada de eso importa.

Lo que importa es la pregunta que lleva toda la noche haciéndose en bucle: *¿cuánto tiempo más?* ¿Cuántas semanas más de esquivar pasillos, de calcular horarios, de cerrar puertas o de retirar manos como si quemaran? ¿Cuántas miradas más tragadas, cuántos silencios de ascensor, cuántas reuniones quirúrgicas de treinta y cinco minutos conteniendo lo que las dos saben y las dos fingen no saber? ¿Cuánto tiempo puede una persona mantener un pacto que le pide negar lo que siente con cada célula de su cuerpo?

Se queda ahí. En ese patio. Entre la fiesta y la calle. Entre volver adentro y marcharse a casa. Entre lo que debe hacer y lo que quiere hacer, que nunca han estado tan lejos el uno del otro como esta noche.

El frío empieza a calarle en serio. Debería entrar. Debería coger su abrigo, despedirse de Marcos, pedir un taxi, irse a su piso, meterse en la cama y esperar a que pasen enero y febrero y todos los meses que haga falta hasta que esto se diluya y deje de dolerle mirar a una mujer a los ojos.

Debería, pero se queda.

Dentro, amortiguada por las paredes, suena la música. Noa se abraza los codos y mira la puerta del patio y piensa: *no va a salir*.

Y después piensa: *sí va a salir*. Y deja de pensar.

CAPÍTULO 10

Alejandra ha visto a Noa levantarse de la barra, murmurar algo y desaparecer por el pasillo del restaurante. No es un movimiento brusco ni dramático; es el gesto callado de alguien que necesita aire, y Alejandra lo reconoce porque lleva toda la noche necesitándolo también.

Espera un minuto. Sigue hablando con alguien a quien apenas escucha, que le cuenta algo sobre las vacaciones de Navidad con una energía que Alejandra es incapaz de absorber. Asiente, sonríe, dice «qué bien» en el momento justo, pero su atención está clavada en el pasillo por el que Noa ha desaparecido como un clavo imantado que tira de ella desde el pecho. Pasa otro minuto. Noa no vuelve. Y entonces Alejandra toma una decisión que no es impulsiva ni inconsciente ni provocada por el vino —ha bebido dos copas en tres horas, está tan sobria como lo está un lunes a las ocho de la mañana—. Es una decisión que lleva semanas cociéndose a fuego tan lento que ya ni siquiera puede señalar el momento exacto en que empezó a formarse.

—Perdona un momento —dice, y deja la copa en la barra con un gesto que pretende ser casual y que probablemente lo es, porque nadie en esa fiesta está prestándole a ella la atención que ella le presta a la ausencia de Noa.

El pasillo es estrecho y al fondo hay una puerta entreabierta que deja entrar una corriente de aire helado, y Alejandra camina hacia ella como si intuyera —como si supiera, porque lo sabe, porque su cuerpo lleva semanas sintonizado en la frecuencia exacta de esta mujer— que es ahí donde Noa la espera.

Empuja la puerta. Noa está apoyada contra el muro, con el teléfono en la mano y la mirada puesta en ningún sitio, y cuando levanta los ojos y ve a Alejandra en el umbral algo cambia en su expresión: no es sorpresa, es reconocimiento, como si llevara esperando este momento sin atreverse a admitir que lo esperaba.

Alejandra se detiene a tres metros. La distancia que ha mantenido durante semanas. La distancia de las reuniones quirúrgicas de treinta y cinco minutos, la de los pasillos esquivados, la de las puertas cerradas que ya son un secreto a voces en la oficina. Tres metros que esta noche, en este patio, sin equipo ni cristalera ni despacho ni protocolo, se sienten como el espacio más ridículo e insuficiente del mundo.

—¿Estás bien? —pregunta, y su propia voz la traiciona: suena más baja de lo que pretende, más desnuda, desprovista del registro profesional que usa como armadura desde que tiene edad para saber que las mujeres en posiciones de poder no pueden permitirse sonar vulnerables—. ¿Necesitas algo?

Noa la mira. Esa mirada que Alejandra ha aprendido a esquivar en la oficina porque contiene algo que no puede gestionar entre las nueve y las seis de la tarde.

—Estoy intentando irme a casa —dice Noa.

—¿Y por qué no te vas?

—Sabes por qué.

Y ahí se rompe todo. En esa frase. En el reconocimiento mutuo de lo que las dos llevan semanas evitando nombrar, esa cosa sin etiqueta que ocupa cada reunión, cada silencio de ascensor, cada mirada tangencial a través de una mesa de restaurante. Alejandra siente cómo algo cede dentro de su pecho, un muro que ha estado apuntalando con disciplina, miedo y con la convicción de que mantenerlo en pie era lo responsable, lo correcto, lo único que podía hacer una mujer en su posición. Pero Tomás tenía razón. Lo que se ha estado haciendo a sí misma para evitar que esto ocurra es peor que cualquier cosa que pueda pasar si deja de evitarlo.

Da los tres pasos. No son pasos impulsivos ni torpes ni acelerados. Son los pasos más conscientes que ha dado en su vida, cada uno cargado con el peso de saber exactamente lo que significan, lo que ponen en riesgo, lo que van a cambiar. Cuando llega hasta Noa, la tiene tan cerca que puede verle las pupilas dilatadas, sentir su respiración alterada y oler el gin-tonic que apenas ha probado mezclado con ese perfume suyo que Alejandra no debería ser capaz de identificar, y que sin embargo reconocería con los ojos cerrados en una habitación llena de gente.

Le pone la mano en la mandíbula y Noa suspira y cierra los ojos. Y Alejandra la besa.

No es como la primera vez. La primera vez hubo vino, un taxi, la excusa del impulso y la ficción conveniente de que ninguna de las dos sabía lo que estaba pasando hasta que estaba pasando. Esta vez no hay ficción posible. Esta vez Alejandra sabe lo que hace, y lo que significa, y lo elige con una claridad que la aterra y la libera al mismo tiempo, como soltar una cuerda a la que se ha aferrado durante

semanas y descubrir que la caída no duele tanto como el esfuerzo de sostenerse.

Noa le devuelve el beso con una intensidad contenida, las manos agarrándole los brazos desnudos, y el frío de sus dedos contra la piel de Alejandra es un contraste eléctrico que le recorre la columna entera. Se separan lo justo para respirar. Noa tiene los labios entreabiertos, los ojos enormes y una expresión que Alejandra nunca le ha visto: la de alguien que no se atreve a creer lo que está pasando por miedo a que se deshaga.

—¿Nos vamos? —susurra Alejandra, y su voz suena ronca y baja, y tan lejos de la mujer que dirige reuniones con quince personas que parece otra persona, y quizá lo es, quizá esta es la persona que ha estado debajo todo este tiempo, esperando que alguien le diera permiso para existir.

Noa asiente.

No se van juntas. Alejandra entra primero, recoge su abrigo, se despide de alguien con la naturalidad ensayada de quien lleva años gestionando apariencias. Sale del restaurante sola. Camina una manzana, dobla una esquina y espera. El frío de diciembre le muerde los hombros desnudos bajo el abrigo que no ha llegado a abrocharse. Diez minutos después aparece Noa, con su chaqueta, su bufanda y esa forma de caminar rápida que tiene cuando está nerviosa, y las dos se miran bajo la luz de una farola como dos personas que acaban de cruzar una línea y no van a volver atrás.

—Mi casa está a quince minutos andando —dice Noa.

—Lo sé.

Caminan en silencio. No se tocan. Madrid bulle a su alrededor con la energía ruidosa de una noche de diciembre —grupos que

entran y salen de bares, luces de Navidad colgando sobre las calles, el ruido de fondo de una ciudad que no duerme—, y Alejandra siente todo eso como si lo percibiera a través de un cristal, presente pero lejano, porque lo único real ahora mismo es la mujer que camina a su lado y la certeza de lo que va a pasar cuando lleguen.

Llegan al apartamento y Alejandra sube las escaleras detrás de ella, viendo cómo le tiemblan las manos al buscar las llaves en el bolso, y cuando la puerta se abre y las dos entran, Noa enciende la luz del recibidor y hay un instante en el que se miran y todo lo que han construido durante semanas —el pacto, la distancia, las reglas, el fingimiento— se desmorona sin ruido, como un castillo de naipes al que alguien le retira la carta de la base.

Alejandra la besa contra la puerta que acaba de cerrar. Esta vez no hay nada tentativo ni cauteloso: es un beso hambriento, profundo, de los que empiezan en la boca y se sienten en el estómago, y Noa le responde con las manos en su pelo, deshaciendo lo que queda del recogido que Alejandra se hizo hace horas en otra vida. El abrigo cae al suelo. La bufanda de Noa cae al suelo. Todo lo que sobra empieza a caer.

—Espera —dice Noa separándose un centímetro—. ¿Estás segura?

Alejandra la mira a los ojos. De cerca, en la luz cálida del recibidor, Noa tiene la pupila tan dilatada que el marrón oscuro de su iris es apenas un anillo fino rodeando un abismo negro, y Alejandra piensa que nunca ha estado tan segura de nada en su vida, y que eso debería asustarla, y que no la asusta.

—Completamente.

No llegan al dormitorio inmediatamente. Hay un pasillo corto, una puerta entreabierta, una lámpara que Noa enciende con un gesto torpe que a Alejandra le produce una ternura tan aguda que se le cierra la garganta. La habitación es sencilla, como Alejandra la recuerda, y tiene ese olor particular a Noa que Alejandra ya conoce, el mismo de aquella primera noche, y respirarlo es como volver a un lugar en el que solo ha estado una vez pero que su cuerpo recuerda con una precisión que la razón no puede explicar.

Alejandra es distinta esta vez. Más lenta. No porque dude, sino porque no necesita la velocidad del impulso para justificar lo que hace. Cada gesto es una elección. Cuando le quita la camiseta a Noa, lo hace despacio, mirándola, registrando la piel que aparece debajo, la forma en que Noa contiene la respiración y el temblor de su abdomen bajo las yemas de sus dedos. Cuando Noa le baja la cremallera del vestido negro y la tela cae hasta el suelo dejándola en ropa interior, Alejandra no se cubre ni se encoge: se deja mirar, y esa rendición —la de una mujer acostumbrada a controlarlo todo, a decidir qué muestra y qué oculta y cuándo y a quién— es lo más desnudo que ha estado en años, mucho antes de quitarse la última prenda.

Caen sobre la cama. Noa debajo, Alejandra encima, y durante un momento se miran en silencio, reconociéndose, dándose permiso. Después Alejandra baja la boca al cuello de Noa y siente su pulso acelerado contra los labios, latiendo tan fuerte que parece querer salírsele de la piel, y esa evidencia del efecto que provoca en ella le enciende algo primitivo y urgente en la base del vientre que ya no tiene intención de contener.

Le besa la clavícula, el esternón, el espacio entre los pechos. Le quita el sujetador con manos que por primera vez no tiemblan porque esta vez no tiene miedo, tiene hambre, un hambre que lleva semanas acumulándose en cada mirada esquivada, cada pasillo evitado y cada puerta cerrada. Cuando su boca encuentra un pezón y lo atrapa, Noa arquea la espalda con un gemido que le vibra en todo el cuerpo, Alejandra siente que esto es exactamente donde tiene que estar, que todas las semanas de resistencia han sido un desvío absurdo para llegar al mismo punto inevitable.

Besa su estómago, la curva de su cintura y el hueso de la cadera. Le quita la última prenda despacio, rozando la piel de los muslos con los nudillos, y Noa levanta las caderas para ayudarla con un gesto que es entrega pura, sin reservas, sin la prudencia que las dos han llevado como un corsé durante semanas. Alejandra se detiene un instante entre sus piernas, respirándola, y luego la besa ahí, lenta, profunda, con la boca abierta y la lengua plana recorriendo toda su longitud, y Noa deja escapar un sonido roto que Alejandra siente en su propio centro como un eco.

Encuentra su ritmo. Lo aprende sobre la marcha, leyendo cada reacción de Noa como si fuera un lenguaje que siempre ha sabido hablar: qué presión la hace gemir más fuerte, qué velocidad le tensa los muslos alrededor de su cara, qué ángulo la hace agarrar las sábanas con los puños cerrados y echar la cabeza hacia atrás. Desliza dos dedos dentro de ella sin dejar de lamerla y Noa gime su nombre —su nombre, no «jefa», no «Alejandra», sino *Ale*, un diminutivo que nadie usa en la oficina y que aquí suena como una oración— y ese sonido es suficiente para que Alejandra sepa que no hay vuelta atrás, que después de oír su nombre así no va a poder

volver a escucharlo de ninguna otra forma sin recordar este momento.

Noa se corre con los dedos de Alejandra dentro, su boca encima y un temblor que le recorre el cuerpo entero durante varios segundos largos en los que Alejandra no se aparta, sosteniéndola, acompañándola hasta el final. Después sube, la besa en los labios, y Noa le lame su propio sabor de la boca con una naturalidad que le destroza y le reconstruye algo por dentro al mismo tiempo.

—Ven aquí —murmura Noa, y la gira sobre la cama con una fuerza suave que Alejandra no esperaba, y de repente está debajo y Noa está encima, y la mira con esos ojos oscuros y hambrientos y las manos ya recorriéndole el cuerpo como si quisiera memorizarlo, como si no confiara en que vaya a tener otra oportunidad.

Noa no es lenta. Le besa el cuello mientras su mano baja directa entre las piernas de Alejandra, y cuando la toca a través de la tela empapada de su ropa interior, Alejandra se oye gemir de una forma que no se reconoce, una forma sin capas y sin filtros y sin la compostura que lleva años usando como escudo. Noa le quita la última prenda y la toca directamente, dos dedos separando, encontrando, presionando exactamente donde necesita, y Alejandra agarra su espalda con las uñas y piensa que esto es lo que se sentía cuando la cuerda se suelta, esto es la caída, y no duele, no duele nada.

Noa baja la boca por su cuerpo, pero Alejandra la detiene.

—No. Quédate aquí —dice tirando de ella hacia arriba—. Quiero verte.

Y Noa se queda. La mira a los ojos mientras la folla con los dedos, lento primero y después más fuerte, más hondo, el pulgar

dibujando círculos sobre el clítoris con una cadencia que Alejandra siente como una marea subiendo, y se miran todo el tiempo, sin cerrar los ojos, sin esconderse, y esa intimidad es más desnuda que cualquier ropa que se hayan quitado esta noche. Alejandra se corre mirando a Noa, con su nombre en la boca, las piernas temblando y una sensación de derrumbe absoluto que no es destrucción sino liberación, como si todas las paredes que ha levantado durante años se vinieran abajo a la vez y debajo no hubiera ruinas sino espacio, mucho espacio, para algo que todavía no sabe nombrar.

Después, las dos están despiertas. La habitación en penumbra, apenas la luz de la farola que se cuela por la ventana. El ruido de Madrid filtrado a través de las paredes: una sirena lejana, el motor de un taxi, alguien que se ríe en la calle. El apartamento huele a las dos, a perfume mezclado y a piel caliente y a algo nuevo que no existía hace tres horas.

Alejandra está boca arriba, con el pelo suelto sobre la almohada de Noa y la sábana a la altura del pecho. Noa está a su lado, de costado, mirándola. Esperando. Alejandra sabe lo que espera: que diga lo mismo que dijo la primera vez. Que esto ha sido un error. Que no puede repetirse. Que no existe fuera de estas paredes. Puede verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma cautelosa en que la mira, como quien observa un animal que podría salir huyendo al menor movimiento brusco.

Pero Alejandra no dice eso. Lo que dice, después de un silencio largo en el que mira el techo del apartamento de Noa y busca palabras que no ha tenido que usar nunca porque nunca se ha permitido estar en un lugar donde fueran necesarias, es:

—No sé qué hacer con esto.

Y esa frase, que en cualquier otra persona sería una admisión de debilidad, en Alejandra es lo más honesto que ha dicho en años. Más honesta que cualquier reunión, que cualquier informe, que cualquier conversación con Tomás. Es Alejandra sin armadura, sin blazer, sin despacho con puerta cerrada, sin respuestas preparadas. Es Alejandra diciendo *no tengo un plan* por primera vez en su vida profesional y personal, y el vértigo de esa confesión le cabe entero en seis palabras.

Noa no responde. No le dice que no pasa nada, ni que ya lo resolverán, ni ninguna de esas frases que la gente usa para tapar los silencios incómodos con yeso barato. Lo que hace es cogerle la mano. Entrelazar sus dedos con los de Alejandra. Apretar una vez, suave, firme, como diciendo *estoy aquí y no necesito que lo resuelvas ahora*.

Se quedan así. En silencio. En la oscuridad de un apartamento que huele a las dos, con las manos entrelazadas sobre la sábana y Madrid funcionando al otro lado de la ventana sin saber nada de lo que acaba de pasar entre estas paredes. Alejandra siente el pulso de Noa en la yema de los dedos, lento y constante, y cierra los ojos, y por primera vez en semanas no calcula ni anticipa ni planifica el siguiente movimiento.

Se queda.

CAPÍTULO 11

Noa se despierta con la boca seca y el corazón en un sitio que no le corresponde, demasiado arriba, demasiado cerca de la garganta, latiendo con esa cadencia irregular de quien abre los ojos y tarda unos segundos en recordar por qué todo se siente distinto. La luz gris de una mañana de diciembre en Madrid se cuela por la ventana y dibuja una línea pálida sobre las sábanas revueltas, una línea que cruza la cama en diagonal y termina exactamente donde empieza el brazo de Alejandra, extendido hacia el lado de Noa como si incluso dormida hubiera buscado el contacto, como si su cuerpo supiera algo que su cabeza lleva semanas intentando desmentir.

Noa se queda completamente inmóvil. Escucha la respiración de Alejandra, lenta y profunda, con ese ritmo particular que tiene la gente cuando duerme de verdad, sin defensas, sin filtros, sin la arquitectura de control que Alejandra lleva encima durante las horas en que está despierta como quien lleva un traje de armadura. Está boca abajo, con el pelo suelto sobre la almohada —el pelo de Alejandra, que en la oficina siempre está recogido o peinado con esa precisión que no admite un mechón fuera de sitio, ahora desparramado en ondas oscuras sobre la funda blanca— y la sábana le cubre la espalda hasta la mitad, dejando al descubierto los omóplatos y la curva de la columna y esa piel que Noa ha besado

hace unas horas y que ahora mira con una mezcla de incredulidad y de ternura que le cabe entera en el pecho.

Esto es real. Esto ha pasado. No ha sido el vino ni el impulso ni la confusión de una noche de fiesta. Ha sido una decisión, la de las dos, y ahora Alejandra duerme en su cama como si fuera un lugar al que pertenece, y Noa no sabe qué hacer con la enormidad de lo que eso significa.

Espera el momento que ya conoce: el despertar, la rigidez y la retirada. Espera que Alejandra abra los ojos y vuelva a ser la directora de equipo que calcula riesgos y gestiona daños colaterales, que se incorpore con esa expresión de alarma contenida, que busque su ropa con prisa mientras murmura algo sobre un error y sobre que esto no puede repetirse, y sobre volver a la casilla de salida como si fuera posible deshacer lo que las dos han hecho y sentido y dicho en esta habitación.

Pero lo que ocurre es distinto.

Alejandra se mueve. Gira la cabeza sobre la almohada, despacio, como si el sueño la soltara a regañadientes. Abre los ojos. Parpadea dos veces contra la luz gris. Mira a Noa, que está de costado, a medio metro, observándola con una expresión que probablemente delata todo lo que siente porque Noa nunca ha sabido esconder nada, y lo que Noa ve en los ojos de Alejandra no es pánico ni arrepentimiento ni el cálculo frío de quien evalúa los daños de la noche anterior. Lo que ve es algo mucho más simple y mucho más devastador: reconocimiento. La mirada de alguien que sabe dónde está, y con quién, y por qué, y que elige quedarse.

—Buenos días —dice Alejandra, y su voz suena ronca y baja, desprovista de todo el registro profesional que usa como escudo, y a

Noa le produce algo físico en el centro del pecho, como si le apretaran el corazón con la mano y luego lo soltaran y la sangre volviera a circular de golpe.

—Buenos días —responde Noa, y sonríe sin poder evitarlo, una sonrisa idiota y transparente que en cualquier otro momento la avergonzaría, pero que ahora mismo le parece la única respuesta posible.

Alejandra no se mueve. No busca su ropa. No mira el reloj. Se queda exactamente dónde está, con la mejilla sobre la almohada, los ojos entrecerrados y esa vulnerabilidad desnuda de quien acaba de despertar y todavía no ha tenido tiempo de ponerse ninguna máscara, y Noa piensa que esta es la Alejandra que nadie conoce, la que existe antes de las ocho de la mañana, antes del blazer, los tacones, las reuniones y la cristalera del despacho, y que está aquí, en su cama, mirándola como si no hubiera ningún otro sitio en el que prefiriera estar.

—¿Has dormido? —pregunta Noa.

—Mejor que en las últimas semanas —dice Alejandra, y hay algo en la forma en que lo dice, sin ironía, sin distancia, que le confirma a Noa que esto no es un paréntesis sino un punto de inflexión.

—¿Quieres café?

—Por favor, necesito café desesperadamente.

Noa se levanta. Se pone la camiseta que anoche acabó en el suelo y unos pantalones de chándal y camina hasta la cocina con la sensación de que sus pies no tocan del todo el suelo, como si la gravedad funcionara distinto esta mañana, como si el mundo hubiera cambiado de eje durante la noche y todavía estuviera ajustándose. Pone la cafetera, saca dos tazas, abre la nevera, busca el pan. Los

gestos domésticos de siempre, los que hace cada mañana sola en esta cocina, pero hoy cargados de un significado que los transforma en otra cosa: está preparando el desayuno para Alejandra. Para Alejandra, que está en su dormitorio, en su cama, con el pelo revuelto sobre sus almohadas.

Cuando se da la vuelta con la cafetera en la mano, Alejandra está en el umbral de la cocina. Se ha puesto una camiseta de Noa —una vieja, gris, con el logo descolorido de una universidad que Noa ni siquiera recuerda si es suya o heredada— y le queda grande, demasiado ancha en los hombros, demasiado larga, y sin embargo Noa piensa que es lo más hermoso que ha visto nunca. Alejandra fuera de contexto. Alejandra descalza sobre las baldosas frías de una cocina que no es la suya, con las piernas desnudas, el pelo revuelto y una expresión en la cara que Noa solo puede describir como tranquila, como si hubiera dejado de luchar contra algo y la ausencia de esa lucha la hubiera vaciado de una tensión que llevaba acumulando durante semanas.

—Café solo, ¿verdad? —pregunta Noa, aunque ya lo sabe.

—Parece que conoces mis gustos —sonríe Alejandra.

—No tanto. Solo sé cómo tomas el café, que duermes boca abajo y que haces un ruido con la nariz cuando estás a punto de quedarte dormida.

Alejandra se ríe. Una risa breve, sincera, que le cambia la cara entera y que a Noa le produce una descarga de alegría tan pura que tiene que concentrarse para no derramar el café.

—No hago ningún ruido con la nariz.

—Lo haces. Un ruido muy pequeño, como un suspiro en miniatura. Es adorable.

—Nadie en mi equipo me ha llamado adorable en la vida.

—Supongo que nadie en tu equipo te ha visto dormir.

Se miran. La frase queda suspendida entre las dos con un peso que excede la broma, porque lo que Noa acaba de decir es exactamente eso: que ha visto algo que nadie más ha visto, que está en un lugar donde nadie más ha estado, y que eso las une y las complica en proporciones iguales.

Alejandra se sienta en el taburete de la cocina, cruza las piernas, acepta la taza que Noa le ofrece y bebe un trago largo de café solo con los ojos cerrados, y el gesto es tan íntimo en su sencillez que Noa siente un nudo en la garganta. Prepara tostadas. Saca mantequilla y mermelada y un bote de miel que lleva meses en la despensa y que de repente justifica su existencia. Desayunan en la cocina, sentadas una frente a otra, y hablan poco, pero lo poco que hablan tiene la textura de algo nuevo, algo que no existía antes de anoche.

—¿Estás bien? —pregunta Noa, porque necesita saberlo, porque la última vez que estuvieron así Alejandra se fue y al día siguiente reinstauró las reglas y las distancias y el pacto que las mantuvo separadas durante semanas a pesar de que le envió aquel mensaje al que Noa no respondió.

Alejandra la mira por encima de la taza. Se toma unos segundos antes de responder, y Noa puede ver el proceso en tiempo real: la evaluación, la búsqueda de la respuesta correcta, el impulso de decir algo seguro y contenido, y luego el momento en que todo eso se descarta y lo que queda es la verdad.

—Estoy bien. Estoy asustada, pero estoy bien.

—¿Asustada de qué?

—De todo. De lo que esto significa en la oficina. De lo que pasa si alguien se entera. De no saber controlar algo por primera vez en mucho tiempo. —Hace una pausa, baja la mirada hacia la taza, y añade—: De lo que siento cuando estoy aquí contigo y de lo distinto que es a todo lo que he sentido antes.

Noa no dice nada durante unos segundos. No porque no sepa qué decir, sino porque lo que Alejandra acaba de hacer —abrirse así, sin red, sin las capas de protección que lleva encima como una segunda piel— es tan infrecuente y valioso que Noa quiere darle el espacio que merece, no llenarlo con palabras que lo trivialicen.

—No tienes que tener todas las respuestas ahora —dice finalmente.

—Eso es muy fácil de decir.

—Lo sé. Pero es verdad, podemos ir despacio.

—Noa, nada de lo que ha pasado entre nosotras ha sido despacio.

Noa se ríe, y Alejandra también, y durante un momento son solo dos personas desayunando un sábado por la mañana, sin jerarquías ni evaluaciones trimestrales ni conflictos de interés, solo café, tostadas y esa risa compartida que es, quizá, lo más íntimo que han hecho desde anoche.

El tiempo pasa de esa forma extraña en que pasa cuando estás con alguien y no quieres que se acabe: demasiado rápido, deslizándose entre los dedos como agua. Hablan de cosas que no tienen nada que ver con el trabajo —Noa le cuenta que su madre la llama todos los domingos a las once y que si no contesta la llama cada cinco minutos hasta que lo hace, Alejandra le cuenta que Tomás lleva años intentando que adopte un perro y que ella siempre

dice que no porque no está nunca en casa—, y cada detalle que comparten es un ladrillo más en una estructura que las dos están construyendo sin planos, a ciegas, confiando en que lo que quede en pie se sostenga solo.

Pero el sábado tiene una vida fuera de este apartamento, y Alejandra tiene cosas que hacer, y en algún momento la burbuja se rompe con la suavidad de las cosas inevitables.

—Debería irme —dice Alejandra, y no lo dice con prisa ni con alivio sino con algo parecido a la resignación.

—Vale.

—Tengo que pasar por casa, ducharme, contestar unos correos que llevo ignorando desde ayer.

—Alejandra, no tienes que justificarte por irte de mi casa un sábado por la mañana.

—Ya. Pero quiero que sepas que no me voy porque quiera irme.

Esa frase. Noa la guarda en algún lugar profundo, en esa zona del pecho donde se almacenan las cosas que importan demasiado para decirlas en voz alta, y asiente, y las dos se levantan, y Alejandra se viste con la ropa de anoche que está repartida por el dormitorio en un mapa que cuenta la historia de la noche mejor que cualquier palabra.

Noa la acompaña hasta la puerta. Alejandra se pone el abrigo, se mira en el espejo pequeño del recibidor, se pasa los dedos por el pelo en un intento de domesticarlo que no funciona del todo, y hay algo tan tiernamente humano en esa Alejandra despeinada con la ropa de anoche y los ojos todavía suaves del sueño que Noa tiene que contenerse para no pedirle que se quede, que cancele los

correos, las duchas y el mundo entero y se quede aquí, en este apartamento que ahora huele a las dos, y que no se vaya nunca.

No lo dice. Lo que hace es apoyarse en el marco de la puerta y mirarla con una sonrisa que dice todo lo que no dice con palabras.

Alejandra se detiene. Se da la vuelta. Da un paso hacia Noa y la besa. Un beso breve, sin urgencia, sin la voracidad de anoche. Un beso que sabe a café y a algo que se parece peligrosamente a la costumbre, como si fuera un gesto que han hecho mil veces y no solo esta, y es esa cualidad doméstica, esa naturalidad, lo que lo convierte en el beso más significativo que Noa ha recibido en su vida.

—Te escribo luego —dice Alejandra.

Y se va.

Noa cierra la puerta. Se apoya contra ella. Se queda ahí un rato largo, con la espalda contra la madera, el corazón desbocado y el sabor de Alejandra todavía en los labios, escuchando sus pasos bajar las escaleras, y piensa que algo ha cambiado de forma irreversible, que después de esta mañana no hay pacto posible que las devuelva a donde estaban, y que no tiene ni idea de lo que viene después —la oficina el lunes, las miradas, el equipo, las evaluaciones, todo ese edificio de complicaciones que las espera al otro lado de este fin de semana— pero por primera vez no le importa no saberlo.

Su teléfono vibra en la mesilla del dormitorio. Noa camina hasta él, lo coge, mira la pantalla.

Un mensaje de Alejandra. Enviado hace treinta segundos, desde algún punto de la escalera o de la calle o del mundo exterior que acaba de recuperarla.

«He llegado a la esquina y ya quiero volver.»

Noa se sienta en la cama deshecha que huele a Alejandra y sonríe con esa sonrisa amplia, estúpida y luminosa que nadie le ha provocado en años, y teclea una respuesta que borra y reescribe tres veces hasta que se decide por la verdad más simple:

«La puerta está abierta.»

Así empieza el affaire. Sin pactos, sin reglas, sin red. Solo dos mujeres que han dejado de fingir que pueden mantenerse alejadas y un apartamento que, a partir de hoy, deja de ser solo el piso de Noa para convertirse en el único lugar de Madrid donde ninguna de las dos tiene que ser otra cosa que lo que es.

CAPÍTULO 12

El lunes es una prueba de resistencia. Alejandra lo sabe antes de abrir los ojos, antes de apagar la alarma, antes de ponerse de pie en el suelo frío de su dormitorio y caminar hasta el baño donde el espejo le devuelve la imagen de una mujer que ha dormido poco y sonreído mucho durante un fin de semana que no debería haber existido. Se ducha con agua demasiado caliente, se viste con la precisión de siempre —blazer azul marino, pantalón recto, tacones que suenan contra el suelo con la autoridad que necesita proyectar —, se maquilla y se mira una última vez antes de salir. La mujer del espejo parece la de siempre. La mujer del espejo miente.

Llega a la oficina a las ocho y cuarto. La planta está medio vacía todavía, ese silencio particular de las mañanas tempranas en las que solo están los que madrugan por disciplina o por insomnio, y Alejandra entra en su despacho, enciende el portátil, abre el correo y se dice a sí misma que puede hacer esto. Que puede compartir espacio profesional con Noa sin que nada cambie. Que la directora de equipo y la mujer que el sábado desayunó descalza en una cocina ajena con una camiseta prestada son dos personas distintas y que la primera puede funcionar sin que la segunda interfiera.

Durante cuarenta y cinco minutos lo consigue. Contesta correos, revisa un informe de seguimiento, prepara la agenda de la reunión

semanal. Los gestos profesionales de siempre, mecánicos y reconfortantes en su familiaridad. Casi se convence de que será fácil.

A las nueve, Noa entra con el equipo.

Lleva el pelo recogido en una coleta baja que deja al descubierto la línea del cuello, y viste esa camisa gris que Alejandra ha visto decenas de veces pero que hoy le parece distinta, cargada de un significado nuevo, porque sabe lo que hay debajo y ese conocimiento se le instala en la cabeza como un ruido de fondo que no puede silenciar. Noa se sienta en su sitio habitual, al otro lado de la mesa de reuniones, y Alejandra siente el tirón en el estómago como una cuerda que alguien tensa desde dentro, un tirón físico, concreto, que le recorre el torso entero y le deja la boca seca.

Noa no la mira de forma diferente. Es buena en esto, en mantener la compostura pública, en separar los espacios con una limpieza que Alejandra le envidia y que al mismo tiempo la frustra, porque significa que Noa puede sentarse a un metro de ella y hablar de plazos de entrega y métricas de rendimiento como si el viernes por la noche no hubiera pasado nada, mientras Alejandra necesita toda su concentración para no delatarse.

—El informe de cierre trimestral debería estar listo para el jueves —dice Noa, dirigiéndose al equipo, con esa voz profesional y clara que no tiene nada que ver con la voz que usó el viernes por la noche para susurrar su nombre cuando se corría.

—¿Jueves o viernes? —pregunta Marcos, el analista junior que siempre negocia plazos.

—Jueves —repite Noa—. Necesitamos margen para revisión.

Y entonces lo hace. Un gesto mínimo, casi imperceptible: mientras los demás están revisando sus notas, Noa levanta la mirada

y la cruza con la de Alejandra, y en esa fracción de segundo Alejandra lee todo lo que pasó —el viernes, el sábado, los mensajes del domingo, las fotos que no se hicieron y las palabras que sí se dijeron— y tiene que apartar los ojos porque no confía en su propia cara, porque siente que se le está formando una expresión que no le corresponde tener en una reunión de equipo, algo entre la sonrisa y el vértigo que cualquier observador mínimamente atento podría interpretar correctamente.

—Alejandra, ¿quieres añadir algo?

La voz de Noa la devuelve al presente.

—Sí. Que el jueves es innegociable. Gracias a todos.

La reunión termina. El equipo sale y Noa es la última en levantarse, y al pasar junto a Alejandra para salir del despacho, su mano roza la superficie de la mesa a pocos centímetros de la de Alejandra, un gesto que podría ser accidental y que las dos saben que no lo es.

El patrón se establece durante esa primera semana con la inevitabilidad de las cosas que no se pueden contener.

Noa la busca. No de forma obvia ni imprudente, sino con la inteligencia discreta de quien sabe moverse en espacios vigilados. Un café a última hora, cuando la planta se vacía y los fluorescentes empiezan a apagarse por secciones. Una pregunta profesional que requiere cerrar la puerta del despacho. Una visita al archivo del segundo piso que coincide, casualmente, con la de Alejandra.

—Necesito los datos de satisfacción del tercer trimestre —dice Noa el martes a las seis y media, de pie en el umbral del despacho con una carpeta en la mano y una expresión que es la definición exacta de la inocencia fingida.

—Están en la carpeta compartida. Puedes acceder desde tu ordenador.

—Ya, pero quería preguntarte algo sobre la metodología.

Alejandra arquea una ceja.

—¿Sobre la metodología?

—Sí.

—Cierra la puerta.

Noa cierra la puerta. Se sienta en la silla frente al escritorio de Alejandra. Abre la carpeta y finge leer.

—¿Qué querías preguntarme? —dice Alejandra, cruzándose de brazos, sabiendo exactamente lo que está pasando.

—Que cómo estás.

—Estoy en mi despacho a las seis y media de la tarde intentando cerrar un trimestre, y tú estás aquí con una excusa que no se sostiene por ningún lado.

Noa sonríe y Alejandra siente un tirón en el estómago.

—Es una excusa excelente. La metodología de satisfacción es un tema muy relevante.

—Noa.

—Alejandra.

Se miran. La distancia entre ellas es la anchura del escritorio, que de pronto parece ridículamente pequeña, como si los muebles conspiraran a favor de lo que las dos quieren y ninguna debería hacer. Alejandra siente cómo su disciplina se deshace como un terrón de azúcar en agua caliente, esa disolución lenta y dulce que empieza por los bordes y avanza hacia el centro hasta que no queda nada sólido.

—Estoy bien —dice finalmente, y su voz suena más suave de lo que pretendía—. Estoy intentando concentrarme en el trabajo.

—¿Y lo consigues?

—No especialmente.

Noa sonríe. Esa sonrisa. Alejandra lleva tres días intentando no pensar en esa sonrisa y fracasando espectacularmente.

—Yo tampoco —admite Noa—. He releído el mismo párrafo de un informe cuatro veces esta tarde.

—Eso es un problema de productividad que debería preocuparme como tu directora —dice Alejandra.

—¿Y te preocupa?

—Lo que me preocupa es que estás en mi despacho con la puerta cerrada y que cualquiera que pase por el pasillo puede verlo por la cristalera.

—La cristalera está esmerilada.

—Solo la mitad inferior.

—Entonces seguiremos sentadas.

Alejandra se ríe, no puede evitarlo. Se ríe como se rio el sábado por la mañana en la cocina de Noa, con esa ligereza que no se permite en horario laboral, y al oírse se da cuenta de lo lejos que ha llegado esto, de lo profundamente que Noa se ha filtrado en los espacios que ella creía impermeables.

—Tienes que irte —dice, pero no suena como una orden. Suena como una petición que no quiere ser concedida.

—Lo sé. —Noa se levanta, recoge la carpeta que nunca abrió de verdad, y camina hacia la puerta—. ¿Cenamos el jueves, cuando entreguemos el informe?

—Noa…

—Como celebración profesional. Cena de equipo.

—¿Cena de equipo para dos personas? —Alejandra no puede contener una sonrisa torcida.

—Es un equipo muy selecto.

—Vete. Y la próxima vez busca una excusa mejor.

—La próxima vez ni siquiera buscaré una excusa —dice antes de salir.

Alejandra se queda mirando la puerta cerrada y la silla vacía donde Noa estaba sentada hace diez segundos, y sabe con absoluta certeza que esto va a acabar mal o va a acabar bien, pero que no va a acabar, y que ella ha perdido la capacidad de querer que acabe.

El primer beso en el despacho ocurre el miércoles a las siete de la tarde.

La planta está casi vacía. Solo queda la luz encendida en el cubículo de alguien de contabilidad que Alejandra espera que esté demasiado absorto en sus números para prestar atención a nada que ocurra al otro lado del pasillo. Noa entra con un informe en la mano —esta vez ni siquiera se molesta en fingir que es una visita profesional— y cierra la puerta con un gesto que Alejandra ya reconoce y que le acelera el corazón antes de que pase nada, como si su cuerpo supiera lo que viene y ya estuviera respondiendo por adelantado.

—Noa, no deberías…

—Lo sé.

—Si alguien nos ve…

—No hay nadie.

—Eso no puedes saberlo.

—He comprobado la planta antes de venir. Queda Fernández en contabilidad, y Fernández no levanta la cabeza de su hoja de cálculo ni aunque se active la alarma de incendios.

Alejandra quiere decir algo más, alguna objeción razonable que detenga lo que está a punto de pasar, pero Noa se acerca y ella no retrocede, y esa es toda la invitación que Noa necesita. Están de pie junto a la pared de cristal esmerilado, y Noa la besa con esa mezcla de suavidad y urgencia que Alejandra ya ha aprendido a reconocer como suya, como la firma particular de los besos de Noa, y Alejandra le devuelve el beso agarrándola de la camisa con una mano, atrayéndola y con la otra buscando su cuello, su pelo, la piel caliente detrás de la oreja.

Es un beso rápido y hambriento. Un beso que sabe a riesgo y a necesidad y a todo lo que se han estado conteniendo durante tres días de miradas robadas y excusas de cartón. Cuando se separan, Alejandra tiene los labios hinchados, el pulso en las orejas y la certeza de que están jugando con fuego en el peor sitio posible.

—No podemos hacer esto aquí —dice, y su voz suena entrecortada de una forma que la delata completamente.

—Lo sé —repite Noa, y no se disculpa ni promete que no volverá a pasar, porque las dos saben que sería mentira.

Se miran. Alejandra le arregla el cuello de la camisa que ella misma ha arrugado. Noa le retira un mechón de pelo de la cara. Son gestos pequeños y peligrosos, gestos de después, gestos que no pertenecen a una oficina ni a una relación profesional, y que sin embargo se sienten tan naturales que Alejandra tiene que recordarse activamente que cualquiera podría abrir esa puerta en cualquier momento.

—Vete —dice, pero esta vez lo dice con una sonrisa que contradice la palabra.

Noa se va y Alejandra se sienta en su silla, se pasa las manos por la cara, respira hondo tres veces y abre el portátil, y durante veinte minutos intenta trabajar mientras sus labios todavía sienten la presión de los de Noa y su cuerpo entero vibra con esa frecuencia baja y constante que es, reconoce, la frecuencia exacta del deseo.

Al día siguiente lo hacen otra vez. Jueves, seis y cuarenta y cinco, el informe recién entregado, la planta vaciándose por secciones. Noa entra, cierra la puerta, Alejandra dice «no», Noa dice «vale», y treinta segundos después están besándose contra el archivador con una urgencia que crece proporcionalmente a lo poco que debería estar pasando.

Y al siguiente. Viernes, siete y diez, la excusa de repasar la presentación del lunes, la puerta cerrada, la cristalera esmerilada que de repente les parece la mejor inversión que ha hecho esta empresa en mobiliario.

El patrón se repite con la regularidad de un ritual: Noa busca, Alejandra resiste, Alejandra cede. Y cada vez la resistencia dura un poco menos y la rendición llega un poco antes, hasta que el viernes a las siete ya no hay resistencia en absoluto, solo Alejandra mirando el reloj esperando a que la planta se vacíe, esperando a que Noa aparezca en su puerta con esa sonrisa y sin excusa, y dándose cuenta de que en algún momento ha dejado de ser la que cede para convertirse en la que espera, y que eso, esa expectativa hambrienta que le ocupa las últimas horas de cada jornada, es mucho más peligroso que cualquier beso robado contra una pared de cristal.

Porque los besos se pueden negar. La espera, no.

CAPÍTULO 13

La adrenalina se convierte en una droga. Noa lo sabe y no le importa.

Lo sabe porque lleva una semana entera funcionando con menos de cinco horas de sueño y más energía de la que ha tenido en meses, porque cada mañana se despierta antes de que suene la alarma con una anticipación que le recorre el cuerpo como una corriente eléctrica de bajo voltaje, constante, zumbante, imposible de ignorar. Lo sabe porque ha leído suficiente sobre neurociencia como para reconocer los síntomas —dopamina, noradrenalina, el cóctel químico del deseo y del riesgo combinados— y porque es lo bastante honesta consigo misma como para admitir que lo que siente cada vez que cruza las puertas de cristal de la oficina no es solo atracción por Alejandra, sino adicción a la clandestinidad misma.

Hay algo en el secreto que amplifica cada sensación. Los roces casuales en el pasillo —una mano que toca un codo al pasar, un hombro que roza otro hombro en la cola de la máquina de café— se cargan de una electricidad que en cualquier otro contexto sería insignificante pero que aquí, bajo las luces fluorescentes y rodeadas de compañeros que no saben nada, se siente como tocar un cable pelado. Cada gesto inocente contiene un segundo significado que solo ellas dos pueden leer, un idioma privado dentro del idioma

público, y esa doble vida le produce a Noa un subidón que reconoce como peligroso, pero del que no quiere bajarse.

El martes, en la cocina de la oficina, Noa se sirve un café y Alejandra entra a por agua. Están solas. Treinta segundos, quizá cuarenta.

—Buenos días —dice Alejandra con tono neutro, profesional, el tono de alguien que habla con una compañera de trabajo cualquiera.

—Buenos días.

Alejandra abre el grifo del dispensador y Noa remueve su café. Sus codos están a diez centímetros de distancia. Noa puede oler su perfume, ese que ya asocia con la piel debajo de la mandíbula, con el hueco entre el cuello y el hombro, con lugares que no debería estar recordando a las diez de la mañana de un martes laborable.

—¿Has revisado los números del informe? —pregunta Alejandra sin mirarla.

—Sí. Están bien. Solo hay que ajustar la proyección del cuarto trimestre.

—Pásame las correcciones antes de las doce, por favor.

—Hecho —asegura Noa conteniendo una sonrisa.

Alejandra cierra el grifo y se gira para irse. Al pasar junto a Noa, su mano roza la de ella durante una fracción de segundo, un contacto tan breve que podría ser accidental, y Noa siente ese roce en todo el brazo, en el pecho, en el estómago, como si la piel de Alejandra tuviera la capacidad de cortocircuitarle el sistema nervioso entero con un solo toque.

Alejandra sale de la cocina. Noa se queda con su café, el corazón acelerado y una sonrisa que tiene que borrar antes de que entre alguien más.

Esto es lo que nadie le advirtió: que el deseo contenido es exponencialmente más intenso que el deseo satisfecho, que cada roce negado alimenta el siguiente, que la prohibición no disuade sino que magnifica.

El miércoles, Marcos le pregunta algo que la descoloca.

—Oye, Noa, ¿tú sabes qué le pasa a Alejandra últimamente?

Están en la zona de trabajo abierta, cada uno en su escritorio, separados por la mampara baja que no ofrece privacidad real. Noa levanta la vista de su pantalla con toda la calma que puede fabricar.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. La noto diferente. Más… no sé cómo decirlo. Más relajada, quizá. O más distraída. El otro día tardó como veinte segundos en contestarme una pregunta que le hice en la reunión, como si estuviera en otro sitio.

—Será el cierre de trimestre. Todo el mundo está cansado —dice Noa, tratando de no mostrar su nerviosismo.

—Ya, puede ser. —Marcos se encoge de hombros y vuelve a su pantalla—. A mí me parece que está más contenta, la verdad, y lesienta bien.

Noa asiente sin decir nada y vuelve a su informe, pero las palabras de Marcos se le quedan dentro como una piedra en un zapato. *La noto diferente.* Si Marcos, que tiene la sensibilidad emocional de un ladrillo, ha notado algo, ¿qué habrán notado los demás? ¿Qué habrá notado Carmen, que lleva quince años en la empresa y conoce a Alejandra mejor que nadie? ¿Qué habrán captado los ojos que Noa no controla, las conversaciones de pasillo que no escucha, los silencios que se producen cuando ella y Alejandra están en la misma habitación?

El miedo le dura exactamente hasta las seis y cuarenta de la tarde, cuando la planta empieza a vaciarse y Noa se descubre mirando el reloj de la esquina inferior de su pantalla con la misma impaciencia de un adicto que cuenta los minutos hasta la siguiente dosis.

—¿Te queda mucho? —le pregunta Carmen al pasar con el bolso ya puesto.

—Un rato. Quiero dejar cerrado lo de la proyección.

—No te quedes hasta muy tarde.

—No, tranquila.

Carmen se va. Marcos ya se ha ido hace media hora. La planta se vacía por secciones, como siempre, las luces apagándose en un orden predecible que Noa ya ha memorizado. A las siete menos cinco solo queda encendida la luz del despacho de Alejandra y la del cubículo de Fernández en contabilidad, que a estas alturas Noa considera su aliado involuntario, el hombre que nunca levanta la cabeza y que sin saberlo les proporciona cobertura con su mera presencia.

Noa se levanta. Camina hasta el despacho de Alejandra y llama con un golpe suave.

—Adelante.

Entra y cierra la puerta. Alejandra levanta la vista del portátil y la mira por encima de las gafas de lectura que solo usa cuando lleva muchas horas frente a la pantalla, y que le dan un aire de profesora severa que a Noa le produce un efecto que prefiere no analizar.

—Marcos me ha preguntado hoy si te pasa algo —dice Noa sin preámbulo, sentándose en la silla de siempre.

Alejandra se quita las gafas.

—¿Qué le has dicho?

—Que será el cansancio del trimestre. Pero dice que te nota diferente. Más relajada. Más distraída.

—¿Marcos ha dicho eso? —pregunta Alejandra, asombrada.

—Marcos. El que confunde el suavizante con el detergente.

—Dios mío...

—Si él se ha dado cuenta…

—Lo sé. —Alejandra se pasa una mano por el pelo. El gesto la vuelve más joven, más vulnerable, y Noa siente esa punzada en el pecho que se ha convertido en su compañera permanente—. Lo sé, Noa. Llevo toda la semana pensando en eso.

—¿Y qué quieres hacer?

—Lo que deberíamos hacer es parar —responde Alejandra.

—¿Quieres parar?

El silencio que sigue es la respuesta. Alejandra la mira con esos ojos oscuros que contienen demasiadas cosas a la vez —deseo, miedo, frustración y algo más blando que ninguna de las dos ha nombrado todavía— y Noa sabe que la respuesta es no, que Alejandra no quiere parar igual que ella no quiere parar, y que esa coincidencia es a la vez lo mejor y lo peor que les podría ocurrir.

—No —dice Alejandra finalmente, en voz muy baja—. No quiero parar.

—Entonces tenemos que ser más cuidadosas.

—Estamos siendo cuidadosas.

—No lo suficiente si Marcos lo nota.

—Marcos ha dicho que estoy más relajada, no que me esté liando con alguien del equipo.

—Hoy es «más relajada». Mañana es «¿habéis visto cómo se miran?». La gente conecta puntos, Alejandra, es lo que hace.

Alejandra cierra el portátil y se recuesta en su silla. Noa reconoce ese gesto: es el de alguien que está calculando riesgos, sopesando variables, buscando la solución óptima a un problema que no tiene solución óptima.

—Tienes razón —concede—. Nada de besos en el despacho.

—Nada de besos en la oficina.

—Ni en la planta —añade Alejandra.

—Ni en el edificio.

—Hecho.

Se miran. Noa sabe que las dos están pensando lo mismo: que este pacto tiene la solidez de una promesa hecha con los dedos cruzados, que durará exactamente hasta la próxima vez que se queden solas en un espacio cerrado.

—Me voy —dice Noa, y se levanta, sale del despacho sin tocarla, y siente que esa pequeña victoria de autocontrol le ha costado más esfuerzo que cualquier presentación ante un cliente.

Ocurre un jueves, después de una presentación que ha salido bien.

El cliente ha quedado satisfecho. Los números cuadran, la estrategia convence, hay apretones de manos y sonrisas corporativas y ese estado de euforia contenida que se produce cuando semanas de trabajo dan por fin su fruto. El equipo baja a comer juntos para celebrarlo. Noa se excusa diciendo que tiene que hacer una llamada. Alejandra dice que necesita repasar unas notas antes de la reunión de la tarde.

La planta se queda en silencio.

Noa va al baño del pasillo del fondo, el que nadie usa porque está lejos de todo, al final de un pasillo que solo lleva al archivo y a un cuarto de mantenimiento. Es un baño pequeño, de una sola cabina, con un lavabo de mármol gris, un espejo grande y una luz blanca que lo aplana todo. Noa entra, empuja la puerta, y Alejandra está ahí lavándose las manos. Mirándola a través del espejo.

Sus ojos se encuentran en el reflejo y Noa ve en los de Alejandra lo mismo que siente ella: hambre, urgencia, el impulso irracional de tocarse ahora, aquí, en este lugar que es territorio enemigo, el peor sitio posible, el sitio donde más quieren hacerlo precisamente porque es el peor.

No hablan.

Alejandra cierra el pestillo. El clic metálico suena absurdamente fuerte en el silencio del baño.

Noa la empuja contra el lavabo y la besa con una intensidad que las sorprende a las dos, como si todos los besos robados de la semana anterior hubieran sido ensayos de este, el de verdad, el que no se conforma con labios sino que exige más, todo, ahora. Las manos de Alejandra le agarran la cara, el pelo, tiran de ella hacia adelante, y las de Noa encuentran la cintura, la cadera, el borde de la blusa y la piel caliente debajo.

Lo que sigue es rápido, silencioso y desesperado. Manos debajo de la ropa. Respiraciones contenidas contra cuellos y mandíbulas. El frío del mármol contra la piel caliente, el contraste que hace que todo se sienta más, que cada terminación nerviosa se encienda como si hubiera estado dormida hasta ahora. Noa oye la respiración de Alejandra acelerarse contra su oído y siente la contradicción de estar haciendo algo que le produce tanto placer y tanta culpa al

mismo tiempo que no sabe dónde acaba una y dónde empieza la otra, dónde está el límite entre lo que desea y lo que teme, entre la mujer que quiere esto y la profesional que sabe que no debería.

Después, el silencio.

Alejandra se aparta despacio y se mira en el espejo. Se recompone el pelo con movimientos precisos, mecánicos, los gestos de alguien que ha aprendido a reconstruirse en menos de un minuto. Se alisa la falda. Se retoca el labio inferior con el pulgar. No dice nada. No la mira. Descorre el pestillo y sale del baño, y sus tacones suenan en el pasillo vacío con esa cadencia firme que Noa conoce tan bien, alejándose, y Noa se queda sola frente al espejo con el corazón martilleándole las costillas, los labios hinchados y la certeza de que esto se les está yendo de las manos.

Se mira. La mujer del espejo tiene las pupilas dilatadas, el pelo revuelto, las mejillas encendidas. La mujer del espejo no se parece a la profesional que entró en esta empresa hace meses con un plan claro y una línea que no iba a cruzar. La mujer del espejo ha cruzado todas las líneas y está buscando más que cruzar, y eso debería asustarla lo suficiente como para detenerse.

Pero esa certeza no la frena. Si acaso, la impulsa. Porque cada vez que se dice *esto tiene que parar*, lo que siente no es alivio sino pérdida anticipada, el fantasma de una ausencia que todavía no ha ocurrido, y prefiere el riesgo real al vacío hipotético, prefiere el fuego al frío, prefiere equivocarse con Alejandra que acertar sin ella.

Y eso es lo que más la asusta. No que puedan descubrirlas. No que su carrera esté en juego. No que el pacto que hicieron el miércoles haya durado exactamente treinta y seis horas antes de romperse.

Lo que más la asusta es que ya no quiere parar. Que la parte de ella que debería funcionar como freno —la prudencia, el instinto de autopreservación, la voz racional que durante años la ha mantenido a salvo— se ha rendido silenciosamente, sin lucha, disuelta como todo lo demás en la presencia de Alejandra, y que en su lugar solo queda esto: la espera, el hambre, la certeza dulce y aterradora de que va a volver a hacerlo, mañana o pasado o cuando la planta se vacíe, el pasillo se quede en silencio y Alejandra la mire como la ha mirado hoy en el espejo del baño del fondo.

Noa se lava las manos y se arregla el pelo. Sale del baño y camina por el pasillo vacío de vuelta a su escritorio, y cuando se sienta frente a la pantalla y abre el informe que no va a leer, lo único que piensa es: *territorio enemigo*. Y que ya no sabe de qué lado de la línea está.

CAPÍTULO 14

El café se ha quedado frío hace veinte minutos. Alejandra lo sabe porque la taza lleva ese tiempo exacto entre sus manos, sin moverse, mientras sus ojos recorren por cuarta vez la pantalla del móvil.

No puedo dormir pensando en ti.

Es ridículo, lo sé.

Pero quería que lo supieras.

Tres mensajes. Enviados a las dos y cuarenta y siete de la madrugada, cuando Noa debería haber estado durmiendo y Alejandra también debería haber estado durmiendo, pero no lo estaba, porque llevaba horas mirando el techo de su habitación con la mente atrapada en un bucle del que no conseguía salir. Alejandra los relee como una adolescente, saboreando cada palabra, deteniéndose en los puntos suspensivos, en el *quería que lo supieras*, en todo lo que esa frase contiene y en todo lo que no dice. Después los borra. Uno por uno. Por precaución. Como borra todos los mensajes de Noa desde hace semanas, como si eliminar las palabras eliminara también lo que significan, y sabe que no funciona así, que las palabras borradas siguen existiendo en algún lugar —en los servidores, en la memoria, en el cuerpo— pero el gesto le da una ilusión de control que necesita desesperadamente.

Cuando ve el nombre de Tomás en la pantalla siente un alivio culpable. Culpable porque no debería necesitar que nadie la rescate. Aliviado porque lo necesita.

—Hola —dice al descolgar, y su propia voz le suena rara, como si llevara días sin usarla.

—¿Estás bien?

Tomás no saluda. Nunca saluda cuando intuye algo. Tiene ese radar suyo, esa capacidad casi molesta de percibir a través del teléfono lo que Alejandra tarda semanas en admitir en voz alta.

—Sí. No. No sé.

—¿Quedamos? Estoy dando un paseo —propone Tomás.

—Sí.

—¿El sitio de siempre? ¿En una hora?

—Nos vemos allí.

La cafetería está cerca de Retiro, en una calle lateral que los domingos por la mañana tiene ese silencio particular de los barrios residenciales cuando la ciudad todavía no se ha puesto en marcha. Alejandra llega primera. Pide un cortado y se sienta en la mesa del fondo, junto a la ventana, donde siempre se sientan. Cuando Tomás entra, cinco minutos después, lleva puesta esa chaqueta de pana que Alejandra le regaló hace tres cumpleaños y que él se pone desde entonces, como un uniforme de confianza, como una forma de decirle sin palabras *soy tu persona segura*.

Se sienta frente a ella y la mira. Alejandra reconoce esa expresión: diagnóstico clínico. Tomás la usa cuando sabe que ella está a punto de contarle algo que lleva días rumiando, algo que ha dado vueltas tantas veces dentro de su cabeza que ya ha perdido la

perspectiva y necesita que alguien externo le devuelva la escala real de las cosas.

—Tienes cara de no dormir —dice él.

—Porque no duermo.

—¿Cuántas horas?

—Cuatro. Cuatro y media si tengo suerte —confiesa y suspira.

—Alejandra.

—Ya lo sé.

El camarero le trae el cortado. Tomás pide un té verde que no se va a beber y que solo ha pedido para que el camarero se vaya y los deje solos. Alejandra lo conoce lo suficiente como para saber que no va a presionarla, que va a esperar el tiempo que haga falta hasta que ella esté lista para hablar, y esa paciencia es exactamente lo que necesita y exactamente lo que le hace imposible seguir callándose.

—El pacto ha muerto —suelta, sin preámbulo.

—¿Qué pacto?

—El de no tocarnos en la oficina. Duró treinta y seis horas.

Tomás no dice nada. Espera.

—Llevamos semanas viéndose a escondidas, Tomás. Semanas. Ya no es… ya no puedo decirme que fue un error puntual, o que fue cosa de una noche, o que se me pasará. No se me pasa. Se intensifica y cada día es peor, o mejor. No sé cuál de las dos cosas.

—¿Peor o mejor? —tantea su padrastro.

—Las dos. Al mismo tiempo. —Alejandra se frota los ojos—. Me siento como si estuviera viviendo dos vidas. En una soy la directora del equipo, la profesional que lleva quince años construyendo una carrera, la que toma decisiones racionales basadas en datos. En la otra soy… esto. Lo que sea que soy cuando estoy con ella.

—¿Y qué eres cuando estás con ella?

La pregunta la frena. Alejandra mira por la ventana. Un hombre pasea un perro enorme y gris que camina con una dignidad absurda. Le dan ganas de ser ese perro. El perro no tiene que evaluar a nadie ni ocultar nada ni sentir esta presión constante en el pecho que no se va ni con respiraciones profundas ni con el yoga que ha intentado hacer tres veces esta semana y que ha abandonado las tres porque no podía concentrarse.

—Soy yo —dice finalmente—. Eso es lo que más me asusta. Que no me convierto en otra persona. Que soy más yo que nunca. Que con ella no me escondo.

Tomás asiente despacio. Le da un sorbo a su té que los dos saben que no le gusta.

—¿Alguien sospecha?

—Marcos dijo que me nota diferente. Más relajada, más distraída. Si Marcos se ha dado cuenta…

—Marcos es tu comercial, ¿no? ¿El que confunde las fiestas?

—Ese.

—Si se ha dado cuenta Marcos, se ha dado cuenta medio mundo.

—Gracias, Tomás. Muy reconfortante.

—No estoy aquí para reconfortarte. Estoy aquí para que pienses.

Alejandra sabe que tiene razón. No necesita que la abrace ni que le diga que todo va a salir bien. Necesita que la obligue a mirar de frente lo que lleva semanas esquivando.

—La evaluación trimestral es en tres semanas —dice, y nota cómo la voz le cambia al pronunciar esa frase, cómo se endurece,

cómo se llena de algo que no es enfado sino pánico disfrazado de profesionalidad.

—¿Y?

—Y tendré que evaluar su rendimiento. Poner nota a su trabajo. Decidir si su contrato se renueva. Y hacerlo sabiendo que me he acostado con ella. Repetidamente.

—Alejandra… —Tomás se frota los ojos.

—Sabiendo que lo que siento por ella distorsiona cualquier juicio profesional que pueda emitir. ¿Cómo la evalúo, Tomás? Si le pongo una nota alta, ¿es porque se la merece o porque me acuesto con ella? Si le pongo una nota baja para compensar, ¿es justa o estoy penalizándola por algo que no tiene nada que ver con su trabajo? No hay forma de hacerlo bien. Ninguna.

Se le quiebra la voz en la última palabra. No llora —Alejandra no llora en público, es una de sus reglas no escritas— pero está cerca, más cerca de lo que ha estado en mucho tiempo, y Tomás lo nota porque estira la mano sobre la mesa y le cubre los dedos con los suyos, un gesto simple que contiene veinte años de cariño.

—¿Has pensado en recusarte? —pregunta él, con voz suave—. ¿Pedir que otra persona haga la evaluación?

—¿Con qué excusa? «Disculpen, no puedo evaluar a esta empleada porque me estoy acostando con ella.» Eso es una confesión directa, Tomás.

—Puedes inventar algo. Conflicto de intereses por otro motivo. Exceso de carga de trabajo —propone Tomás.

—No cuela. Llevo evaluando al equipo entero cinco años seguidos. Si de repente saco a una persona de la lista, van a hacer preguntas.

—Entonces tienes un problema.

—Tengo un problema. Varios, de hecho. —Alejandra retira la mano suavemente, no porque no agradezca el gesto sino porque necesita las dos manos para sujetarse la cabeza, que es lo que hace, los codos sobre la mesa, los dedos en las sienes—. Tengo un problema profesional, un problema ético y un problema personal, y los tres están tan enredados que no sé dónde empieza uno y acaba el otro.

Tomás guarda silencio un momento. Alejandra lo oye respirar, ese ritmo suyo, pausado, de alguien que nunca tiene prisa, que procesa las cosas a su velocidad y no a la velocidad que el mundo le impone. Después habla, y lo que dice es la pregunta que ella lleva semanas esquivando, la que se hace a las tres de la madrugada cuando no puede dormir, la que borra igual que borra los mensajes de Noa, como si no pronunciarla la mantuviera en estado hipotético.

—Alejandra. ¿La quieres?

El sonido de la cafetería sigue ahí: la máquina de café, una cuchara contra una taza, la conversación lejana de una pareja en la barra. Pero Alejandra no oye nada de eso. Solo oye la pregunta repitiéndose dentro de su cráneo como un eco que rebota contra las paredes.

¿La quieres?

No responde.

No porque no sepa la respuesta. La sabe. La ha sabido desde aquella noche en el cama, o quizá desde antes, desde la primera vez que Noa la miró de esa manera suya, directa y limpia, sin agenda oculta, sin cálculo, con esa transparencia que Alejandra envidia porque ella no ha sido transparente un solo día de su vida adulta. La

respuesta está ahí, sólida, innegable, ocupando todo el espacio disponible dentro de su pecho. Pero decirla en voz alta la convierte en algo real. Algo que tendrá que gestionar. Y ahora mismo Alejandra no tiene capacidad para gestionar nada más.

—No me hagas esa pregunta —susurra aturdida.

—Ya te la he hecho.

—Tomás.

—El silencio también es una respuesta, Alejandra. Y las dos lo sabemos.

Alejandra levanta la cabeza y lo mira. Tomás no tiene cara de juicio ni de lástima ni de reproche. Tiene cara de amigo. De alguien que la conoce desde hace demasiado, que la vio reconstruirse, que la ha visto tomar decisiones imposibles con una frialdad que admiraba y que ahora comprende que no era frialdad sino terror disfrazado de control.

—Tienes que tomar una decisión —dice él—. Antes de la evaluación. Antes de que alguien más se dé cuenta. Antes de que la situación tome la decisión por ti.

—Lo sé.

—¿Cuáles son las opciones?

Alejandra las ha repasado mil veces. Las recita como quien recita una lista de la compra, sin emoción, porque si les pone emoción se derrumba.

—Una: terminar con Noa. Volver a ser solo su jefa. Hacer la evaluación limpiamente y seguir con mi carrera.

—¿Y?

—Y perderla.

—¿Opción dos?

—Confesar lo que pasa a la empresa. Pedir que me retiren de su cadena de mando. Asumir las consecuencias disciplinarias y mantener la relación.

—¿Y?

—Y arriesgar mi puesto. Mi reputación y quince años de trabajo.

—¿Opción tres?

—No hay opción tres. He buscado una opción tres durante semanas. No existe. Cada camino que contemplo implica perder algo que no estoy dispuesta a perder.

Tomás la mira con algo que se parece a la compasión pero que es más duro, más honesto.

—Siempre hay una opción tres, Alejandra. Lo que pasa es que no te gusta.

—¿Cuál?

—Hablar con ella y decidir juntas. Dejar de cargar con esto como si fuera solo tu problema, porque no lo es. Es de las dos.

Alejandra abre la boca para responder y la cierra. Porque Tomás tiene razón. Porque en todas las vueltas que le ha dado al asunto, en todas las noches de insomnio y todas las duchas interminables y todos los paseos sin destino, ha planteado el problema como suyo, como una ecuación que ella sola debe resolver, y no ha considerado ni una vez la posibilidad de sentarse frente a Noa y decirle: *estoy perdida, y necesito que pensemos esto juntas*.

—Tengo miedo —dice, y la confesión le sale con una naturalidad que la sorprende, como si las palabras hubieran estado esperando el momento exacto para salir.

—Ya lo sé.

—No de la empresa. No de la evaluación. Tengo miedo de lo que siento, de lo grande que es. De que si le pongo nombre no pueda volver a meterlo dentro de la caja.

Tomás sonríe. Es una sonrisa pequeña, triste y cariñosa.

—Alejandra. Ya no cabe en la caja. Hace semanas que no cabe.

Ella cierra los ojos y respira. Nota la presión en el pecho, esa dificultad para llenar los pulmones que aparece cada vez que piensa en la evaluación y en Noa en la misma frase, la sensación literal de ahogarse en tierra firme. La garganta apretada. El nudo que no se deshace.

Cuando abre los ojos, Tomás sigue ahí. Esperando. Sin prisa.

—Hablaré con ella —dice Alejandra.

—¿Cuándo? —pregunta Tomás.

—Pronto.

—Alejandra.

—Esta semana. Te lo prometo. Esta semana.

Tomás asiente. No le pide más. Se termina el té que no le gusta y cambia de tema con esa elegancia suya, empieza a hablar de un restaurante nuevo que ha abierto cerca de su casa, de cosas normales que no duelen, y Alejandra se lo agradece en silencio porque necesita unos minutos de normalidad antes de volver a su casa vacía y a su móvil sin mensajes y a la pregunta que sigue resonando dentro de ella como una campana que nadie ha dejado de tocar.

¿La quieres?

La respuesta pesa en su pecho como algo vivo. Grande. Innombrable todavía. Pero ya no cabe en la caja. Tomás tiene razón. Hace semanas que no cabe.

CAPÍTULO 15

El bar es uno de esos sitios que no tienen nombre visible desde fuera, solo un letrero de neón medio fundido que dice *Cervezas* en verde y que parpadea cada pocos segundos como si estuviera a punto de rendirse. A Noa le gusta precisamente por eso: porque no es el tipo de sitio donde va nadie de la oficina, porque los camareros no hacen preguntas y porque las mesas del fondo tienen la distancia justa entre ellas para que una conversación no se filtre a la de al lado.

Vera está sentada frente a ella con la segunda cerveza a medias y esa expresión que Noa conoce bien. La expresión de *llevo un rato dándole vueltas a algo y voy a soltarlo quieras o no*.

—¿Qué? —dice Noa.

—¿Qué de qué?

—Llevas veinte minutos mordiéndote el labio. Suéltalo.

Vera da un trago largo. Deja el vaso sobre la mesa. Se limpia la espuma con el dorso de la mano.

—Vale, pero no te enfades —accede Vera.

—Nunca me enfado.

—Siempre te enfadas.

—Suéltalo, Vera.

Vera la mira directamente. Sin rodeos. Sin envoltura. Como dice Vera todas las cosas: directa, clara, sin anestesia, con esa honestidad brutal que a veces duele y que es exactamente la razón por la que Noa la quiere tanto, porque en un mundo lleno de gente que mide cada palabra, Vera dice lo que piensa y se atiene a las consecuencias.

—Si te renuevan el contrato, ¿vas a poder mirar al equipo a la cara sabiendo que te acuestas con la persona que decide si te lo renuevan?

El ruido del bar sigue ahí. La música. Las conversaciones. El tintineo de vasos. Pero Noa deja de oírlo todo. Solo oye la frase repitiéndose dentro de su cráneo como un eco que no se apaga.

—Vera…

—No he terminado. Llevo semanas callándome, Noa. Y no me digas que no pasa nada porque te conozco desde hace demasiado, sé cuándo mientes y sé cuándo estás asustada, y ahora mismo estás las dos cosas.

Noa traga saliva. Nota el frío del vaso entre los dedos. No dice nada.

—Vera, por favor.

—Os habéis vuelto a acostar, ¿verdad?

Noa cierra los ojos. Los abre y mira a su amiga y ve en sus ojos algo que no es juicio ni reproche sino preocupación sincera, limpia, la preocupación de alguien que te quiere lo suficiente como para hacerte las preguntas que nadie más se atreve a hacer.

—Sí —dice. Y la palabra sale con un peso que la sorprende, como si llevarla dentro fuera una cosa y soltarla fuera otra completamente distinta.

Vera asiente despacio. No parece sorprendida. Parece aliviada de que Noa por fin lo haya dicho.

—¿Desde cuándo?

—Semanas. Muchas semanas.

—¿Es serio? —inquiere Vera.

—No lo sé. Sí. Creo que sí.

—Joder, Noa.

—Ya lo sé.

Vera se pasa la mano por el pelo. Respira hondo. Noa la observa procesar la información, ve los engranajes moverse detrás de sus ojos, y espera el veredicto porque sabe que Vera no se queda en el diagnóstico, que siempre va un paso más allá, hasta la consecuencia práctica, hasta el *y ahora qué*.

—La evaluación trimestral es en tres semanas —dice Vera.

—Lo sé.

—Ella te evalúa, Noa —Vera niega con la cabeza.

—Lo sé, Vera. Créeme que lo sé.

—¿Habéis hablado de eso?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez que estamos juntas no hablamos de la oficina. Es como si existieran dos mundos y en el de fuera no entra el trabajo.

—Eso no es un mundo, Noa. Eso es una burbuja. Y las burbujas explotan.

Noa no responde porque Vera tiene razón y las dos lo saben.

—Mira —dice Vera, inclinándose sobre la mesa—, no te estoy juzgando. De verdad. Puedes acostarte con quien quieras y

enamorarte de quien te dé la gana, eso no es asunto mío. Pero tu contrato sí es asunto mío, porque soy tu amiga y porque he visto lo duro que has trabajado estos meses.

—He trabajado bien.

—Has trabajado increíblemente bien, seguro. Eso es lo que me jode. Tu evaluación debería ser positiva por méritos propios. Y eso es precisamente el problema.

—¿Por qué es un problema que haya trabajado bien?

—Porque si te renueva y lo vuestro se descubre, nadie sabrá nunca si fue por tu trabajo o por lo que pasa entre vosotras fuera del horario laboral.

La frase cae sobre la mesa como un ladrillo. Noa la siente en el estómago, un golpe sordo que le quita el aire.

—Yo sabré que fue por mi trabajo —murmura.

—¿Y los demás? Si algún día se entera alguien, y estas cosas siempre se saben, Noa, siempre, ¿qué van a pensar? Van a pensar que te acuestas con tu jefa para asegurarte el puesto. Y todo lo que has construido —los informes, las presentaciones, las horas extra, las ideas que nadie más tiene—, se reduce a eso. Se reduce a una frase. «Se acuesta con su jefa.»

Noa siente la presión detrás de los ojos. No va a llorar. No aquí, no ahora, no delante de los camareros y de la pareja de la mesa de al lado que discuten sobre quién ha aparcado mal el coche.

—Y si no te renueva —continúa Vera, más suave ahora, como si supiera que está pisando terreno que duele—, si decide ser escrupulosamente justa y compensar el conflicto de interés siendo más dura contigo de lo necesario, pierdes tu puesto por las mismas razones. No por tu rendimiento. Por lo otro.

—No hay salida limpia —dice Noa, y su propia voz le suena hueca.

—No la hay.

—Entonces, ¿qué hago?

—Hablar con ella.

—¿Y decirle qué? «Oye, Alejandra, ¿puedes evaluar mi trabajo objetivamente teniendo en cuenta que anoche dormiste en mi cama?»

—Pues sí. Básicamente eso. Quizá con otras palabras.

Noa suelta algo que quiere ser una risa, pero se queda a medio camino. Vera la mira con esos ojos suyos, oscuros e inteligentes, y estira la mano para cubrir la de Noa sobre la mesa.

—Te conozco —dice—. Sé que no eres de las que hacen las cosas por el camino fácil. Sé que ese contrato te lo has ganado currando como una bestia. Pero también sé que si dejas que esto siga sin hablarlo, te va a comer por dentro. Ya te está comiendo.

—Ya lo sé.

—¿Y ella? ¿Crees que lo tiene claro?

Noa piensa en Alejandra. En sus manos seguras sobre el teclado, en su voz de mando, en la forma en que controla cada variable de cada situación, y luego piensa en la otra Alejandra, la que se queda dormida en su sofá con el pelo suelto, la que le manda mensajes a las tres de la madrugada que después desaparecen como si nunca hubieran existido, y sabe que Alejandra tampoco lo tiene claro, que las dos están navegando sin mapa, sin brújula, sin plan.

—No —admite—. No creo que lo tenga claro.

—Entonces tenéis que hablar. Las dos. Antes de la evaluación.

—¿Y si hablamos y la conclusión es que esto tiene que acabarse?

La pregunta sale antes de que Noa pueda frenarla. Vera la mira con algo que se parece a la compasión.

—¿Eso es lo que te da miedo? ¿Perderla?

—Me da miedo todo, Vera. Me da miedo perderla, me da miedo perder el trabajo, me da miedo que la gente piense que no me merezco lo que tengo, me da miedo que un día alguien abra un cajón y encuentre algo y todo se derrumbe. Pero sobre todo me da miedo que lo que siento por ella contamine lo que he construido. Que mi carrera se convierta en una nota al pie de mi vida personal.

Vera aprieta su mano.

—Noa. Tu trabajo es tuyo. Lo que has hecho es tuyo. Nadie puede quitarte eso.

—Pueden cuestionarlo.

—Pueden cuestionarlo si no actúas. Si dejas que la situación se pudra. Si llegas a la evaluación sin haber puesto las cartas sobre la mesa. Pero si hablas con ella, si las dos tomáis una decisión antes de que os la tomen, entonces controlas la narrativa. O al menos una parte.

—¿Y si la decisión correcta es la que más duele?

—Las decisiones correctas casi siempre son las que más duelen. Bienvenida a la vida adulta.

Noa sonríe. Una sonrisa pequeña, cansada y sincera. Vera le devuelve la sonrisa y levanta su cerveza.

—Brindo por ti —dice—. Por la profesional más competente que conozco. Que resulta que además tiene un gusto cuestionable en jefas.

—Cállate.

—Pero un gusto excelente en amigas.

Chocan los vasos. El cristal suena limpio, nítido, como un punto final que en realidad es un punto y seguido.

Noa vuelve a casa esa noche con la pregunta de Vera clavada en la cabeza como una astilla que no puede sacarse porque está demasiado profunda, demasiado cerca del hueso.

Se ducha. Se pone el pijama. Se mete en la cama. Mira el techo de su habitación, el mismo techo bajo el que Alejandra ha dormido varias veces ya, el mismo techo que ha sido testigo de cosas que Noa no puede contar y no quiere contar porque son suyas, de las dos, de nadie más.

El móvil está en la mesilla. Noa lo coge. Lo desbloquea. Abre la conversación con Alejandra. El último mensaje es de esta mañana, un simple *Buenos días* que Alejandra habrá borrado ya, como borra siempre todo, como si eliminar las pruebas eliminara también los hechos.

Noa escribe.

Tenemos que hablar.

Se queda mirando las palabras un momento. Después añade:

No por mensaje. En persona. Esta semana.

Envía y deja el móvil boca abajo. Cierra los ojos.

Vera tiene razón. Su trabajo es suyo. Lo que ha construido es suyo. Pero lo que siente por Alejandra también es suyo, y encontrar la forma de que ambas cosas coexistan sin destruirse mutuamente es la tarea más difícil que ha enfrentado en su vida. Más difícil que cualquier informe, que cualquier presentación, que cualquier plazo imposible. Porque los informes tienen datos y los datos tienen

respuestas, pero esto no tiene datos, no tiene métrica, no tiene KPI que medir ni resultado que optimizar.

Solo tiene dos personas que se quieren en silencio y un sistema que no está diseñado para eso.

CAPÍTULO 16

No han hablado de ello. Ninguna ha dado el paso.

Alejandra abre el archivo de evaluaciones trimestrales por cuarta vez en lo que va de mañana y siente que las cifras ya no son cifras sino pequeñas bombas de relojería esperando a que alguien señale una irregularidad. Repasa el rendimiento de Noa: cumplimiento de objetivos, indicadores de productividad, feedback de los compañeros, métricas de calidad. Todo cuadra. Todo cuadra demasiado bien, y eso es precisamente lo que la atormenta.

Cierra el portátil. Lo vuelve a abrir.

Sabe que si la evaluación fuera mediocre, nadie pestañearía. Pero es excelente, y una evaluación excelente firmada por la jefa que se acuesta con la evaluada es una bomba que solo necesita una mirada suspicaz para detonarse.

Así que revisa. Otra vez. Cada métrica dos veces, cada indicador tres. Compara los datos de Noa con los de Laura, con los de Sergio y con los de Marcos. Ajusta decimales que no necesitan ajuste. Redacta justificaciones que ya estaban justificadas. Busca sinónimos para que las palabras no suenen demasiado entusiastas ni demasiado contenidas.

A las once y media, el documento está listo. Impecable. Blindado. Objetivamente incontestable.

Y, aun así, le tiemblan las manos cuando lo imprime.

—Cierra la puerta, por favor.

Noa obedece. Se sienta frente al escritorio con esa postura suya que parece relajada pero que Alejandra ya sabe descifrar: espalda recta, mandíbula ligeramente apretada, manos quietas sobre los muslos. Está tensa. Las dos lo están.

—Tu evaluación trimestral —dice Alejandra deslizando la carpeta por la mesa con la misma formalidad que usaría con cualquier otro miembro del equipo.

Noa la abre. Lee en silencio. Alejandra la observa mientras finge revisar algo en la pantalla del ordenador, pero no está leyendo nada, solo está contando los segundos que Noa tarda en llegar al final de la primera página, de la segunda, del resumen de competencias, de la puntuación global.

Noa cierra la carpeta.

—Gracias.

Una sola palabra, pero el tono no es gratitud. Es algo más frío, más afilado, como una hoja que corta sin que te des cuenta hasta que ves la sangre.

—¿Tienes alguna pregunta? —dice Alejandra, y se odia un poco por sonar tan institucional.

—No. Está todo muy claro.

Noa se levanta y Alejandra quiere decir algo, algo que no sea corporativo, algo que reconozca lo que las dos saben, pero la puerta ya se está abriendo y Laura pasa por el pasillo y el momento se evapora como si nunca hubiera existido.

Esa noche, Alejandra llega a casa de Noa con una botella de vino y la esperanza ingenua de que la cena borre la rigidez de la tarde. Noa abre la puerta descalza, con el pelo recogido en un moño desordenado, y durante un instante todo parece normal. Se besan brevemente. Alejandra deja la botella en la encimera y Noa saca dos copas.

Cenan casi en silencio. Pasta con salsa de tomate, algo sencillo que Noa ha preparado sin mucho entusiasmo. Alejandra habla del tráfico, de un correo absurdo de dirección general, de cualquier cosa que llene el vacío sin tocarlo. Noa asiente, responde con monosílabos, remueve la pasta en el plato sin apenas comer.

—Noa. ¿Estás bien?

Noa suelta el tenedor. Lo apoya en el borde del plato con una precisión que delata todo lo contrario de estar bien.

—¿Cuántas veces revisaste mi evaluación?

Alejandra parpadea.

—¿Perdona?

—Mi evaluación. ¿Cuántas veces la revisaste antes de imprimirla? —insiste Noa.

—Las mismas que reviso todas las evaluaciones del equipo.

—Mentira.

La palabra cae entre las dos como una moneda al suelo. Seca. Metálica.

—No es mentira —dice Alejandra, y nota que su voz sube medio tono, lo que siempre es mala señal—. Apliqué los mismos criterios que a Laura, que a Sergio, que a todos.

—¿Y a Laura también le comparaste las métricas con las de alguien?

Alejandra se queda helada.

—Lo hice para asegurarme de que era objetiva.

—Lo hiciste porque tienes miedo de que no lo sea.

—Eso no es...

—¿Compensaste? —la interrumpe Noa, y ahora su voz no es fría sino algo peor: es cansada—. ¿Mediste de más por miedo a que pareciera favoritismo? ¿Bajaste medio punto en algún indicador para que no quedara sospechosamente alta?

—Noa, por favor.

—Contéstame.

Alejandra aprieta la copa con fuerza.

—No bajé nada. Tu evaluación refleja exactamente lo que mereces. Cada cifra está justificada.

—No te pregunto por las cifras, Alejandra. Te pregunto por el patrón.

—¿Qué patrón?

Noa se levanta de la silla. Da dos pasos hacia la ventana y se cruza de brazos.

—Tú decides cuándo nos vemos. Tú decides cómo nos comportamos en la oficina. Tú decides el grado de distancia, el tono de los correos, la manera en que me miras o no me miras delante del equipo. Tú decides cuántas veces revisar mi evaluación para que sea lo bastante perfecta como para que nadie sospeche. Tú decides todo.

—Eso no es justo.

—¿No? —Noa se gira—. ¿Esto funciona porque nos queremos o porque tú tienes el control?

La frase cae como un hachazo. Alejandra siente el impacto en el centro del pecho, físico, real, como si alguien le hubiera arrancado algo de las manos.

—Eso es injusto y lo sabes —susurra.

—Lo que sé es que llevo semanas sintiendo que no estoy dentro de una relación sino dentro de un protocolo. Que cada vez que te pregunto algo sobre nosotras, me contestas como si estuvieras redactando un comunicado interno.

—Estoy intentando protegernos.

—¿A las dos o a ti?

Otra vez el silencio. Pero este es distinto, este tiene peso, tiene forma, ocupa el espacio entre las dos como un muro que ninguna sabe cómo rodear.

Alejandra deja la copa en la mesa. Se levanta despacio. Recoge su bolso del respaldo de la silla, las llaves del coche del cuenco de la entrada y la chaqueta que dejó colgada en el perchero al llegar.

—¿Te vas? —dice Noa, y ahora su voz ya no es cansada sino algo que se parece demasiado al pánico.

—Necesito pensar.

—Alejandra...

—Necesito pensar, Noa.

No da un portazo. Eso sería más fácil de gestionar, más fácil de odiar, más fácil de convertir en anécdota al día siguiente. En lugar de eso, cierra la puerta con cuidado, con la misma delicadeza con la que cierra el despacho cada noche al salir de la oficina, y eso es peor, infinitamente peor, porque un portazo es rabia y la rabia se agota, pero el cuidado es distancia, y la distancia de Alejandra no tiene fecha de caducidad.

Cuatro días.

Cuatro días sin un mensaje, sin una llamada, sin un gesto que reconozca que existen fuera de las paredes de la oficina.

El lunes Alejandra llega a las ocho y dirige la reunión de equipo con la misma eficiencia de siempre. Reparte tareas, revisa plazos y responde preguntas. No mira a Noa. No la evita de forma evidente, simplemente distribuye su atención como si todos los miembros del equipo tuvieran el mismo peso, y Noa entiende el mensaje: *aquí dentro eres una más*.

El martes hay una revisión de proyecto y Noa presenta sus avances. Alejandra asiente, toma notas, dice «buen trabajo» con el mismo tono que usaría con un consultor externo. Noa dice «gracias» con el mismo tono de la evaluación, y Sergio mira a Laura como preguntando *¿qué pasa aquí?*, pero Laura niega con la cabeza casi imperceptiblemente porque Laura siempre sabe más de lo que dice.

El miércoles Alejandra se encierra en su despacho con la puerta cerrada durante toda la mañana. No sale ni para el café. Come un sándwich frente al ordenador y cuando Noa pasa por delante del cristal, Alejandra está mirando la pantalla con esa expresión suya que parece concentración pero que Noa ya ha aprendido a leer como algo mucho más frágil.

El jueves Vera deja un café en el escritorio de Noa a las nueve menos diez. Sin nota. Sin comentario. Solo un vaso de cartón con una «N» escrita en rotulador y una nube de leche exactamente como a Noa le gusta.

Alejandra se encierra en el despacho y de repente explota y se permite llorar por primera vez en cuatro días. Sin ruido, sin aspavientos, con las manos apoyadas en el escritorio y la vista fija

en la carpeta de evaluación que todavía no ha archivado, porque archivarla sería aceptar que esa noche pasó de verdad y que la pregunta de Noa sigue sin respuesta.

¿Esto funciona porque nos queremos o porque tú tienes el control?

Alejandra no lo sabe. Y eso es lo que más miedo le da.

CAPÍTULO 17

Es jueves por la noche y Noa está en pijama.

El mismo pijama gris de algodón que lleva usando los últimos cuatro días como si fuera una armadura blanda, ese que tiene un agujero diminuto en la costura del hombro izquierdo y que debería haber tirado hace meses, pero que no tira porque es el más cómodo que tiene y porque últimamente la comodidad es lo único que busca al llegar a casa.

Está en el sofá con el portátil abierto sobre las piernas y un documental sobre arquitectura brutalista que no está viendo. En la pantalla, alguien explica la belleza del hormigón visto, pero Noa lleva veinte minutos mirando la misma toma de un edificio en Belgrado sin procesar una sola palabra. Tiene el móvil boca abajo en la mesita cuando suena el timbre.

Noa se queda inmóvil un segundo. Dos. Cierra el portátil. Se levanta. Camina hacia la puerta y abre sin preguntar quién es, porque en el fondo lleva cuatro días esperando ese timbre.

Alejandra está en el rellano.

Pelo recogido en una coleta baja, sin maquillaje, con una chaqueta de punto que Noa no le ha visto nunca y que parece sacada del fondo de un armario que solo se abre en los días malos. Tiene los ojos ligeramente enrojecidos y una expresión que Noa no

le conoce: vulnerable. No la vulnerabilidad controlada que a veces deja asomar en la cama, cuando baja la guardia entre las sábanas y se permite ser blanda durante unos minutos antes de reconstruir la coraza. Esta es otra cosa. Esta es una mujer que ha llorado y que no ha intentado disimularlo.

No trae flores. No trae excusas.

Trae una carpeta.

—¿Puedo pasar?

Noa se aparta de la puerta sin decir nada. Alejandra entra. Mira el sofá, el portátil cerrado, el pijama gris, la taza de té a medio beber en la mesita, y Noa sabe que está leyendo la escena como lee todo: con precisión, catalogando cada detalle, sacando conclusiones. Pero esta vez no parece estar evaluando. Parece estar buscando permiso.

—Siéntate —dice Noa.

Se sientan en el sofá. No juntas, no separadas. A esa distancia intermedia que no es ni intimidad ni formalidad, sino la zona gris donde viven las conversaciones que todavía no saben lo que son.

Alejandra abre la carpeta y la pone sobre la mesa de centro.

—Quiero enseñarte algo.

Noa mira los papeles. Reconoce el formato de las evaluaciones trimestrales, pero hay más páginas de las que vio en el despacho. Borradores. Notas a mano. Tablas comparativas. Los criterios aplicados a cada miembro del equipo, con las mismas rúbricas, los mismos indicadores, las mismas escalas.

—Esta es la evaluación de Laura —dice Alejandra señalando una página—. Esta es la de Sergio. Esta es la de Marcos y esta es la tuya.

Noa las mira. Las compara. El proceso es idéntico. Los criterios son idénticos. Las puntuaciones varían según el rendimiento individual, pero la metodología es la misma para todos.

—No te inflé la nota —dice Alejandra, y su voz tiembla en la última sílaba—. No te la bajé. Es lo que es.

Noa pasa las páginas despacio. Lee las anotaciones a mano de Alejandra, esa letra pequeña y apretada que ya conoce de las notas que deja en los márgenes de los informes. Ve las correcciones, los asteriscos, las dudas resueltas con datos. Ve el trabajo de alguien que se ha tomado la evaluación no como un trámite sino como una obligación moral.

—Te creo —dice Noa.

Alejandra suelta aire. No un suspiro, algo más profundo, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante cuatro días.

—Pero ese no era el problema —añade Noa.

—Lo sé.

Se miran. Noa siente el impulso de apartar los ojos, pero no lo hace, porque si esta conversación va a servir de algo necesita que las dos estén presentes, enteras, sin escondites.

—¿Quieres té? —pregunta Noa, porque necesita un momento para ordenar lo que quiere decir.

—Sí.

Noa va a la cocina. Pone el agua a calentar y saca dos tazas. Escucha a Alejandra moverse en el sofá, el crujido leve de los papeles al recogerlos. Cuando vuelve con las tazas, Alejandra tiene la carpeta cerrada sobre las rodillas y las manos quietas encima, como si necesitara ese peso para no levantarse y marcharse.

Noa le da la taza. Se sienta. Un poco más cerca que antes.

—La otra noche fui injusta contigo —empieza Noa.

—No. Fuiste honesta.

—Fui las dos cosas. Se puede ser injusta y honesta al mismo tiempo.

Alejandra bebe un sorbo de té. Noa la observa y piensa que nunca la ha visto tan despojada de capas, tan sin recursos, tan parecida a una persona normal que no sabe qué hacer con lo que siente.

—Tenías razón en lo del control —dice Alejandra sin levantar la vista de la taza—. No en todo, pero sí en lo esencial.

—Alejandra...

—Déjame terminar. Por favor.

Noa asiente.

—Tengo tendencia a controlarlo todo. Lo sé. Lo he sabido siempre, pero me lo había vendido a mí misma como eficiencia, como responsabilidad, como ser buena en mi trabajo. Mi madre era así. Todo tenía que estar perfecto, todo tenía que estar previsto, y si algo se salía del plan, el plan estaba mal, nunca la realidad. Crecí pensando que si controlaba lo suficiente, nada podría hacerme daño.

Hace una pausa y bebe otro sorbo.

—Y luego llegó mi carrera, y resulta que el mundo corporativo premia exactamente eso. La firmeza. La anticipación. La capacidad de tener todas las respuestas antes de que nadie haga las preguntas. Así que lo convertí en mi identidad. En mi forma de estar en el mundo. Y funcionaba. Funcionaba hasta que apareciste tú.

—¿Y ahora no funciona?

—Ahora no funciona porque no puedo controlarte sin hacerte daño, y no puedo dejar de controlarte sin sentir que todo se

desmorona.

Noa deja la taza en la mesa. Se gira hacia Alejandra.

—Yo también tengo que decirte algo.

Alejandra la mira.

—Lo que dije la otra noche, lo de que tú decides todo... No es solo por ti. Es por mí. Llevo toda la vida demostrando que merezco estar donde estoy. En la universidad, en el trabajo, en todas partes. Siempre hay alguien que insinúa que tuve suerte, que no es para tanto, que a lo mejor alguien me abrió la puerta. Y he desarrollado una especie de... radar. Para detectar cuándo alguien decide por mí. Cuando alguien me facilita las cosas sin que yo lo haya pedido. Cuando alguien me protege de algo que yo podría haber enfrentado sola.

—Y yo activé ese radar.

—Tú lo activaste desde el primer día. Pero no porque hagas nada malo. Sino porque la situación es... lo que es. Eres mi jefa. Tienes poder sobre mi carrera. Y por mucho que separemos las cosas, esa asimetría existe. Está ahí. Y cada vez que tomas una decisión que me afecta, aunque sea la decisión correcta, una parte de mí se pregunta si la tomaste como mi jefa o como mi pareja.

Silencio. Pero no el silencio de los últimos cuatro días, tenso, hostil, lleno de cosas no dichas. Este es un silencio limpio. Un silencio que respira.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Alejandra.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Noa se ríe. No una risa grande sino una exhalación corta, casi involuntaria, que rompe la tensión lo justo para que las dos puedan

relajar los hombros.

—Menudo par —dice Noa.

—Menudo par —repite Alejandra, y la comisura de su boca se eleva un milímetro, que es lo más parecido a una sonrisa que Noa le ha visto en días.

—No tengo una solución —dice Noa—. No creo que la haya. Al menos no ahora. Pero sé lo que no quiero.

—¿Qué no quieres?

—No quiero otros cuatro días así. No quiero llegar a la oficina y que no me mires. No quiero que Laura me deje cafés silenciosos porque es la única persona que se atreve a reconocer que algo va mal.

—¿Laura te ha dejado cafés?

—Cada mañana. Sin nota. Sin comentario. Solo un vaso con una «N» y la leche exactamente como me gusta.

Alejandra cierra los ojos un momento.

—Laura sabe más de lo que dice.

—Laura siempre sabe más de lo que dice.

Otro silencio. Alejandra abre los ojos y mira a Noa con una intensidad que le recuerda a la primera vez que cenaron juntas, cuando todavía no sabían lo que estaban construyendo y todo era posibilidad pura, sin conflicto, sin miedo.

—Puedo intentar soltar —dice Alejandra—. No sé si sabré hacerlo, pero puedo intentarlo.

—Y yo puedo intentar no interpretar todo como una amenaza. No sé si sabré hacerlo, pero puedo intentarlo.

—¿Es suficiente?

—Tiene que serlo. Por ahora.

Noa extiende la mano y la pone sobre la de Alejandra. Es un gesto pequeño, casi insignificante, pero Alejandra lo mira como si fuera lo más importante que ha pasado en toda la semana. Gira la mano. Entrelaza sus dedos con los de Noa. Aprieta.

—Lo siento —dice Alejandra.

—Yo también lo siento.

—¿Estamos bien?

—Estamos en tregua. Una tregua frágil, sincera, que necesita más que una noche para consolidarse. Pero estamos en tregua.

Alejandra asiente. Mira la carpeta, las tazas de té, el pijama gris de Noa, el agujero en la costura del hombro izquierdo. Y Noa ve el momento exacto en que Alejandra deja de evaluar la escena y simplemente la habita.

—¿Puedo quedarme? —pregunta Alejandra, y su voz suena tan pequeña que Noa siente algo quebrarse dentro de su pecho, pero no de la forma mala sino de la forma necesaria.

—Claro.

Se levantan. Noa apaga las luces del salón. Deja las tazas en el fregadero. Alejandra la sigue hasta el dormitorio en silencio, con la carpeta olvidada en la mesa de centro como un artefacto de otra época.

Noa le presta una camiseta para dormir. Alejandra se la pone sin decir nada. Se meten en la cama. No se tocan, al principio. Están las dos boca arriba, mirando el techo, respirando al mismo ritmo irregular de dos personas que quieren acercarse, pero no saben si el permiso sigue vigente.

Entonces Alejandra gira la cabeza.

—Noa.

—Dime.

—Gracias por abrir la puerta.

Noa no contesta con palabras. Se acerca y apoya la cabeza en el hombro de Alejandra. Siente cómo el cuerpo que tiene debajo se tensa primero y se relaja después, músculo a músculo, como una rendición lenta y voluntaria.

Por primera vez en meses, no hacen nada más que dormir. Juntas. En silencio. Bajo el techo que ya conoce sus secretos y que esta noche, por fin, parece lo bastante grande para contenerlos a todos.

CAPÍTULO 18

Alejandra lee el documento por tercera vez.

No porque no lo haya entendido. Lo ha entendido a la primera, con esa claridad brutal que tiene su cerebro para procesar información incluso cuando la información le perfora el pecho. Lo lee por tercera vez porque necesita asegurarse de que las palabras dicen lo que dicen, de que no hay una interpretación alternativa, un matiz oculto, una cláusula que cambie el sentido de todo.

No la hay.

La propuesta es limpia, directa, bien redactada. El área de innovación quiere a Noa. Mismo nivel salarial, mejores perspectivas de crecimiento, un equipo más pequeño con más autonomía. Y lo más importante, la frase que Alejandra relee hasta que las letras se desdibujan: *fuera de la supervisión directa del área de estrategia*.

Fuera de su supervisión.

Fuera de ella.

Cierra el documento. Lo guarda en la carpeta de pendientes. Se queda mirando la pantalla del ordenador sin ver nada, balanceándose apenas en su silla, absorta en un punto indeterminado mientras piensa.

La propuesta ha pasado por su mesa porque así lo exige el protocolo. Cualquier movimiento interdepartamental requiere el visto

bueno del jefe de área de origen. Es un trámite. Un formulario. Una firma. Pero Alejandra sabe que no es un trámite, que no es un formulario, que esa firma tiene el peso de todo lo que ha construido con Noa y de todo lo que podría destruir.

Noa no lo sabe todavía.

La propuesta ha llegado primero a su mesa, no a la de Noa, porque Héctor García, el responsable de innovación, ha seguido el conducto reglamentario. Le ha enviado un correo formal, con copia a recursos humanos, solicitando la valoración de Alejandra como jefa directa antes de formalizar la oferta. Es correcto. Es profesional. Es exactamente lo que Alejandra habría hecho en su lugar.

Y es exactamente lo que la está destrozando.

La reunión de equipo del martes transcurre con normalidad.

Alejandra repasa los hitos del trimestre, asigna las tareas pendientes, pide actualizaciones sobre los proyectos en curso. Noa interviene dos veces: una para presentar los avances del proyecto interdepartamental, otra para proponer una mejora en el sistema de seguimiento que el resto del equipo aplaude. Es brillante. Es precisa. Es exactamente la profesional que Héctor García quiere llevarse a su departamento.

Alejandra no menciona la propuesta.

No la menciona cuando Noa termina su presentación y la mira buscando aprobación. No la menciona cuando Laura pregunta si hay novedades de dirección general. No la menciona cuando el equipo se levanta y Noa se queda un momento recogiendo sus papeles, las dos solas en la sala de reuniones durante treinta segundos que podrían haber sido una oportunidad.

—Buena presentación —dice Alejandra.

—Gracias.

Noa sonríe. Alejandra siente algo apretarse en su garganta, pero lo traga, como traga todo lo que la desborda, y sale de la sala con paso firme.

El domingo, Alejandra está en casa de Tomás en su ritual de siempre: comida dominical, cocina compartida, conversación sin filtros. Tomás es el único espacio donde Alejandra se permite ser desordenada, contradictoria, humana. Con él no necesita la fachada. Con él puede dejar el cuchillo sobre la tabla y admitir que no sabe qué hacer.

Pero hoy no ha admitido nada todavía.

Está cortando verduras para un salteado mientras Tomás prepara la salsa al otro lado de la encimera. La cocina huele a ajo y a aceite de sésamo. La radio suena baja. Todo es doméstico, tranquilo y absolutamente insoportable, porque Alejandra lleva cinco días guardando un secreto que le pesa como cemento.

—Estás triturando ese pimiento —dice Tomás sin levantar la vista.

—Estoy cortándolo.

—Estás triturándolo. Llevas diez minutos con el mismo pimiento y parece papilla.

Alejandra mira la tabla. Tiene razón. El pimiento es irreconocible.

—¿Qué pasa? —pregunta Tomás.

—Nada.

—Alejandra.

—Nada.

Tomás deja la cuchara en el borde de la sartén y se apoya en la encimera. La mira con esa paciencia infinita que tiene para todo el

mundo, pero especialmente para ella, porque la conoce desde hace quince años y sabe exactamente cuándo «nada» significa «todo».

—¿Es Noa?

Alejandra no contesta. Sigue cortando. O triturando. Ya no importa.

—Es Noa —confirma Tomás por sí mismo—. ¿Qué ha pasado?

—Innovación la quiere. Héctor García le va a ofrecer un puesto en su departamento. Mismo sueldo, mejores perspectivas. Y la propuesta ha pasado por mi mesa.

—¿Y?

—Y nada. La he leído y la he archivado.

Tomás se queda en silencio un momento. Luego:

—¿Noa lo sabe?

Alejandra aprieta el cuchillo.

—No.

—¿Desde cuándo tienes la propuesta? —pregunta Tomás.

—Desde el martes.

—Estamos a domingo, Alejandra.

—Sé qué día es.

—Llevas cinco días sentada sobre una propuesta que afecta directamente a la carrera de Noa y no le has dicho nada.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque si se lo digo, se va. Y si se va, se acabó. Lo nuestro, lo que sea que tengamos, no sobrevive a un cambio de departamento. Ahora al menos estamos cerca, al menos la veo cada día, al menos...

—Al menos la controlas.

—No es eso.

—Es exactamente eso.

Alejandra deja el cuchillo sobre la tabla. Lo deja con cuidado, con una precisión excesiva, porque si no controla ese gesto no sabe qué va a hacer con las manos.

—No me hables así.

—¿Y cómo quieres que te hable? ¿Con tacto? ¿Con diplomacia? Eso ya lo hace todo el mundo en tu oficina. Yo soy tu padrastro, no tu subordinado.

—Tomás...

—¿Ya has decidido por las dos, como siempre?

La frase la golpea en el centro del pecho. Alejandra lo mira y ve en sus ojos la misma preocupación que ha visto otras veces, cuando Tomás la confrontaba por decisiones que ella disfrazaba de protección pero que eran, en el fondo, mecanismos de control tan arraigados que ni siquiera los reconocía como tales.

—No he decidido nada —dice Alejandra, pero su voz suena débil incluso para ella misma.

—Retener información es decidir. No decirle a Noa que tiene una oportunidad es decidir por ella. Estás eligiendo que no elija. ¿Te das cuenta?

—Si se lo digo y acepta...

—Entonces acepta. Y tú lo afrontas. Como una adulta. Como la persona que dice querer una relación de iguales.

—No es tan fácil.

—Nunca es fácil. Pero llevas toda la vida haciendo esto, Alejandra. Con la gente que quieres. Decides qué es mejor para ellos sin preguntarles, y cuando se van, te convences de que el problema eran ellos y no tú.

Alejandra siente la garganta cerrarse. Aprieta la mandíbula. Mira el pimiento triturado, el cuchillo perfectamente alineado con el borde de la tabla, la cocina ordenada de Tomás donde todo tiene un lugar y una función, y piensa que su vida entera ha sido un intento de replicar ese orden en cada espacio que habita. Controlarlo todo para que nada duela. Anticiparse para que nadie la sorprenda. Decidir antes de que alguien decida por ella.

—¿Sabes por qué la gente que quieres termina siempre sintiéndose asfixiada? —continúa Tomás, y su tono ya no es duro sino cansado, como alguien que lleva años repitiendo lo mismo—. Porque no les dejas respirar. Les das todo menos espacio. Y el espacio es lo único que no puedes controlar.

Silencio.

La radio sigue sonando. Algo de jazz que normalmente la relajaría pero que ahora suena como ruido de fondo para una conversación que no quiere tener.

—¿Qué hago? —pregunta Alejandra, y odia cómo suena la pregunta, odia necesitar que alguien le diga lo que ya sabe pero no se atreve a ejecutar.

—Se lo dices. Le enseñas la propuesta. Le dejas decidir. Y lo que pase después, pasa.

—¿Y si me quedo sola?

Tomás la mira con una ternura que casi la rompe.

—Ya estás sola, Alejandra. Estás sola en una relación de dos porque no dejas que la otra persona entre del todo. Al menos si se lo dices, le das la oportunidad de elegirte. ¿No es mejor que te elijan a que se queden porque no saben que tienen otra opción? Además, si acepta es mejor para ambas, la relación de jerarquía se rompe y

eso os da libertad para seguir con lo que tenéis. No dudes tanto de ti, Noa sigue ahí después de lo que habéis pasado, no te va a dejar porque esté en otro departamento.

Alejandra no contesta. Se queda mirando la tabla de cortar, el desastre rojo del pimiento, sus propias manos quietas a los lados del cuerpo. Piensa en Noa durmiendo a su lado el jueves pasado, en su respiración acompasada, en la tregua frágil que prometieron cuidar. Piensa en lo fácil que sería no decir nada, dejar que la propuesta caduque, firmar un «no procede» y seguir como si Héctor García nunca hubiera enviado ese correo.

Sería tan fácil.

Sería tan ella.

—Tienes razón —dice finalmente.

No añade nada más. No necesita hacerlo. Tomás asiente, coge el cuchillo que ella ha dejado y empieza a cortar otro pimiento sin hacer ningún comentario, dándole el espacio que ella siempre le niega a los demás.

Esa noche, Alejandra está sentada en el borde de su cama con el móvil en la mano.

Escribe un mensaje. Lo borra. Lo reescribe. Lo borra otra vez. La pantalla se apaga tres veces antes de que tenga una versión que no suene a convocatoria formal ni a declaración de intenciones.

Al final, como con todo lo que importa de verdad, opta por la honestidad desnuda.

«Hay algo que tenemos que hablar. Sobre trabajo. Sobre nosotras. Ven mañana a mi despacho antes de que llegue nadie.»

Pulsa enviar.

Deja el teléfono en la mesilla y se tumba. Mira el techo de su dormitorio, que no conoce los secretos de Noa como el techo de aquel piso pequeño, y siente una mezcla de terror y alivio que no sabe cómo nombrar, esa sensación de haber soltado algo que ya no puede recuperar, como una carta que sale de tus manos y que, una vez entregada, deja de pertenecerte.

No duerme.

Pero por primera vez en cinco días, el insomnio no se parece al control.

Se parece a la espera. A la confianza ciega y aterradora de haber dejado que otra persona tenga la siguiente palabra.

CAPÍTULO 19

Los fluorescentes del pasillo todavía parpadean cuando Noa empuja la puerta de cristal de la oficina.

Son las siete y treinta y cinco de la mañana. El edificio huele a producto de limpieza y a café recién hecho en la máquina automática que nadie ha tocado todavía. Las mesas están vacías, las pantallas apagadas, las sillas perfectamente alineadas como soldados esperando órdenes. Noa camina entre ellas con el mensaje de Alejandra repitiéndose en bucle dentro de su cabeza.

«Hay algo que tenemos que hablar. Sobre trabajo. Sobre nosotras. Ven mañana a mi despacho antes de que llegue nadie.»

Ha dormido mal. Ha dormido poco. Ha dormido con el teléfono en la mano y la pantalla encendida, releyendo esas dos frases como si fueran un acertijo que descifrar, buscando pistas en cada palabra, en cada coma, en ese punto final que sonaba más a sentencia que a cierre gramatical.

Sobre trabajo. Sobre nosotras.

Las dos cosas juntas. Siempre las dos cosas juntas.

La puerta del despacho de Alejandra está entreabierta. Noa se detiene un segundo antes de empujarla, respira hondo y entra.

Alejandra está de pie junto a la ventana. No sentada detrás de su escritorio, no parapetada tras la pantalla del ordenador, no

protegida por ninguna barrera física. Está de pie, con las manos cruzadas sobre el pecho y la luz grisácea del amanecer recortando su silueta contra el cristal. Parece cansada. Parece real.

—Has venido —dice Alejandra.

—Me lo has pedido.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie —dice Noa, nerviosa.

Alejandra asiente. Desenfoca la mirada un instante, como si estuviera eligiendo las palabras con el mismo cuidado con el que elige todo, y luego camina hasta su mesa, abre un cajón y saca un documento grapado de varias páginas.

—Lee esto —dice, y se lo tiende.

Noa lo coge. Lee el encabezado. *Propuesta de incorporación interdepartamental. Área de Innovación y Desarrollo. Candidata: Noa Ferrer.*

Levanta la vista.

—¿Qué es esto?

—Léelo entero.

Noa lee. La primera vez con sorpresa, con los ojos moviéndose demasiado rápido sobre las líneas, saltándose palabras, tropezando con cifras y con nombres que no esperaba encontrar. La segunda vez más despacio, línea por línea, cláusula por cláusula, dejando que cada término se asiente antes de pasar al siguiente.

Mismo nivel salarial. Nuevas funciones. Un equipo más pequeño, más autónomo, enfocado en procesos de innovación. Dependencia directa de Héctor García. Y una línea jerárquica que ya no pasa por el área de estrategia.

Que ya no pasa por Alejandra.

—¿Desde cuándo lo tienes? —pregunta Noa sin levantar la vista del papel.

—Desde el martes.

Noa hace el cálculo. Martes. Hoy es lunes. Seis días. Seis días con este documento en un cajón.

—¿Por qué no me lo enseñaste antes?

Alejandra tarda un momento en responder. Se apoya en el borde de la mesa con los brazos cruzados y mira un punto indeterminado del suelo, balanceándose apenas, y Noa reconoce ese gesto, ese modo de ganar tiempo cuando la respuesta honesta duele más que el silencio.

—Porque tenía miedo —dice Alejandra—. Porque si te lo enseñaba, ibas a aceptar. Y si aceptabas, dejaba de ser tu jefa. Y si dejaba de ser tu jefa...

—¿Qué?

—Perdía la única excusa que tengo para verte todos los días.

El silencio que sigue es denso, cargado, lleno de cosas que ninguna de las dos dice pero que flotan en el aire como partículas de polvo en el rayo de luz que entra por la ventana.

—Alejandra.

—Lo sé. No tenía derecho a retenerlo. Alguien me lo hizo ver este fin de semana y tiene razón. Esta decisión es tuya, no mía. Los términos son claros: mismo salario, mejores perspectivas, un equipo que necesita exactamente lo que tú sabes hacer. Y sobre todo...

—Una línea jerárquica que no pasa por ti.

—Sí.

—Si acepto, dejas de ser mi jefa.

—Exacto.

Las dos se miran. Noa siente algo expandirse en su pecho, algo que se parece al alivio pero que no quiere nombrar todavía, porque nombrar las cosas les da peso y permanencia y todavía no está segura de que este suelo sea firme.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Noa.

—No. Eso no. No me preguntes qué quiero que hagas, porque si te lo digo, estaré decidiendo otra vez por las dos. Lee la propuesta. Piénsalo y decide tú.

Noa baja la mirada al documento. Lo sostiene con ambas manos, como si pesara más de lo que pesan cinco páginas grapadas.

—¿Y lo nuestro? —pregunta en voz baja.

—Lo nuestro existe con o sin esta propuesta. Pero si la aceptas... si la aceptas, lo nuestro deja de ser imposible dentro de estas paredes. Deja de ser algo que tenemos que esconder. Deja de ser un riesgo.

—¿Eso es lo que quieres?

—Lo que quiero es que tomes esta decisión sin pensar en mí. ¿Puedes hacer eso?

Noa no responde. Dobla el documento por la mitad, se lo guarda en el bolso y sale del despacho sin añadir nada más, porque sabe que si se queda un segundo más va a decir que sí, y no quiere que el sí sea un impulso. Quiere que sea una decisión.

A las dos de la tarde, Noa está sentada frente a Vera en el bar de siempre.

Es un sitio pequeño, con mesas de madera y manteles de papel, donde sirven un menú del día aceptable y donde el ruido de fondo es lo bastante alto como para tener conversaciones privadas sin que nadie escuche. Vera come una ensalada. Noa no ha tocado su plato.

—Cuéntame —dice Vera.

Noa se lo cuenta. Todo. La propuesta, los términos, los seis días de silencio, la conversación en el despacho. Vera escucha sin interrumpir, masticando despacio, asintiendo en los momentos clave, frunciendo el ceño en los esperables.

—¿Y tú qué sientes? —pregunta cuando Noa termina.

—No lo sé. Alivio, creo. Pero también miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que si acepto, todo cambie.

—Todo ya ha cambiado, Noa. Cambió la primera vez que te quedaste a dormir en su casa. Cambió cuando decidiste que lo que sentías por ella era más que una atracción. Lo único que no ha cambiado es la estructura que os obliga a fingir que no pasa nada ocho horas al día.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Entonces tengo miedo de que sin esa estructura, sin la excusa del trabajo, sin las reuniones, los correos y los proyectos compartidos... no quede nada.

Vera deja el tenedor sobre el plato. La mira directamente.

—¿De verdad crees eso?

Noa piensa. Piensa en Alejandra de pie junto a la ventana, sin barreras, sin escritorio de por medio, diciendo *tenía miedo*. Piensa en lo que le ha costado decir eso. Piensa en los seis días de silencio y en la persona que la confrontó para que lo rompiera. Piensa en el mensaje de anoche, esas dos frases que contenían más honestidad que meses enteros de conversaciones cuidadosamente medidas.

—No —admite—. No lo creo.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que llevo meses sin tomar una decisión importante por mí misma. Que cada vez que he dado un paso ha sido en reacción a algo: a lo que sentía, a lo que ella hacía, a lo que el trabajo exigía. Nunca he sido yo la que elige. Y ahora tengo que elegir y no sé si recuerdo cómo se hace.

Vera alarga el brazo por encima de la mesa y le aprieta la mano.

—Ya era hora.

Noa la mira.

—¿Ya era hora de qué?

—De que tomes una decisión por ti misma. Sin que el miedo te la dicte. Llevas meses dejando que las circunstancias decidan por ti y ahora tienes un papel encima de la mesa que dice: *elige*. Así que elige, Noa.

—¿Y si me equivoco?

—Te equivocarás. Como todo el mundo. Pero al menos será tu error y no el de otra persona.

Noa sonríe. Es una sonrisa pequeña, apenas un gesto, pero real. Vera la ve y asiente, satisfecha, como quien reconoce una señal que llevaba tiempo esperando.

—Come —dice Vera señalando el plato intacto—. Vas a necesitar energía para firmar cosas.

A las cinco y cuarto de la tarde, Noa está sentada en su mesa con la propuesta desplegada frente a ella.

La oficina bulle con el ritmo habitual de media tarde: teclados, conversaciones a media voz, el zumbido constante del aire acondicionado. Nadie le presta atención. Nadie sabe lo que está a punto de hacer.

Noa lee el documento por tercera vez. Ya no busca matices ni cláusulas ocultas. Ya no busca excusas para dudar. Lee para confirmar lo que ya sabe desde esta mañana, desde que salió del despacho de Alejandra con el papel doblado en el bolso y algo parecido a una certeza instalándose en el centro de su pecho.

Coge un bolígrafo. Firma en la línea de aceptación. Fecha. Nombre completo. Noa Ferrer Martín

No consulta con Alejandra. No le envía un mensaje previo. No busca su aprobación ni su permiso ni su opinión, porque entiende, con una claridad que la sorprende, que esta decisión tiene que ser exclusivamente suya para que funcione. Si Alejandra interviene, se convierte en una decisión compartida. Y esto no puede ser compartido. Esto tiene que ser de Noa y solo de Noa.

Mete el documento firmado en un sobre interno, escribe el nombre de Héctor García y lo deposita en la bandeja de correo interdepartamental.

Hecho.

Se queda mirando el sobre un momento, esperando sentir algo —pánico, arrepentimiento, vértigo—, pero lo que siente es extraño y limpio, como respirar aire fresco después de meses en una habitación cerrada. No es euforia. No es alivio. Es algo más sencillo y profundo: la sensación de haber hecho algo por sí misma, para sí misma, sin mediación, sin filtro, sin la sombra de nadie proyectándose sobre la decisión.

No es una huida. No es una renuncia. Es un paso adelante en una dirección que ha elegido ella, y la diferencia entre avanzar porque te empujan y avanzar porque decides es la diferencia entre sobrevivir y vivir.

A las seis menos cuarto, con el abrigo puesto y el bolso al hombro, Noa saca el móvil y escribe un mensaje.

«Está hecho.»

Lo envía. Se queda mirando la pantalla, apoyada en la pared del ascensor, mientras los números descienden planta por planta. El mensaje aparece como entregado. Luego como leído. Luego los tres puntos que indican que Alejandra está escribiendo.

Los puntos aparecen y desaparecen tres veces.

Finalmente, la respuesta:

«.»

Un punto. Solo un punto.

Noa se queda mirándolo mientras las puertas del ascensor se abren en la planta baja y el aire de la calle le golpea la cara con ese frío seco que anuncia que el invierno no ha terminado. Un punto. Cualquier otra persona lo leería como un error, como un dedo que ha resbalado sobre la pantalla, como nada.

Pero Noa sabe leer los silencios de Alejandra. Lleva meses descifrando lo que no dice, lo que esconde detrás de la compostura, lo que guarda en los márgenes de cada frase cuidadosamente construida. Y ese punto contiene todo lo que Alejandra no sabe decir con palabras: alivio, orgullo, miedo, gratitud, y algo más, algo que todavía no se atreven a llamar futuro pero que ya tiene forma, que ya ocupa espacio, que ya existe fuera de los despachos y los organigramas y las líneas jerárquicas que durante meses les dijeron que lo que sentían era imposible.

Noa guarda el teléfono en el bolsillo del abrigo. Cruza la calle. No mira atrás hacia el edificio, porque mirar atrás sería concederle al pasado un poder que ya no tiene.

CAPÍTULO 20

El correo llega a las nueve y doce de la mañana.

Alejandra lo ve aparecer en la esquina inferior derecha de la pantalla, una notificación pequeña y discreta que no debería tener el poder de alterar el ritmo de su respiración pero que lo tiene. Asunto: *Confirmación de traslado interdepartamental — Noa Ferrer*. Remitente: Recursos Humanos.

Lo abre.

Lo lee una vez, rápido, como quien arranca una tirita.

Lo lee una segunda vez, más despacio, deteniéndose en cada línea: fecha efectiva, departamento de destino, nuevo responsable jerárquico, firma del director de área. Todo correcto. Todo oficial. Todo irreversible.

Alejandra cierra el correo. Apoya las manos sobre el escritorio, con las palmas abiertas, y se queda mirando sus propios dedos durante un instante absurdamente largo. Luego abre el cajón inferior derecho, saca la copia de la propuesta que guardó hace diez días y la coloca junto al teclado.

Hecho.

Se reclina en la silla. Respira. Espera.

A las diez en punto, alguien llama a la puerta.

Dos golpes suaves. Con los nudillos. Alejandra los reconocería entre mil porque lleva meses escuchándolos, catalogándolos, asociándolos a una persona concreta, a un ritmo concreto, a esa forma particular que tiene Noa de anunciarse: firme pero sin imponerse, presente pero sin invadir.

—Adelante —dice Alejandra.

Lo ha dicho cientos de veces. A decenas de personas. Con ese mismo tono neutro y profesional que forma parte de su armadura tanto como la postura recta o la mirada directa. Pero esta vez es diferente. Esta vez las dos lo saben. Esta vez es la última.

Noa abre la puerta, entra y la cierra detrás de sí.

Se queda de pie frente al escritorio. No se sienta. No pide permiso para sentarse. No cruza los brazos ni mete las manos en los bolsillos ni hace ninguno de esos gestos que la gente hace cuando no sabe qué hacer con su cuerpo. Simplemente se queda ahí, de pie, mirándola con esos ojos que Alejandra ha aprendido a leer como quien aprende un idioma nuevo: con esfuerzo, con errores frecuentes, con la certeza de que nunca lo dominará del todo pero que merece la pena seguir intentándolo.

—Vengo a despedirme del despacho —dice Noa.

Sonríe. Una sonrisa pequeña, ligeramente asimétrica, que le ilumina la cara de una forma que Alejandra ha catalogado mentalmente como peligrosa desde la primera vez que la vio.

Y Alejandra siente algo romperse dentro de ella. Pero no de la forma mala. No de la forma que deja escombros y heridas abiertas. De la forma necesaria. Como cuando se rompe una presa y el agua por fin fluye hacia donde tiene que ir, arrasando los muros que ella

misma construyó ladrillo a ladrillo durante meses, convencida de que la contención era la única forma posible de supervivencia.

—Del despacho —repite Alejandra.

—Del despacho. De la planta. De las reuniones de los lunes. Del café horrible de la máquina del pasillo. De todo esto.

Alejandra mira alrededor como si viera su propio despacho por primera vez. Las paredes grises. La estantería con carpetas ordenadas por colores. La planta que alguien le regaló cuando la ascendieron y que milagrosamente sigue viva. El escritorio que durante meses ha sido una frontera, una línea divisoria, un recordatorio físico y permanente de que lo que sentía por la persona que estaba al otro lado no podía existir aquí dentro.

—¿Has recibido el correo de recursos humanos? —pregunta Noa.

—A las nueve y doce.

—¿Y?

—Confirmado. Efectivo desde el lunes.

Noa asiente despacio.

—El lunes empiezo en el tercer piso. Mi nuevo jefe de proyecto se llama Marcos. Marcos Heredia. El proyecto de innovación arranca oficialmente en septiembre, pero quieren que me incorpore ya para la fase de diseño.

—¿Heredia? ¿El del departamento técnico?

—El mismo. Me han dicho que es exigente pero justo.

—Eso espero.

Silencio. Un silencio que no es incómodo sino lleno, cargado, como una habitación que contiene demasiados muebles para su tamaño.

—¿Estás bien? —pregunta Noa.

—¿Tú estás bien?

—Te he preguntado yo primero.

Alejandra deja escapar algo que se parece a una risa. Breve, controlada, pero sincera.

—Estoy... procesando.

—¿Procesando qué exactamente?

—Que dentro de tres días, cuando llegue el lunes y mire la lista de mi equipo, tu nombre no va a estar.

—No.

—Que no voy a asignarte proyectos. Que no voy a revisar tus informes. Que no voy a tener excusas legítimas para llamarte a este despacho y tenerte delante de mí durante media hora hablando de plazos y métricas mientras intento no mirar cómo te muerdes el labio cuando piensas.

—¿Hacías eso?

—¿El qué?

—Llamarme a tu despacho por excusas legítimas.

Alejandra la mira. Directamente. Sin escudos.

—¿Tú qué crees?

Noa da un paso hacia el escritorio. Solo uno. Pero ese paso contiene más intención que todos los que ha dado dentro de este despacho en los últimos meses.

—Creo que las reuniones individuales de los miércoles no requerían cuarenta y cinco minutos.

—Requerían una revisión exhaustiva de tus proyectos.

—Alejandra.

—¿Qué?

—Mis proyectos no necesitaban cuarenta y cinco minutos de revisión.

Otra vez ese amago de risa. Alejandra baja la mirada un instante, se pasa la mano por la nuca en un gesto que sabe que la delata y que hace igualmente porque ya no tiene sentido seguir controlando cada músculo de su cuerpo en presencia de esta mujer.

—No —admite—. No los necesitaban.

Noa da otro paso. Ahora está junto al borde del escritorio, a menos de un metro, y Alejandra puede oler su perfume, ese perfume que se ha colado en su despacho tantas veces que ya forma parte de la memoria olfativa del lugar tanto como el café o el ambientador del pasillo.

—Alejandra.

—Dime.

—Ya no eres mi jefa.

Cinco palabras. Cinco que reorganizan el universo. Cinco golpes secos contra la estructura que las ha mantenido separadas, que ha convertido cada mirada en un riesgo y cada roce accidental en un campo de batalla, que ha obligado a Alejandra a construir muros cada mañana solo para que Noa los atravesara sin esfuerzo aparente cada tarde.

Ya no eres mi jefa.

Alejandra se levanta de la silla. Despacio. No como se levanta para recibir a un compañero o para dirigirse a una reunión. Se levanta como quien acepta una invitación que lleva meses esperando.

Rodea el escritorio.

Cada paso es una decisión. Cada paso desmonta algo: el protocolo, la jerarquía, las normas no escritas, el miedo. Por primera vez en meses, la distancia entre ellas no es un campo minado sino simplemente distancia, y acortarla no es un riesgo sino una elección libre, limpia, de dos personas que por fin están en igualdad de condiciones.

Se detiene frente a Noa. A medio metro. A la distancia exacta en la que puede ver las motas oscuras en sus ojos claros y el pulso acelerado en su cuello.

—No —dice Alejandra en voz baja—. Ya no soy tu jefa.

—¿Y ahora qué? —pregunta Noa.

—Ahora... no lo sé. Llevo meses sabiendo exactamente qué hacer con cada situación profesional que se me ha presentado en la vida y resulta que no tengo absolutamente ningún protocolo para esto.

—¿Para qué?

—Para estar delante de ti sin que haya un escritorio de por medio.

Noa sonríe. No la sonrisa pequeña y asimétrica de antes sino una sonrisa amplia, abierta, sin contener.

—Podrías improvisar.

—No se me da bien improvisar.

—Lo sé. Pero podrías intentarlo.

Alejandra alarga la mano. Es un gesto lento, deliberado, consciente. No es un accidente ni un impulso ni algo que pueda atribuir después al cansancio o a la falta de juicio. Es la primera decisión limpia que toma respecto a Noa desde que todo empezó:

sin conflicto de intereses, sin asimetría de poder, sin la sombra de un organigrama proyectándose sobre las dos.

Le roza los dedos. Solo eso. Un roce mínimo, apenas perceptible, que sin embargo contiene más verdad que todos los correos firmados con «un saludo» y todas las reuniones de cuarenta y cinco minutos y todas las miradas esquivadas en los pasillos.

Noa le atrapa la mano. La sostiene. No tira de ella, no la acerca, simplemente la sostiene, y Alejandra siente el calor de su piel contra la suya y piensa que llevaba meses imaginando exactamente esto, este contacto simple y enorme, y que la realidad es mejor que cualquier versión que su cabeza haya construido porque la realidad incluye el temblor imperceptible en los dedos de Noa y el ruido de la oficina al otro lado de la puerta y la luz de media mañana cayendo sobre las dos como una bendición laica.

—Noa.

—Dime.

—Esto es lo que querías decir con *está hecho*, ¿verdad? No solo el traslado. No solo el papel firmado. Esto.

Noa asiente.

—Esto.

Se miran. Alejandra no suelta su mano. No quiere soltarla. No tiene que soltarla. Y esa es la diferencia. Que por primera vez puede elegir quedarse sin que quedarse sea una falta, una infracción, una línea roja cruzada en un código ético que alguien redactó sin imaginar que dos personas podrían necesitar tanto estar exactamente donde están ahora.

—El lunes ya no estarás aquí —dice Alejandra.

—El lunes estaré en el tercer piso. A cinco minutos en ascensor. A tres si bajo por las escaleras.

—¿Vas a bajar por las escaleras?

—Depende.

—¿De qué?

—De si hay alguien en esta planta que merezca la pena el esfuerzo.

Alejandra aprieta su mano. Solo un instante. Solo lo suficiente para que Noa entienda lo que ese gesto contiene: todo lo que Alejandra no sabe decir con palabras, todo lo que ha guardado en los márgenes de cada frase profesional, cada correo medido, cada silencio estratégico. Todo lo que cabe en un punto al final de un mensaje.

—Hay alguien —dice Alejandra—. Definitivamente hay alguien.

Noa le suelta la mano despacio. Da un paso atrás. Luego otro. Se dirige hacia la puerta con esa forma de caminar que Alejandra conoce de memoria y que ahora, por primera vez, puede admirar sin culpa.

—Nos vemos el lunes aquí —dice Noa desde la puerta—, y esta noche en mi casa.

Alejandra se ríe y Noa abre la puerta, sale y la cierra detrás de sí. Dos golpes suaves con los nudillos contra la madera, desde fuera, como un eco invertido de su llegada. Como una firma.

Alejandra se queda de pie en medio de su despacho, con la mano que Noa ha sostenido todavía tibia y el escritorio a su espalda, vacío de la única presencia que le daba sentido a las reuniones de los miércoles.

Mira la pantalla del ordenador. El correo de recursos humanos sigue abierto. *Confirmación de traslado interdepartamental. Efectivo desde el lunes.*

Lo cierra.

Abre una ventana nueva. Escribe un correo a Marcos Heredia: *«Cuídamela.»* Lo mira un segundo. Lo borra. Escribe en su lugar: *«Noa Ferrer es la mejor incorporación que vas a tener este año. No la subestimes.»* Lo envía.

Se sienta y respira profundo. Mira el despacho vacío, las paredes grises, la planta milagrosamente viva, la silla donde Noa se ha sentado tantas veces que la tapicería probablemente conserva la forma de su cuerpo.

Sonríe.

Es una sonrisa que nadie ve. Que no necesita testigos. Que existe solo para ella y para el espacio que acaba de vaciarse y de llenarse al mismo tiempo, porque Noa se ha ido de su despacho, pero no de su vida, y la diferencia entre esas dos cosas es exactamente la distancia entre el miedo y la posibilidad.

El lunes, piensa. Cinco minutos en ascensor. Tres por las escaleras.

Alejandra mira el reloj. Todavía es jueves.

EPÍLOGO

El domingo huele a tomillo.

Noa lo nota antes de que Tomás abra la puerta, un aroma que se cuela por la rendija y se mezcla con el aire fresco de la tarde, y piensa que hay algo profundamente reconfortante en llegar a un lugar donde alguien ya ha empezado a cocinar para ti.

Lleva una botella de vino en la mano izquierda. Tinto, reserva, una cosecha que el dependiente de la tienda le recomendó con una convicción que a Noa le pareció excesiva para un domingo cualquiera pero que ahora, de pie frente a la puerta de Tomás con el corazón latiéndole un poco más rápido de lo que debería, le parece exactamente la elección correcta.

Llama al timbre.

Pasos al otro lado. Rápidos. Descalzos sobre madera.

La puerta se abre y ahí está Tomás, con un delantal que tiene estampado un dibujo de un pollo con gafas de sol y la frase *«Pollo con estilo»* debajo, y una sonrisa que dice *te estaba esperando* sin necesidad de palabras.

—Has venido —dice Tomás.

—¿Esperabas que no viniera?

—Esperaba que llegaras puntual por una vez en tu vida, pero eso ya era pedir demasiado.

—Llego tres minutos tarde.

—Siete. He contado.

Noa le tiende la botella. Tomás la mira, la gira, lee la etiqueta, silba bajito.

—Esto no es un vino de domingo. Esto es un vino de ocasión especial.

—Es un domingo de ocasión especial.

Tomás la mira por encima de la botella con esa expresión suya que Noa conoce desde dos meses, la que dice *sé exactamente lo que estás sintiendo aunque no me lo cuentes*, y se hace a un lado para dejarla pasar.

—Cocina. Segunda puerta a la izquierda. Como si no lo supieras.

Noa entra y tiene la sensación de estar pisando un lugar que ya conoce pero que hoy se siente distinto. Como si alguien hubiera movido los muebles un centímetro y la luz entrara por un ángulo nuevo. Los mismos cuadros en las paredes, la misma estantería con libros desordenados, el mismo sofá donde se ha quedado dormida más de una vez después de cenar demasiado. Pero hoy hay una mesa puesta para tres en el salón, con mantel, con servilletas de tela, con copas que no son las habituales de diario sino las otras, las que Tomás guarda para cuando quiere que algo se sienta importante.

Tres platos. Tres copas. Tres sillas.

Noa respira hondo y camina hacia la cocina.

Y ahí está Alejandra.

Descalza. Con unos vaqueros y una camiseta azul que Noa no le ha visto nunca. El pelo recogido en un moño desordenado del que se escapan mechones en todas direcciones. Removiendo algo en una

olla grande de la que sale vapor y ese olor a tomillo que Noa detectó desde el pasillo.

Cuando ve a Noa, se detiene. Solo un segundo. Un segundo exacto en el que la cuchara de madera queda suspendida en el aire y sus ojos se encuentran y algo pasa entre ellas que no necesita nombre ni explicación, algo que simplemente existe como existe la gravedad: sin pedir permiso, sin requerir justificación.

Luego sigue removiendo.

—Llegas tarde —dice Alejandra sin mirarla, pero Noa puede ver la esquina de su boca curvándose hacia arriba.

—Siete minutos. Tomás ya me lo ha dicho.

—Ocho. Tomás es generoso.

—¿Desde cuándo cocinas tú?

—Desde que Tomás me retó a hacer una sopa de verduras y acepté por orgullo antes de darme cuenta de que no sabía ni pelar una zanahoria.

Noa se apoya en el marco de la puerta de la cocina, cruza los brazos y la observa. A Alejandra. A esta versión de Alejandra que no lleva tacones ni blazer ni esa armadura invisible que se pone cada mañana antes de entrar en la oficina. Esta Alejandra que tiene una mancha de algo en la camiseta y los pies descalzos sobre las baldosas frías y una expresión de concentración feroz mientras intenta que la sopa no se pegue.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Noa.

—Necesito que alguien me diga si esto está bueno o si estoy envenenando la cena.

Noa se acerca. Coge la cuchara que Alejandra le tiende, sopla, prueba.

—Está bueno.

—¿Bueno de verdad o bueno de no quiero herir tus sentimientos?

—Bueno de verdad. Le falta un poco de sal, pero está bueno.

Alejandra la besa y después la mira con una expresión que contiene alivio y algo más, algo que Noa todavía está aprendiendo a identificar porque Alejandra tiene más capas que una cebolla y cada vez que Noa cree haber llegado al centro descubre que hay otra más, y no le importa, no le importa en absoluto seguir pelando capas durante el tiempo que haga falta.

—La sal —dice Alejandra cogiendo el salero—. Siempre se me olvida la sal.

Tomás aparece en la puerta de la cocina con la botella de vino y coge tres copas entre los dedos con un equilibrio que desafía la física.

—Señoras, a la mesa. La sopa puede esperar cinco minutos, pero el vino que ha traído Noa no puede esperar ni uno.

Se sientan los tres.

Tomás en la cabecera, Noa a su derecha, Alejandra a su izquierda. El vino en el centro como un pequeño altar laico alrededor del cual orbita la conversación.

Tomás sirve las copas con ceremonia exagerada.

—Brindo —dice levantando la suya—, por los domingos. Por las sopas que no se pegan. Y por el hecho milagroso de que mis dos personas favoritas estén sentadas a mi mesa sin que ninguna de las dos haya salido corriendo.

—Todavía es pronto —dice Alejandra.

—La noche es joven —añade Noa.

Tomás las mira a las dos con los ojos entrecerrados.

—Sois lo peor.

Brindan. Beben. Tomás trae la sopa y los tres se sirven mientras la conversación fluye con esa naturalidad que tienen las cosas que no se fuerzan.

—He empezado una serie —dice Tomás entre cucharada y cucharada—. Coreana. De esas que duran dieciséis capítulos y acabas llorando en todos.

—¿Otra vez? —dice Noa.

—Esta es distinta. Hay un personaje que me recuerda a ti. Terca, impulsiva, incapaz de pedir ayuda aunque se esté cayendo por un precipicio.

—Qué halago.

—Y hay otro personaje —continúa Tomás mirando a Alejandra—, que es controladora, obsesiva con el orden y emocionalmente constipada durante los primeros diez capítulos.

—Fascinante —dice Alejandra con sequedad.

—¿Y qué pasa al final? —pregunta Noa.

—No te lo voy a decir.

Noa mira a Alejandra por encima del borde de su copa y se ríe. Alejandra le devuelve la mirada la sonrisa.

—Por cierto —dice Tomás cambiando de tema con su habilidad habitual para saltar de un asunto a otro sin transición—, estoy pensando en un viaje para octubre. Portugal. Carretera. Paradas en pueblos pequeños. Comida impresentable en gasolineras. ¿Os apuntáis?

—¿Los tres? —dice Noa.

—Los tres. ¿O tenéis plan mejor?

—Yo no conduzco —dice Alejandra.

—Que lo haga Noa.

—Noa conduce como si el coche le debiera dinero.

—Eh —protesta Noa—, conduzco perfectamente.

—Conduces aceptablemente —concede Alejandra, y hay algo en la forma en que lo dice, un tono nuevo que Noa todavía está catalogando, que es mitad provocación y mitad ternura y que le calienta el pecho como la sopa que tiene delante.

—Entonces Portugal —sentencia Tomás—. Octubre. No se hable más.

Siguen cenando. Tomás cuenta que en el trabajo han contratado a un becario que le recuerda a Alejandra cuando era joven.

Después hablan de libros. De música. De la vecina de Tomás que tiene un gato que se llama Dictador y que se mete en su terraza cada dos días. Hablan de todo y de nada, y Noa se descubre observando la escena desde fuera y desde dentro al mismo tiempo: la mesa, los platos, las voces, la normalidad doméstica de tres personas compartiendo comida y tiempo un domingo por la tarde.

Y piensa que esto es lo que quería.

No la perfección. No la certeza. No una historia sin obstáculos ni una relación sin preguntas por responder. Esto. Exactamente esto. Una cena de domingo con la persona que quiere y el padrastro que la conoce mejor que nadie.

—Oye —dice Tomás de pronto, señalándolas a las dos con el tenedor—, tengo una pregunta importante.

—Dispara —dice Noa.

—¿Quién friega?

—Tú —dicen las dos a la vez.

Tomás se lleva la mano al pecho con gesto dramático.

—Lo sabía. Os habéis aliado en mi contra. Esto es una conspiración.

—Esto es justicia —dice Alejandra—. Yo he cocinado.

—Y yo he traído el vino —dice Noa.

—El vino no se friega.

—El vino ha costado veinticuatro euros. Puedes fregar un rato.

Tomás mira al techo como pidiendo paciencia divina y luego se levanta a recoger los platos murmurando algo sobre *la ingratitud de la juventud* que hace reír a las dos, que se levantan para ayudarlo y después vuelven al salón mientras él friega los platos.

Se queda la mesa vacía entre ellas. Solo las copas, la botella medio llena y la luz cálida de la lámpara que cae sobre el mantel arrugado. Y el sonido de Tomás en la cocina, abriendo el grifo, cantando algo desafinado que ninguna de las dos reconoce.

Noa estira la mano sobre la mesa. La deja ahí, con la palma hacia arriba. Abierta. Una invitación, no una exigencia.

Alejandra la mira. Mira la mano. Mira hacia la cocina donde Tomás sigue cantando. Y luego, despacio, pone su mano sobre la de Noa.

No dicen nada.

No hace falta.

El contacto es suave, cálido, simple. Dedos entrelazados sobre un mantel arrugado con restos de miga de pan, mientras de fondo se oye el agua del grifo y el ruido de los platos y la ciudad entera al otro lado de las ventanas, viviendo su domingo sin saber que aquí dentro, en esta mesa, algo ha encontrado por fin su lugar.

Noa aprieta la mano de Alejandra. Solo un instante.

Alejandra aprieta de vuelta.

—¿Más vino? —pregunta Noa.

—Más vino.

Noa sirve las dos copas. Alejandra coge la suya con la mano libre porque la otra sigue donde está, sobre la mesa, entrelazada con la de Noa, y ninguna de las dos parece tener intención de moverla.

Tomás vuelve del fregadero secándose las manos con un trapo, las ve y se detiene un momento en el umbral. Las mira. Sonríe. No dice nada. Se sienta, coge su copa y bebe un trago largo.

—Me encanta este vino —dice con naturalidad absoluta, como si no hubiera visto nada, como si no supiera exactamente lo que acaba de ver.

—Tomás —dice Noa.

—Dime.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por la cena. Por la mesa. Por todo.

Tomás se encoge de hombros.

—Para eso estamos, ¿no?

Alejandra levanta su copa.

—Por los domingos —dice.

—Por los domingos —repite Noa.

—Por los domingos —cierra Tomás—. Y por Portugal en octubre.

Ríen los tres.

Y Noa piensa que habrá más domingos como este. Más cenas, más botellas de vino, más conversaciones sin importancia que

contienen toda la importancia del mundo. Más manos sobre la mesa. Más tiempo.

No lo piensa como un deseo ni como una esperanza.

Lo piensa como una certeza tranquila que se instala en algún lugar de su pecho y se queda ahí, quieta, cálida, permanente.

Como el tomillo en el aire.

Como la luz de la lámpara sobre el mantel.

Como la mano de Alejandra en la suya, que sigue ahí hasta que se van a su apartamento, al de Alejandra, donde Noa lleva durmiendo dos semanas seguidas sin echar de menos el suyo.